



Colegio San Bernardo

Lengua y Literatura



Segundo año

Profesoras: Gonzalez, Marianela y López, Victoria

-2026-

COLEGIO SAN BERNARDO- SECUNDARIO BÁSICO Y EPJA
CONTRATO PEDAGÓGICO DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA Y
LENGUA EXTRANJERA INGLÉS

EVALUACIONES ORALES, ESCRITAS Y ACTITUDINALES

- Evaluaciones escritas y trabajos prácticos: se tendrá en cuenta:
- Precisión en las respuestas de acuerdo con las consignas y preguntas planteadas.
 - Prolijidad (se recomienda no utilizar corrector ni lápiz, porque no podrá luego solicitar revisión de la nota).
 - Caligrafía: la letra debe ser clara y legible (en imprenta o manuscrita minúscula cuando corresponda) y el uso de signos de puntuación.
 - Presentar con puntualidad, compromiso y prolijidad los trabajos prácticos y evaluaciones escritas.
 - Ortografía: se restará de cada evaluación hasta 1 (un) punto por falla en este ítem. En casos donde el docente vea conveniente, las dificultades ortográficas se fortalecerán con **tareas reparadoras** con una injerencia directa en la nota actitudinal.
- Lecciones orales: éstas serán previamente avisadas a los alumnos y se tendrá en cuenta: precisión, fluidez y claridad para exponer los contenidos.
- Exámenes Finales: consta de dos instancias, los alumnos deberán aprobar con 6 (seis) el examen escrito para tener derecho al examen oral. **Para aprobar la materia es indispensable presentar el cuaderno**, carpeta y/o libro completo y prolijo.

Nota: se tendrá en cuenta las necesidades educativas particulares informadas por el gabinete.

- Evaluación diaria: cada día los alumnos serán evaluados con signos positivos, negativos, notas numéricas de acuerdo con:
- Respeto por la situación comunicativa, es decir, utilización de un lenguaje pertinente y adecuado.
 - Escucha atenta de las explicaciones del profesor y los comentarios y preguntas de los compañeros (este punto se comprobará con preguntas sobre dichas explicaciones o comentarios).
 - Participación activa durante las clases (preguntas, acotaciones, respuestas de acuerdo con el tema desarrollado).
 - Concurrencia permanente con el material necesario para el desarrollo de las clases (cuaderno, libros, fotocopias, etc.).
 - Realización de tareas áulicas y extraáulicas.
 - Lectura en voz alta: clara, precisa y fluida.
 - Comportamiento en el aula: disciplina, postura al sentarse, respeto de las normas institucionales.
 - Uso del celular: estará prohibido el uso del celular dentro del aula durante el horario de clase; deberá permanecer apagado y guardado en la mochila. Solo podrá utilizarse cuando la docente lo autorice expresamente y con fines pedagógicos específicos, tales como:
 - realización de investigaciones o consultas académicas,
 - uso de diccionarios o materiales digitales vinculados a la asignatura,
 - acceso a recursos audiovisuales como complemento didáctico,
 - participación en actividades interactivas propuestas en clase.

En todos los casos, el uso deberá limitarse exclusivamente a la actividad indicada. Durante las instancias de evaluación —ya sean escritas, prácticas u orales— el uso del celular está estrictamente prohibido, sin excepción.

*Nota: la evaluación diaria con signos positivos, negativos y números dará como resultado una nota numérica final que figurará en la libreta con la denominación de **Desempeño áulico** o **Nota Actitudinal**. La misma será tomada en cuenta para el promedio del alumno en cada cuatrimestre.*

ACUERDOS DE CONVIVENCIA:

- **Profesor:**
 - **Explicar** los temas y brindar el material de estudio necesario para que el estudiante lo comprenda.
 - Si el alumno por motivos de viajes u otros, falta a clases, la clase NO se repite ni se recupera, el docente le dirá los temas abarcados y responderá a dudas puntuales.
 - **Escuchar** las inquietudes de los alumnos cuando éstas sean pertinentes y coherentes con el tema desarrollado.
 - **Respetar** las opiniones e interpretaciones personales de los alumnos emitidas con seriedad y compromiso sobre los temas tratados.
 - **Dirigirse** a los alumnos con respeto.
 - **Evaluar** a todos con un mismo criterio según los ítems mencionados anteriormente.
 - En evaluación escrita, **explicitar** los temas, las capacidades y el puntaje.

- **Alumno:**
 - **Respetar** la puntualidad en el horario de entrada y salida de clase (está prohibido salir antes del toque de timbre). Los alumnos que llegan fuera de horarios después del recreo sin una justificación calificada serán sancionados.
 - No usar auriculares o reloj inteligente.
 - **Repasar** los temas vistos durante clase.
 - **Dirigirse** al profesor y a los compañeros de modo adecuado según el contexto escolarizado y formal en el cual se desenvuelven las clases.
 - **Estudiar** con compromiso y responsabilidad.
 - **Asistir con el material pedido por el profesor (cuaderno, libros, fotocopias, etc.)** y en caso de no asistir a clase, completar el cuaderno y realizar las actividades extra-áulicas.
 - Presentar **certificado** en caso de no asistir a una evaluación (escrita, práctica u oral) previamente avisada.
 - No ingerir alimentos durante la hora de clase, solo agua.
 - Solamente puede salir un solo estudiante al baño por vez y en caso de urgencia.
 - Es responsabilidad del alumno mantener su espacio en el aula limpio y cuidar el inmobiliario.
 - **Asistir** con el uniforme correspondiente.

.....
Firma de padre, madre o tutor

.....
Firma del alumno

.....
Firma del profesor

UNIDAD N° 1

Relatos

Mitos, realidades y miedos

- Características del género
- Marco y secuencia narrativa



UNIDAD N° 1

El mito

*Dioses, humanos y
destino*



ÍCARO Y DÉDALO

Ovidio | Versión de W. J. Bennett

Dédalo era el ingeniero e inventor más hábil de sus tiempos en la antigua Grecia. Construyó magníficos palacios y jardines, creó maravillosas obras de arte en toda la región. Sus estatuas eran tan convincentes que se las confundía con seres vivientes, y se creía que podían ver y caminar. La gente decía que una persona tan ingeniosa como Dédalo debía haber aprendido los secretos de su arte de los dioses mismos.

Sucedió que allende el mar, en la isla de Creta, vivía un rey llamado Minos. El rey Minos tenía un terrible monstruo que era mitad toro y mitad hombre, llamado el Minotauro, y necesitaba un lugar donde encerrarlo. Cuando tuvo noticias del ingenio de Dédalo, lo invitó a visitar su isla y construir una prisión para encerrar a la bestia. Dédalo y su joven hijo Ícaro fueron a Creta, donde Dédalo construyó el famoso laberinto, una maraña de sinuosos pasajes donde todos los que entraban se extraviaban y no podían hallar la salida. Y allí metieron al Minotauro.

Cuando el laberinto estuvo concluido, Dédalo quiso regresar a Grecia con su hijo, pero Minos había decidido retenerle en Creta. Quería que Dédalo se quedara para inventar más maravillas, así que los encerró a ambos en una alta torre junto al mar. El rey sabía que Dédalo tenía la astucia necesaria para escapar de la torre, así que también ordenó que cada nave que zarpara de Creta fuera registrada en busca de polizones.

Otros hombres se habrían desalentado, pero no Dédalo. Desde su alta torre observó las gaviotas que flotaban en la brisa marina.

—Minos controla la tierra y el mar —dijo—, pero no gobierna el aire. Nos iremos por allí.

Así que recurrió a todos los secretos de su arte, y se puso a trabajar. Poco a poco acumuló una gran pila de plumas de todo tamaño. Las unió con hilo, y las modeló con cera, y al fin tuvo dos grandes alas como las de las gaviotas. Se las sujetó a los hombros, y al cabo de un par de pruebas fallidas, logró remontarse en el aire agitando los brazos. Se elevó, volteando hacia uno y otro lado con el viento, hasta que aprendió a remontar las corrientes con la gracia de una gaviota.

Luego construyó otro par de alas para Ícaro. Enseñó al joven a mover las alas y a elevarse, y le permitió revolotear por la habitación. Luego le enseñó a remontar las corrientes de aire, a trepar en círculos y a flotar en el viento. Practicaron juntos hasta que Ícaro estuvo preparado.

Al fin llegó el día en que soplaron vientos propicios. Padre e hijo se calzaron sus alas y se dispusieron a volar.

—Recuerda todo lo que te he dicho —dijo Dédalo—. Ante todo, recuerda que no debes volar demasiado bajo ni demasiado alto. Si vuelas demasiado bajo, la espuma del mar te mojará las alas y las volverá demasiado pesadas. Si vuelas demasiado alto, el calor del sol derretirá la cera, y tus alas se despedazarán. Quédate cerca de mí, y estarás bien.

Ambos se elevaron, el joven a la zaga del padre, y el odiado suelo de Creta se redujo debajo de ambos. Mientras volaban, el labriego detenía su labor para mirarlos, y el pastor se apoyaba en su cayado para observarlos, y la gente salía corriendo de las casas para echar un vistazo a las dos siluetas que sobrevolaban las copas de los árboles. Sin duda eran dioses, tal vez Apolo seguido por Cupido.

Al principio el vuelo intimidó a Dédalo e Ícaro. El ancho cielo los encandilaba, y se mareaban al mirar hacia abajo. Pero poco a poco se habituaron a surcar las nubes, y perdieron el temor. Ícaro sentía que el viento le llenaba las alas y lo elevaba cada vez más, y comenzó a sentir una libertad que jamás había sentido.



Miraba con gran entusiasmo las islas que dejaban atrás, y sus gentes, y el ancho y azul mar que se extendía debajo, salpicado con las blancas velas de los barcos. Se elevó cada vez más, olvidando la advertencia de su padre. Se olvidó de todo, salvo de su euforia.

—¡Regresa! —exclamó frenéticamente Dédalo—. ¡Estás volando a demasiada altura! ¡Acuérdate del sol! ¡Desciende! ¡Desciende!

Pero Ícaro sólo pensaba en su exaltación. Ansiaba remontarse al firmamento. Se acercó cada vez más al sol, y sus alas comenzaron a ablandarse. Una por una las plumas se desprendieron y se desparramaron en el aire, y de pronto la cera se derritió. Icaro notó que se caía. Agitó los brazos con todas sus fuerzas, pero no quedaban plumas para embolsar el aire. Llamó a su padre, pero era demasiado tarde. Con un alarido cayó de esas espléndidas alturas y se zambulló en el mar, desapareciendo bajo las olas.

Dédalo sobrevoló las aguas una y otra vez, pero sólo vio plumas flotando sobre las olas, y supo que su hijo había desaparecido. Al fin el cuerpo emergió a la superficie, y Dédalo logró sacarlo del mar. Con esa pesada carga y el corazón destrozado, Dédalo se alejó lentamente. Cuando llegó a tierra, sepultó a su hijo y construyó un templo para los dioses. Luego colgó las alas, y nunca más volvió a volar.

ORFEO Y EURÍDICE

Orfeo era el hijo del rey de Tracia y de la musa Calíope. El dios Apolo le regaló una lira y sus tías, las musas, le enseñaron a tocarla. Poseía una exquisita sensibilidad para la música y acompañaba sus melodías con bellísimos poemas que él mismo componía. El arte de Orfeo era tan maravilloso que, cuando tocaba, no sólo los hombres acudían embelesados, sino que las fieras se acercaban mansamente a escucharlo. Y hasta dicen que las plantas, e incluso las piedras, se movían por el encantamiento de su dulce voz. Lo inspiraba de manera especial tocar rodeado por la naturaleza. Así, conoció a la ninfa Eurídice. Estaba tocando su lira en un bosquecillo y ella se acercó a escucharlo, irresistiblemente atraída por la deliciosa música. De inmediato, surgió el amor entre ellos.

Poco tiempo después se celebró el matrimonio entre Orfeo y Eurídice con una gran fiesta. La novia estaba radiante y decidió bromear con su enamorado.

—¿A que no puedes alcanzarme, Orfeo? — susurró en su oído, y corrió a esconderse en el bosque.

El músico fue tras ella riendo, pero pronto la perdió de vista.

Entonces sucedió algo terrible. Aristeo, un antiguo pretendiente de Eurídice, salió de entre los árboles y se interpuso en el camino de la joven. En su rostro había un gesto amenazador. Eurídice se asustó mucho al verlo y corrió. En su precipitada huida, pisó una serpiente venenosa. Murió inmediatamente a causa de la mordedura.

El corazón de Orfeo se desgarró de dolor por la muerte de su amada. ¿Cómo podría continuar viviendo sin Eurídice? ¿Qué sentido tenía la vida sin la mujer que amaba? Desesperado, el joven decidió acometer la más aterradora de las empresas: descender al reino de los muertos para rescatar a su esposa.

Bajó al Tártaro por una hendidura de la tierra. En la oscuridad, sintió unos amenazadores gruñidos y vio tres pares de ojos de fuego que lo observaban amenazadores. Era Cerbero, el perro guardián del mundo de los muertos, que tenía tres cabezas y cola de serpiente. Pero como Orfeo era valiente, tomó su lira y lo aplacó con su música maravillosa. Avanzó luego hasta el río Aqueronte, donde estaba el barquero encargado de cruzar las almas al reino de las sombras. Se llamaba Caronte. Apelando nuevamente a su arte, lo convenció de que lo dejara en la otra orilla.

Caminando entre las almas de los muertos que vagaban como sombras, llegó ante los dioses del Tártaro, Hades y Perséfone. Ante ellos entonó la más dulce y triste de las canciones.

—Mi canto refleja el dolor que hay en mi corazón a causa de la muerte de mi esposa, Eurídice. En sus manos está el poder de calmar esta profunda herida de amor devolviéndole la vida a mi esposa. ¡Piedad!

—Valeroso Orfeo —le dijo Hades —, tu música sin par ha despertado nuestra compasión. Muy grande ha de ser tu amor por Eurídice para que te hayas atrevido a descender a nuestro sombrío reino. Por lo tanto, te concederé lo que deseas. Ahora presta atención, pues hay un solo modo de lograrlo. La sombra de Eurídice te seguirá pero, hasta que los dos no hayan pisado el reino de los vivos, no podrás mirarla. ¡No vuelvas la vista atrás, Orfeo, o tu esfuerzo habrá sido inútil!

Los ojos del músico brillaron de alegría y, dando gracias a los dioses subterráneos, emprendió el camino hacia la luz del sol seguido por la sombra de su amada.

Atravesó el río Aqueronte y luego Cerbero lo saludó moviendo su horrible cola. Ya faltaba poco. Sólo le restaba trepar hasta el hueco por el cual había entrado.

Mientras ascendía, aguzó el oído: ni un suspiro, ni el roce de la túnica contra el suelo, nada. ¿Y si el Hades lo había engañado? La angustia y la desconfianza le roían el corazón, pero continuó subiendo.

De pronto sintió sobre su rostro la tibia luz del sol y no soportó más. Miró hacia atrás de inmediato. La sombra de Eurídice venía unos pasos más atrás, por lo que aún no había pisado el reino de los vivos. ¡Desdichado Orfeo! En su impaciencia no había cumplido la condición que le había impuesto Hades para devolverle a su esposa pues se había dado vuelta antes de tiempo. El alma de la bella Eurídice se hundió en la negrura del mundo subterráneo con un largo y profundo lamento, dejando al desconsolado Orfeo nuevamente solo.



Muchos años después, cuando Orfeo murió y fue a reunirse con su amada Eurídice en el reino de Hades, Zeus convirtió su maravillosa lira en una constelación para inmortalizar la historia del héroe.

Fuente del texto adaptado:
Lengua y Literatura 7, de la Editorial Puerto de palos.

Año de la edición: 2001

PROMETEO ENFRENTA A ZEUS

Ana María Shua

Prometeo era hijo de uno de los Titanes. Gea y Urano fueron sus abuelos, es decir, era primo de Zeus. A pesar de pertenecer a la estirpe de los Titanes, decidió luchar del lado del gran dios en su guerra contra Cronos.

Valiente y astuto, Prometeo tenía una debilidad. Amaba a los seres humanos, que intentaban sobrevivir, con mucho sufrimiento, sobre la superficie de la Tierra. Zeus, en cambio, no se interesaba mucho en ellos y estaba dispuesto a destruirlos. Muchos afirmaban que el interés de Prometeo en la humanidad se debía a que él mismo había sido su creador.

Como no tenían poder sobre el fuego, los mortales vivían miserablemente. En las noches oscuras, solo podían protegerse de las fieras escondiéndose en la profundidad de las cavernas. No podían trabajar los metales para fabricar armas o herramientas, y tenían que contentarse con lo que lograran hacer tallando piedras.

Comían sus alimentos crudos y vivían casi como animales. Poco podía su inteligencia sin el fuego que Zeus les negaba.

El que trabajaba con fuego todo el día era uno de los hijos de Zeus, ese dios renco y malhumorado llamado Hefesto, que estaba casado con la más bella de todas las diosas, la increíble Afrodita. En su fragua, en las profundidades de la Tierra, debajo de un volcán, Hefesto fabricaba las armas de los dioses, con ayuda de los Cíclopes.

Prometeo, utilizando su ingenio, se acercó a la fragua de Hefesto para conversar amablemente con el dios. Y en una distracción, consiguió robar un poco de fuego, unas cuantas brasas encendidas que escondió en el interior de una caña hueca. Con ese regalo asombroso, se presentó ante sus queridos hombres. Y no solo les entregó el fuego: les enseñó a cuidar que no se



apagara, a encenderlo y a utilizarlo de todas las maneras posibles: les entregó la técnica de construir viviendas, armas, herramientas. Desde que fueron dueños del fuego, por primera vez los hombres se sintieron superiores a todos los demás seres que poblaban la Tierra.

Zeus estaba furioso. Prometeo había desobedecido sus órdenes y debía recibir un castigo ejemplar. Con cadenas de acero, lo sujetó a una roca en el Cáucaso y envió a un águila monstruosa a devorarle el hígado. Para que el castigo fuera terrible y eterno, todas las noches el hígado de

Prometeo volvía a crecer, y el águila se alimentaba de él durante el día.

Zeus juró por lo más sagrado que jamás desataría a Prometeo de la roca.

¿Pasaron años, siglos, milenios? Nadie lo sabe. Mucho, mucho tiempo después, Heracles, un hombre hijo de Zeus, pasó por allí en su camino al Jardín de las Hespérides. Heracles, mató a flechazos al águila que lo atormentaba y rompió sus cadenas. Prometeo, agradecido, lo ayudó con sus consejos.

Zeus quería mucho a su hijo Heracles y a pesar de todo estaba orgulloso de su hazaña. ¿Pero cómo podía permitir que Prometeo quedara libre sin romper su juramento? Con una gran idea: hizo que Hefesto fabricara un anillo con el acero de la cadena, que engarzara en él un trozo de la roca a la que Prometeo había estado atado, y lo hizo jurar que jamás se quitaría ese anillo. Así, Prometeo quedó libre para siempre y, al mismo tiempo, para siempre encadenado a la roca del Cáucaso.

En *“Dioses y héroes de la mitología griega”* (2013). Alfaguara

Pero Circe me tomó de la mano y me hizo sentar lejos de mis compañeros y (...) entonces me dijo la soberana Circe: “Escucha ahora tú lo que voy a decirte y lo recordará después el dios mismo. Primero llegarás a las Sirenas, las que hechizan a todos los hombres que se acercan a ellas. Quien acerca su nave sin saberlo y escucha la voz de las Sirenas ya nunca se verá rodeado de su esposa y tiernos hijos, llenos de alegría porque ha vuelto a casa; antes bien, lo hechizan éstas con su sonoro canto sentadas en un prado donde las rodea un gran montón de huesos humanos putrefactos, cubiertos de piel seca. Haz pasar de largo a la nave y, derritiendo cera agradable como la miel, unta los oídos de tus compañeros para que ninguno de ellos las escuche. En cambio, tú, si quieres oír las, haz que te amarren de pies y manos, firme junto al mástil –que sujeten a éste las amarras–, para que escuches complacido, la voz de las dos Sirenas; y si suplicas a tus compañeros o los ordenas que te desaten, que ellos te sujeten todavía con más cuerdas. Cuando tus compañeros las hayan pasado de largo, ya no te diré cuál de los dos caminos será el tuyo; decídelo tú mismo.” (...)

Entonces dije a mis compañeros con corazón acongojado: “Amigos, es preciso que todos –y no solo uno o dos– conozcan las predicciones que me ha hecho Circe, la divina entre las diosas. Así que se las voy a decir para que, después de conocerlas, perezcamos o consigamos escapar evitando la muerte y el destino. Antes que nada me ordenó que evitáramos a las divinas Sirenas y su florido prado. Ordenó que sólo yo escuchara su voz; pero átenme con dolorosas ligaduras para que permanezca firme allí, junto al mástil; que sujeten a éste las amarras, y si les suplico o doy órdenes de que me desaten, apriétenme todavía con más cuerdas”. Así es como yo explicaba cada detalle a mis compañeros.

Entretanto la bien fabricada nave llegó velozmente a la isla de las dos Sirenas –pues la impulsaba próspero viento–. Pero enseguida cesó éste y se hizo una bonanza apacible, pues un dios había calmado el oleaje. Se levantaron mis compañeros para plegar las velas y las pusieron sobre la cóncava nave y, sentándose al remo, blanqueaban el agua con los pulimentados remos. Entonces yo partí en trocitos, con el agudo bronce, un



gran pan de cera y lo apreté con mis pesadas manos. Enseguida se calentó la cera (...) y la unté por orden en los oídos de todos mis compañeros. Estos, a su vez, me ataron igual de manos que de pies, firme junto al mástil –sujetaron a éste las amarras– y, sentándose, batían el canoso mar con los remos.

Conque, cuando la nave estaba a una distancia en que se oye a un hombre al gritar en nuestra veloz marcha, no se les ocultó a las Sirenas que se acercaba y entonaron su sonoro canto:

“Vamos, famoso Odiseo, gran honra de los aqueos, ven aquí y haz detener tu nave para que puedas oír nuestra voz. Que nadie ha pasado de largo con su negra nave sin escuchar la dulce voz de nuestras bocas, sino que ha regresado después de gozar con ella y saber más cosas. Pues sabemos todo cuanto los argivos y troyanos trajinaron en la vasta Troya por voluntad de los dioses. Sabemos cuanto sucede sobre la tierra fecunda”.

Así decían lanzando su hermosa voz. Entonces mi corazón deseó escucharlas y ordené a mis compañeros que me soltaran haciéndoles señas con mis cejas, pero ellos se echaron hacia adelante y remaban, y luego se levantaron Perimedes y Euríloco y me ataron con más cuerdas, apretándome todavía más. Cuando por fin las habían pasado de largo y ya no se oía más la voz de las Sirenas ni su canto, se quitaron la cera mis fieles compañeros, la que yo había untado en sus oídos, y a mí me soltaron de las amarras.

Fragmento.

En “*Obras completas de Homero*”,
traducción de Luis Segalá y Estalella, Barcelona, 1927, Canto XII

Deméter era, según refieren creencias muy antiguas, la diosa protectora de la agricultura. Gracias a sus benéficos cuidados de las mieses crecían doradas en los campos, los frutos de la naturaleza se multiplicaban en abundancia de colores y formas, y pueblos enteros contaban, seguros, con el alimento diario.

Tenía la diosa una hija bella y delicada como una flor, llamada Proserpina, a la que amaba con todo su ser.

Hades, tío de la muchacha y rey del mundo de los muertos, se había enamorado de ella y estaba dispuesto a todo para poder desposarla. Cierta tarde, mientras recogía flores en la pradera, la jovencita vio con asombro cómo una brecha se abría ante sus ojos azorados. Súbitamente, sin darle tiempo a ninguna queja, la sostuvo en sus brazos y la llevó consigo a su montada subterránea. Proserpina tuvo miedo. Asustada, decía para sí: ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mí?

Al anochecer, Démeter advirtió la ausencia de Proserpina y salió a buscarla. La angustia sobrecogió su corazón y nubes de pesar cruzaron por su mente, en cuanto no había rastros de la niña en ningún sitio. La llamó con insistencia, gritó y clamó desesperada, pero, llegada la noche, la jovencita no aparecía.

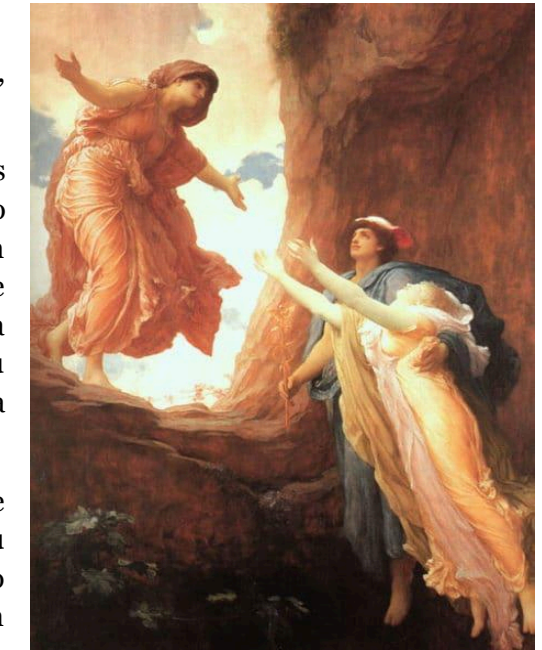
Nueve días con sus noches anduvo errante la desconsolada madre. A veces se la oía exclamar: ¿Qué voy a hacer sin ti, hijita? ¿Qué haré?

Hasta que un día el Sol, que todo lo ve, le reveló la verdad. Él había presenciado el rapto. Se enfureció Deméter contra Hades, y movida por gran irritación, decidió suspender sus benéficos servicios a los mortales.

El desastre fue enorme: los cultivos empezaron a secarse; ningún vegetal crecía ya lozano y verde, la tierra se convirtió en un páramo blanco y estéril.

Entonces Zeus, el más poderoso de los dioses, decidió intervenir. Habló con su hermano Hades para rogarle que devolviera la joven a su madre. Pero esto - ¡ay, el destino! - ya no era posible. Proserpina había comido un grano de granada, fruto que la ligaba eternamente al mundo de los muertos. Sólo quedaba una alternativa: la muchacha podía dividir su tiempo entre la tierra y el infierno. Seis meses compartiría con su madre y otros seis bajo la tierra con su esposo. Mientras madre e hija estuvieran juntas, la vegetación sería fructífera y fecunda; en cambio, cuando la bella joven estuviese con Hades, la triste Deméter no propagaría sus cuidados a la naturaleza, y ésta entonces reposaría en su sueño de invierno, fría y estéril por un tiempo.

De esta manera, el mundo contaría en adelante con diferentes estaciones del año, para acompañar en su dolor y su alegría, alternativamente, a la bondadosa madre de todos los cultivos.



De *“Héroes, pasiones y monstruos”*.

HUAZIHUL

El cacique no pudo dormir aquella noche. Sabía que se aproximaba el fin. La terrible fuerza española los había desalojado de sus reductos, y ahora, retrocediendo, habían llegado a Tamberias, donde estaban refugiadas las familias. Las mujeres y los niños corrieron a recibirlos sorprendidos, sin imaginar la derrota que traían sobre el alma.

Por eso, apenas salió el sol dorado en el precioso valle calingastino, se quedó de pie, como orando, quizás pensando largamente.

Pronto se sintieron los estruendos de las balas, y sin decir una palabra, prepararon los arcos y las flechas, y avanzaron entre los cerros. Para su desesperación, los españoles estaban casi a las puertas del tambo, donde se encontraban las familias. El combate fue, por lo tanto, terrible.



Cuerpo a cuerpo, los hombres defendían bravamente su territorio, pero Huazihul comprobó una vez más la poca resistencia de sus armas frente a los arcabuces y espadas del conquistador.

-¡Vengan conmigo!-gritó a los inmediatos, y con ellos se adentró a la montaña.

Lo hizo ostentosamente, para que lo viera el jefe enemigo, Salinas de Heredia, y desviara el rumbo de los ataques. Así sucedió, el español no estaba interesado y las mujeres y niños. Él quería la cabeza de Huazihul.

El cacique, en cambio, quería ganar tiempo para salvar a su pueblo aun a costa de sacrificar su vida.

Trepando de cumbre en cumbre, los fue desviando con habilidad, aunque los indios traidores del cacique Angaco sabían bien como ascender. En la huida llegaron a los abruptos cerros del Alkazat, se atrincheraron en altura. Desde allí, era fácil ver a los enemigos sin ser vistos.

Muy cerca pero desde una terraza más baja, avanzaba Salinas de Heredia, el capitán español. Era joven y gallardo, llevaba una espada que relampagueaba constantemente en sus brazos, y a pesar del rostro enrojecido por el esfuerzo, seguía trepando.

En cambio, Huazihul cuando miró a los suyos, eran pocos y exhaustos, con sus ropas rotas, apretando las flechas. Sintió una

terrible explosión de odio e impotencia. ¡No podía soportarlo!

Entonces se dejó caer, gritando ¡AGUANTEN!, desde la saliente de la roca, justo frente a Salinas que se echó atrás sorprendido. Como caído del cielo tenía de frente al jefe de la tribu, sin su arco, solo con la maza aferrada a su brazo. Se miraron un instante, luego Huazihul, lanzó un grito de guerra, rompió con su maza la rodela del castellano y lo hizo caer.

Pero el español se repuso inmediatamente, y con su espada toledana, se lanzó como un rayo contra el cacique, que lo esquivó con agilidad.

-¡Ya verás maldito!- gritó el capitán.

Huazihul lo miró a los ojos y Salinas sintió algo extraño...la mirada de un semejante, la de otro hombre, tanto como él. Pero solo fue un instante, la ley de la guerra no admite vacilación.

Salinas volvió a atacar, cayendo directo sobre el cuerpo del cacique. El pecho casi desnudo, apenas cubierto por algunos arreos de plumas, se bañó de sangre: al "amta" Huazihul le llegaba la muerte. Un ronquido, estertor de puma enfermo, indicó el fin, mientras el español gritaba:

-¡Al fin...VIVA ESPAÑA!

Muerto el caudillo, acabó la resistencia de los indios, y con ello se impuso duramente el imperio de Castilla.

Quedó insepulto, mientras vigilaban los españoles. Tal vez, más adelante, sus fieles camaradas lo ocultaron en la sierra. Pero no ha muerto, su espíritu vaga entre los montes, de tiempo en tiempo, se vuelve a escuchar el bramido ronco. Es la rebelde agonía que aún no termina, la tumultuosa reacción de un corazón que no quiere morir, o tal vez el eco de aquel salto de tigre con que se plantó rotundo delante de los enemigos. Porque Huazihul, el amta de Catalve, todavía guarda intrépido la sagrada puerta de su hogar.

UNIDAD N° 1

El cuento realista

Lo cotidiano hecho relato



LA PELOTA

Felisberto Hernández

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén.

Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita -pronto para correr- yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta de que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra. Y que no había más remedio que conformarse con esta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi cómo ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas “patadas” me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella.

A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo;



pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes comíamos dulce de membrillo.) En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una “patada” bien en el

medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera.

En almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy

pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie.

Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración y después yo me fui quedando dormido.

FIN

En “*Cuentos selectos*” (2011). Ediciones Corregidor

Su entusiasmo por el circo se venía arrastrando desde tiempo atrás. Dos meses, quizá. Pero cuando siete años son toda la vida y aún se ve el mundo de los mayores como una muchedumbre a través de un vidrio esmerilado, entonces dos meses representan un largo, insondable proceso. Sus hermanos mayores habían ido dos o tres veces e imitaban minuciosamente las graciosas desgracias de los payasos y las contorsiones y equilibrios de los forzudos. También los compañeros de la escuela lo habían visto y se reían con grandes aspavientos al recordar este golpe o aquella pirueta. Sólo que Carlos no sabía que eran exageraciones destinadas a él, a él que no iba al circo porque el padre entendía que era muy impresionable y podía conmoverse demasiado ante el riesgo inútil que corrían los trapeceistas. Sin embargo, Carlos sentía algo parecido a un dolor en el pecho siempre que pensaba en los payasos. Cada día se le iba siendo más difícil soportar su curiosidad.

Entonces preparó la frase y en el momento oportuno se la dijo al padre: “¿No habría forma de que yo pudiese ir alguna vez al circo?” A los siete años, toda frase larga resulta simpática y el padre se vio obligado primero a sonreír, luego a explicarse: “No quiero que veas a los trapeceistas.” En cuanto oyó esto, Carlos se sintió verdaderamente a salvo, porque él no tenía interés en los trapeceistas. “¿Y si me fuera cuando empieza ese número?” “Bueno”, contestó el padre, “así, sí”.

La madre compró dos entradas y lo llevó el sábado de noche. Apareció una mujer de malla roja que hacía equilibrio sobre un caballo blanco. Él esperaba a los payasos. Aplaudieron. Después salieron unos monos que andaban en bicicleta, pero él esperaba a los payasos. Otra vez aplaudieron y apareció un malabarista. Carlos miraba con los ojos muy abiertos, pero de pronto se encontró bostezando. Aplaudieron de nuevo y salieron —ahora sí— los payasos.

Su interés llegó a la máxima tensión. Eran cuatro, dos de ellos enanos. Uno de los grandes hizo una cabriola, de aquellas que imitaba su hermano mayor. Un enano se le metió entre las piernas y el payaso grande le pegó sonoramente en el trasero. Casi todos los espectadores se reían y algunos muchachitos empezaban a festejar el chiste mímico antes aún de que el payaso emprendiera su gesto. Los dos enanos se trenzaron en la milésima versión de una pelea absurda, mientras el menos cómico de los otros dos los alentaba para que se pegasen. Entonces el segundo payaso grande, que era sin lugar a dudas el más cómico, se acercó a la baranda que limitaba la pista, y Carlos lo vio junto a él, tan cerca que pudo distinguir la boca cansada del hombre bajo la risa pintada y fija del payaso. Por un instante el pobre diablo vio aquella carita asombrada y le sonrió, de modo imperceptible, con sus labios verdaderos. Pero los otros tres habían concluido y el payaso más cómico se unió a los demás en los porrazos y saltos finales, y todos aplaudieron, aun la madre de Carlos.

Y como después venían los trapeceistas, de acuerdo a lo convenido la madre lo tomó de un brazo y salieron a la calle. Ahora sí había visto el circo, como sus hermanos y los compañeros del colegio. Sentía el pecho vacío y no le importaba qué iba a decir mañana. Serían las once de la noche, pero la madre sospechaba algo y lo introdujo en la zona de luz de una vidriera. Le pasó

despacio, como si no lo creyera, una mano por los ojos, y después le preguntó si estaba llorando. Él no dijo nada. “¿Es por los trapevistas? ¿Tenías ganas de verlos?”

Ya era demasiado. A él no le interesaban los trapevistas. Sólo para destruir el malentendido, explicó que lloraba porque los payasos no le hacían reír.

En “Montevideanos” (1959)

LA FIESTA AJENA

Liliana Heker

Nomás llegó, fue a la cocina a ver si estaba el mono. Estaba y eso la tranquilizó: no le hubiera gustado nada tener que darle la razón a su madre. ¿Monos en un cumpleaños?, le había dicho; ¡por favor! Vos sí que te creés todas las pavadas que te dicen. Estaba enojada pero no era por el mono, pensó la chica: era por el cumpleaños.

–No me gusta que vayas –le había dicho–. Es una fiesta de ricos.

–Los ricos también se van al cielo–dijo la chica, que aprendía religión en el colegio.

–Qué cielo ni cielo –dijo la madre–. Lo que pasa es que a usted, m'hijita, le gusta cagar más arriba del culo.

A la chica no le parecía nada bien la manera de hablar de su madre: ella tenía nueve años y era una de las mejores alumnas de su grado.

–Yo voy a ir porque estoy invitada –dijo–. Y estoy invitada porque Luciana es mi amiga. Y se acabó.

–Ah, sí, tu amiga –dijo la madre. Hizo una pausa–. Oíme, Rosaura –dijo por fin–, esa no es tu amiga. ¿Sabés lo que sos vos para todos ellos? Sos la hija de la sirvienta, nada más.

Rosaura parpadeó con energía: no iba a llorar.

–Callate –gritó–. Qué vas a saber vos lo que es ser amiga.

Ella iba casi todas las tardes a la casa de Luciana y preparaban juntas los deberes mientras su madre hacía la limpieza. Tomaban la leche en la cocina y se contaban secretos. A Rosaura le gustaba enormemente todo lo que había en esa casa. Y la gente también le gustaba.

–Yo voy a ir porque va a ser la fiesta más hermosa del mundo, Luciana me lo dijo. Va a venir un mago y va a traer un mono y todo. La madre giró el cuerpo para mirarla bien y ampulosamente apoyó las manos en las caderas.

–¿Monos en un cumpleaños? –dijo–. ¡Por favor! Vos sí que te creés todas las pavadas que te dicen.

Rosaura se ofendió mucho. Además le parecía mal que su madre acusara a las personas de mentirosas simplemente porque eran ricas. Ella también quería ser rica, ¿qué?, si un día llegaba a vivir en un hermoso palacio, ¿su madre no la iba a querer tampoco a ella? Se sintió muy triste. Deseaba ir a esa fiesta más que nada en el mundo.

–Si no voy me muero –murmuró, casi sin mover los labios.

Y no estaba muy segura de que se hubiera oído, pero lo cierto es que la mañana de la fiesta descubrió que su madre le había almidonado el vestido de Navidad. Y a la tarde, después que le lavó la cabeza, le enjuagó el pelo con vinagre de manzanas para que le quedara bien brillante. Antes de salir Rosaura se miró en el espejo, con el vestido blanco y el pelo brillándole, y se vio lindísima.

La señora Inés también pareció notarlo. Apenas la vio entrar, le dijo:

–Qué linda estás hoy, Rosaura.

Ella, con las manos, impartió un ligero balanceo a su pollera almidonada: entró a la fiesta con paso firme. Saludó a Luciana y le preguntó por el mono. Luciana puso cara de conspiradora; acercó su boca a la oreja de Rosaura.

–Está en la cocina –le susurró en la oreja–. Pero no se lo digas a nadie porque es un secreto.

Rosaura quiso verificarlo. Sigilosamente entró en la cocina y lo vio. Estaba meditando en su jaula. Tan cómico que la chica se quedó un buen rato mirándolo y después, cada tanto, abandonaba a escondidas la fiesta e iba a verlo. Era la única que tenía permiso para entrar en la cocina, la señora Inés se lo había dicho: "Vos sí pero ningún otro, son muy revoltosos, capaz que rompen algo". Rosaura, en cambio, no rompió nada. Ni siquiera tuvo problemas con la jarra de naranjada, cuando la llevó desde la cocina al comedor. La sostuvo con mucho cuidado y no volcó ni una gota. Eso que la señora Inés le había dicho: "¿Te parece que vas a poder con esa jarra tan grande?". Y claro que iba a poder: no era de manteca, como otras. De manteca era la rubia del moño en la cabeza. Apenas la vio, la del moño le dijo:

–¿Y vos quién sos?

–Soy amiga de Luciana –dijo Rosaura.

–No –dijo la del moño–, vos no sos amiga de Luciana porque yo soy la prima y conozco a todas sus amigas. Y a vos no te conozco.

–Y a mí qué me importa –dijo Rosaura–, yo vengo todas las tardes con mi mamá y hacemos los deberes juntas.

–¿Vos y tu mamá hacen los deberes juntas? –dijo la del moño, con una risita.

– Yo y Luciana hacemos los deberes juntas –dijo Rosaura, muy seria.

La del moño se encogió de hombros.

–Eso no es ser amiga –dijo–. ¿Vas al colegio con ella?

–No.

–¿Y entonces, de dónde la conocés? –dijo la del moño, que empezaba a impacientarse.

Rosaura se acordaba perfectamente de las palabras de su madre. Respiró hondo:

–Soy la hija de la empleada –dijo.

Su madre se lo había dicho bien claro: Si alguno te pregunta, vos le decís que sos la hija de la empleada, y listo. También le había dicho que tenía que agregar: y a mucha honra. Pero Rosaura pensó que nunca en su vida se iba a animar a decir algo así.

–Qué empleada–dijo la del moño–. ¿Vende cosas en una tienda?

–No –dijo Rosaura con rabia–, mi mamá no vende nada, para que sepas.

–¿Y entonces cómo es empleada? –dijo la del moño.

Pero en ese momento se acercó la señora Inés haciendo shh shh, y le dijo a Rosaura si no la podía ayudar a servir las salchichitas, ella que conocía la casa mejor que nadie.

– Viste –le dijo Rosaura a la del moño, y con disimulo le pateó un tobillo.

Fuera de la del moño todos los chicos le encantaron. La que más le gustaba era Luciana, con su corona de oro; después los varones. Ella salió primera en la carrera de embolsados y en la mancha agachada nadie la pudo agarrar. Cuando los dividieron en equipos para jugar al delegado, todos los varones pedían a gritos que la pusieran en su equipo. A Rosaura le pareció que nunca en su vida había sido tan feliz.

Pero faltaba lo mejor. Lo mejor vino después que Luciana apagó las velitas. Primero, la torta: la señora Inés le había pedido que la ayudara a servir la torta y Rosaura se divirtió muchísimo porque todos los chicos se le vinieron encima y le gritaban "a mí, a mí". Rosaura se

acordó de una historia donde había una reina que tenía derecho de vida y muerte sobre sus súbditos. Siempre le había gustado eso de tener derecho de vida y muerte. A Luciana y a los varones les dio los pedazos más grandes, y a la del moño una tajadita que daba lástima.

Después de la torta llegó el mago. Era muy flaco y tenía una capa roja. Y era mago de verdad. Desanudaba pañuelos con un solo soplo y enhebraba argollas que no estaban cortadas por ninguna parte. Adivinaba las cartas y el mono era el ayudante. Era muy raro el mago: al mono lo llamaba socio. "A ver, socio, dé vuelta una carta", le decía. "No se me escape, socio, que estamos en horario de trabajo".

La prueba final era la más emocionante. Un chico tenía que sostener al mono en brazos y el mago lo iba a hacer desaparecer.

–¿Al chico? –gritaron todos.

–¡Al mono! –gritó el mago.

Rosaura pensó que ésta era la fiesta más divertida del mundo. El mago llamó a un gordito, pero el gordito se asustó enseguida y dejó caer al mono. El mago lo levantó con mucho cuidado, le dijo algo en secreto, y el mono hizo que sí con la cabeza.

–No hay que ser tan timorato, compañero –le dijo el mago al gordito.

–¿Qué es timorato? –dijo el gordito.

El mago giró la cabeza hacia uno y otro lado, como para comprobar que no había espías.

–Cagón –dijo–. Vaya a sentarse, compañero.

Después fue mirando, una por una, las caras de todos. A Rosaura le palpitaba el corazón.

–A ver, la de los ojos de mora –dijo el mago. Y todos vieron cómo la señalaba a ella.

No tuvo miedo. Ni con el mono en brazos, ni cuando el mago hizo desaparecer al mono, ni al final, cuando el mago hizo ondular su capa roja sobre la cabeza de Rosaura, dijo las palabras mágicas... y el mono apareció otra vez allí, lo más contento, entre sus brazos. Todos los chicos aplaudieron a rabiar. Y antes de que Rosaura volviera a su asiento, el mago le dijo:

–Muchas gracias, señorita condesa.

Eso le gustó tanto que un rato después, cuando su madre vino a buscarla, fue lo primero que le contó.

– Yo lo ayudé al mago y el mago me dijo: "Muchas gracias, señorita condesa".

Fue bastante raro porque, hasta ese momento, Rosaura había creído que estaba enojada con su madre. Todo el tiempo había pensado que le iba a decir: "Viste que no era mentira lo del mono". Pero no. Estaba contenta, así que le contó lo del mago.

Su madre le dio un coscorrón y le dijo:

–Mírenla a la condesa.

Pero se veía que también estaba contenta.

Y ahora estaban las dos en el hall porque un momento antes la señora Inés, muy sonriente, había dicho: "Espérenme un momentito".

Ahí la madre pareció preocupada.

–¿Qué pasa? –le preguntó a Rosaura.

–Y qué va a pasar –le dijo Rosaura–. Que fue a buscar los regalos para los que nos vamos.

Le señaló al gordito y a una chica de trenzas, que también esperaban en el hall al lado de sus



madres. Y le explicó cómo era el asunto de los regalos. Lo sabía bien porque había estado observando a los que se iban antes. Cuando se iba una chica, la señora Inés le regalaba una pulsera. Cuando se iba un chico, le regalaba un yo-yo. A Rosaura le gustaba más el yo-yo porque tenía chispas, pero eso no se lo contó a su madre. Capaz que le decía: "Y entonces, ¿por qué no le pedís el yo-yo, pedazo de sonsa?". Era así su madre. Rosaura no tenía ganas de explicarle que le daba vergüenza ser la única distinta. En cambio le dijo:

–Yo fui la mejor de la fiesta.

Y no habló más porque la señora Inés acababa de entrar en el hall con una bolsa celeste y una bolsa rosa.

Primero se acercó al gordito, le dio un yo-yo que había sacado de la bolsa celeste, y el gordito se fue con su mamá. Después se acercó a la de trenzas, le dio una pulsera que había sacado de la bolsa rosa, y la de trenzas se fue con su mamá.

Después se acercó a donde estaban ella y su madre. Tenía una sonrisa muy grande y eso le gustó a Rosaura. La señora Inés la miró, después miró a la madre, y dijo algo que a Rosaura la llenó de orgullo. Dijo:

–Qué hija que se mandó, Herminia.

Por un momento, Rosaura pensó que a ella le iba a hacer los dos regalos: la pulsera y el yo-yo. Cuando la señora Inés inició el ademán de buscar algo, ella también inició el movimiento de adelantar el brazo. Pero no llegó a completar ese movimiento.

Porque la señora Inés no buscó nada en la bolsa celeste, ni buscó nada en la bolsa rosa. Buscó algo en su cartera.

En su mano aparecieron dos billetes.

–Esto te lo ganaste en buena ley–dijo, extendiendo la mano–. Gracias por todo, querida.

Ahora Rosaura tenía los brazos muy rígidos, pegados al cuerpo, y sintió que la mano de su madre se apoyaba sobre su hombro. Instintivamente se apretó contra el cuerpo de su madre. Nada más. Salvo su mirada. Su mirada fría, fija en la cara de la señora Inés.

La señora Inés, inmóvil, seguía con la mano extendida. Como si no se animara a retirarla. Como si la perturbación más leve pudiera desbaratar este delicado equilibrio.

En "Cuentos reunidos" (2016). Alfaguara.

EL ECLIPSE

Augusto Monterroso

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitivamente. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo. Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas. Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

–Si me matáis –les dijo– puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

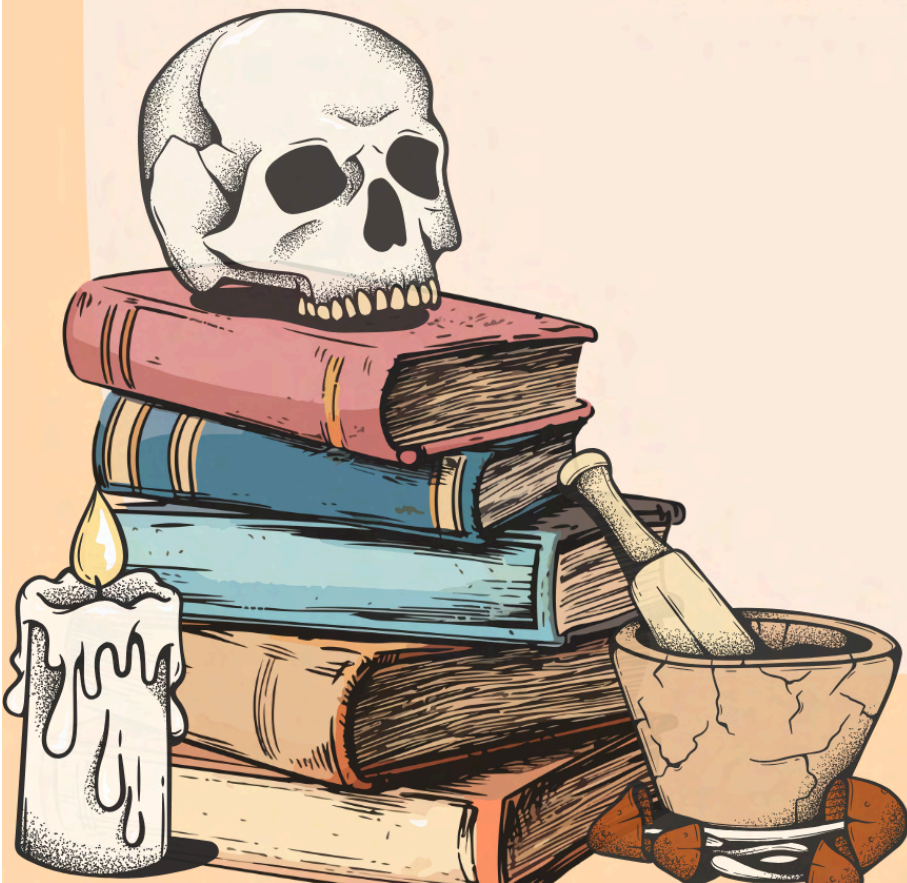
Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén. Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

En “*Obras completas (y otros cuentos)*” (1998). Anagrama

UNIDAD N° 1

El cuento de terror

El miedo y el suspenso



“Esta casa es un sueño”, pensó Inés.

Era una cabaña de madera, de dos pisos, con ventanales grandes y un jardín que bajaba suavemente hacia el lago Nahuel Huapi. Carlos había alquilado la casa para pasar un mes. Inés y él habían estado a punto de separarse, y Carlos pensó que quizá unas vacaciones podrían servir para recomponer la relación.

Era de noche y estaban acostados en el jardín, mirando las estrellas. Un pájaro negro cruzó el cielo.

—La casa es un sueño, ¿no?— preguntó Carlos, como si hubiera leído el pensamiento de Inés. Y agregó:

—Ojalá nos sirva.

—Cuando uno tiene ganas, las cosas se arreglan —dijo Inés—, de una manera o de otra.

Cuando terminó la frase, miró hacia el lago. Las montañas, más allá, parecían gigantes dormidos.

“Hay demasiado silencio”, pensó Inés. “Nunca escuché tanto silencio”.

Pero, de pronto, el silencio se rompió. Las aguas del lago se abrieron y, frente a ellos emergió desde el fondo una criatura gigante y negra. Era una especie de dinosaurio acuático. Su cuello debía de medir como diez metros, y su cabeza era enorme. Su piel, viscosa y húmeda, brilló en la noche. El extraño ser abrió la boca, dio un grito furioso y, con un movimiento veloz y preciso, estiró el cuello hasta donde estaba la pareja. La bestia atrapó a Carlos entre sus colmillos y lo levantó por el aire. Carlos aulló de dolor.

El monstruo, al morderlo, lo había cortado en dos. La parte inferior del cuerpo de Carlos, desgarrada y ensangrentada, volvió a caer sobre el pasto con un golpe seco. La sangre caliente salpicó a Inés en la cara.

—¡Ahhhhhhhh!

Inés gritó con todas sus fuerzas. Y se despertó.

Eran las dos de la mañana. Todo estaba en silencio. Carlos, que dormía a su lado, se acababa de despertar con el grito.

—¿Qué pasó, Inesita? —preguntó, medio dormido, abrazándola.

Ella lo miró unos instantes con los ojos muy abiertos.

Después, aliviada, dijo:

—Nada, mi querido. Una pesadilla horrible.

Inés miró por la ventana. El lago estaba en calma. Las estrellas se reflejaban en el agua.

Las montañas se reflejaban a lo lejos. “Este lugar es hermoso, tengo que tranquilizarme, tratar de pasarla bien”. Respiró profundamente.

—¿Seguro que estás bien, Inés? —preguntó Carlos.

—Sí, pero ese mal sueño me desveló. Voy a bajar a prepararme un tecito.

Carlos suspiró.

—Te acompaño —dijo, heroico. En realidad, lo que más deseaba en ese momento era seguir durmiendo. Pero había decidido hacer un esfuerzo para que las cosas entre ellos volvieran a ser como antes.

—No hace falta que me acompañes, podés seguir en la cama —dijo Inés.

—Te acompaño —repitió Carlos. —¿O no querés?

—Quiero que hagas lo que tengas ganas de hacer —dijo ella, acariciándole la mejilla.

—Entonces te acompaño —repitió él.



Se abrigaron y bajaron a la cocina. Inés preparó té.

Carlos buscó las tazas y las puso una al lado de la otra.

—¿Oíste hablar del Nahuelito? —preguntó Inés.

—Sí —dijo Carlos. —¿No es una especie de animal prehistórico que vive en el fondo del lago?

—¿Cómo que “vive”? ¿Existe?

—Algunos dicen haberlo visto... Incluso, hace muchos años se organizó una expedición con científicos y todo para encontrarlo...

—¿Y?

—Nada. Nunca lo encontraron. Igual, la gente de la zona sigue hablando... Pero no sabía que ahora te interesaban los bichos...

—Es que soñé con el Nahuelito —explicó Inés. —Además, claro que me interesan los bichos. Si no, ¿por qué creés que estoy con vos? —bromeó, antes de darle un beso.

Cuando el té estuvo listo, salieron al jardín. La noche era hermosa. No había viento y se respiraba el olor del pasto húmedo.

Tomaron el té y después se acostaron mirando las estrellas. Un pájaro negro cruzó el cielo.

—La casa es un sueño, ¿no? —preguntó Carlos. Y agregó:

—Ojalá nos sirva.

Inés se incorporó y lo miró a los ojos, inquieta. ¿Seguía soñando? Se dio cuenta de que otra vez había demasiado silencio alrededor. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se escuchó decir:

—Cuando uno tiene ganas, las cosas se arreglan. De una manera o de otra.

Y cuando terminó de hablar, una figura negra —¿o era una sombra?— algo enorme, amenazador, terrible pareció emerger del lago...

Inés cerró los ojos con fuerza. “Estás soñando, Inés”, se dijo. “Esto es un sueño y ahora te vas a despertar”. Enseguida oyó un grito aterrador. Era Carlos. Inés apretó todavía más los ojos cerrados.

“Todo es un sueño, todo es un sueño”, se repitió desesperada. “Todo es un sueño y ahora te vas a despertar”. Inés lo repitió muchas veces. Pero no se despertaba.

En “*Monstruos argentinos, Una colección de espantos*”.
Colección azulejos (9), 3ª edición 2014. Editorial Estrada

Montones de veces —y a mi pedido— mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia "de miedo" cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano.

Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento y —lamentablemente— hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo que sí recuerdo es que —de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, cara a las estrellas— este relato era uno de mis preferidos.

—¡Te pone los pelos de punta y —sin embargo— encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? —me decía el tío—. Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa...

Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre no iba a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde cuando —de regreso a casa— me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto.

Siempre cumplí con mis promesas. Por eso, esta historia de manos — como tantas otras que sospecho eran inventadas por el tío o recordadas desde su propia infancia— me fue contada una y otra vez.

Y una y otra vez la conté yo misma —años después— a mis propios "sobrinhos" así como —ahora— me dispongo a contártela: como si — también— fueras mi sobrina o mi sobrino, mi hija o mi hijo y me pidieras:

—¡Dale, tía; dale, mami, un cuento "de miedo"!

Y bien. Aquí va:

Martina, Camila y Oriana eran amigas amiguísimas.

No sólo concurrían a la misma escuela sino que —también— se encontraban fuera de los horarios de las clases. Unas veces, para preparar tareas escolares y otras, simplemente para estar juntas. De otoño a primavera, las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad. ¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogones al anochecer...

Aquel sábado de pleno invierno —por ejemplo—lo habían disfrutado por completo, y la alegría de las tres nenas se prolongaba —aún— durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir les iba a enseñar unos pasos de zapateo americano, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión.

Adorable la abuela de Martina. No aparentaba la edad que tenía. Siempre dinámica, coqueta, de buen humor, conversadora. Había sido una excelente bailarina de "tap". Las chicas lo sabían y por eso le habían insistido para que bailara con ellas.

—¿Por qué no lo dejan para mañana a la tardecita, ¿eh? Ya es hora de ir a descansar. Además, la abuela no paró un minuto en todo el día. Debe de estar agotada.

La mamá de Martina trató —en vano— de convencerlas para que se fueran a dormir a las cuatro y no sólo a las niñas, porque la abuela tampoco estaba dispuesta a concluir aquella jornada sin la anunciada sesión de baile. Así fue como —al rato y mientras los padres, los perros y la gata se ubicaban en la sala de estar a manera de público— la abuela y las tres nenas se preparaban para la función casera de zapateo americano.

Afuera, el viento parecía querer sumarse con su propia melodía: silbaba con intensidad entre los árboles.

Arriba —bien arriba— el cielo, con las estrellas escondidas tras espesos nubarrones.

La improvisada clase de baile se prolongó cerca de una hora. El tiempo suficiente como para que Martina, Camila y Oriana aprendieran —entre risas— algunos pasos de "tap" y la abuela se quedara exhausta y muy acalorada.

Pronto, todos se retiraron a sus cuartos.

Alrededor de la casa, la noche, tan negra como el sombrero de copa que habían usado para la función.

Las tres nenas ya se habían acostado. Ocupaban el cuarto de huéspedes, como en cada oportunidad que pasaban en esa casa.

Era un dormitorio amplio, ubicado en el primer piso. Tenía ventanas que se abrían sobre el parque trasero del edificio y a través de las cuales solía filtrarse el resplandor de la luna (aunque no en noches como aquella, claro, en la que la oscuridad era un enorme poncho cubriéndolo todo).

En el cuarto había tres camas de una plaza, colocadas en forma paralela, en hilera y separadas por sólidas mesas de luz.

En la cama de la izquierda, Martina, porque prefería el lugar junto a la puerta. En la cama de la derecha, Camila, porque le gustaba el sitio al lado de la ventana.

En la cama del medio, Oriana, porque era miedosa y decía que así se sentía protegida por sus amigas.

Las chicas acababan de dormirse cuando las despertó —de repente— la voz del padre. Terminaba de vestirse —nuevamente y de prisa— a la par que les decía:

—La abuela se descompuso. Nada grave —creemos—, pero vamos a llevarla hasta el hospital del pueblo para que la revisen, así nos quedamos tranquilos. Enseguida volvemos. Ah, dice mamá que no vayan a levantarse, que traten de dormir hasta que regresemos. Hasta luego.

¿Dormir? ¿Quién podía dormir después de esa mala noticia? Las chicas no, al menos, preocupadas como se quedaban por la salud de la querida abuela.

Y menos pudieron dormir minutos después de que oyeron el ruido del auto del padre, saliendo de la casa, ya que a la angustia de la espera se agregó el miedo por los tremendos ruidos de la tormenta que —finalmente— había decidido desmelenarse sobre la noche.

Truenos y rayos que conmovían el corazón.

Relámpagos, como gigantescas y electrizadas luciérnagas.

El viento, volcándose como pocas veces antes.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —gritó Oriana, de repente.

Las otras dos también lo tenían pero permanecían calladas, tragándose la inquietud.

Martina trató de calmar a su amiguita (y de calmarse, por qué negarlo) encendiendo su velador. Camila hizo lo mismo.

La cama de Oriana fue —entonces— la más iluminada de las tres ya que —al estar en el medio de las otras— recibía la luz directa de dos veladores.

—No pasa nada. La tormenta empeora la situación, eso es todo —decía Martina, dándose ánimo ella también con sus propios argumentos.

—Enseguida van a volver con la abuela. Seguro —opinaba Camila.

Y así —entre las lamentaciones de Oriana y las palabras de consuelo de las amigas más corajudas— transcurrió alrededor de un cuarto de hora en todos los relojes.



—protestó Camila.

Cuando el de la sala —grande y de péndulo— marcó las doce con sus ahuecados talanes, las jovencitas ya habían logrado tranquilizarse bastante, a pesar de que la tormenta amenazaba con tornarse inacabable.

Las luces se apagaron de golpe.

—¡No me hagan bromas pesadas!

—chilló Oriana— ¡Enciendan los veladores otra vez, malditas! —y asustada, ella misma tanteó sobre las mesitas para encontrar las perillas.

Sólo encontró las manos de sus amigas, haciendo lo propio.

—¡Yo no apagué nada, boba!

—¡Se habrá cortado la luz! —supuso Martina.

Y así era nomás. Demasiada electricidad haciendo travesuras en el cielo y nada allí —en la casa— donde tanto se la necesitaba en esos momentos...

Oriana se echó a llorar, desconsolada.

—¡Tengo miedo! ¡Hay que ir a buscar las velas a la cocina! ¡Hay que bajar a buscar fósforos y velas! ¡O una linterna!

—"¡Hay que!" "¡Hay que!" ¡Qué viva la señorita! ¿Y quién baja, ¿eh? ¿Quién?—se enojó Camila—. Yo, ini loca!

—¡Yo tampoco! —agregó Martina—. Esta Oriana se cree que soy la Superniña, pero no. Yo también tengo miedo, ¡qué tanto! Además, mi mamá nos recomendó que no nos levantáramos, ¿recuerdan?

Oriana lloraba con la cabeza oculta debajo de la almohada.

—Buaaaah... ¿Qué hacemos entonces? ¡Me muero de miedo! Por favor, bajen a buscar velas... Sean buenas... Buaaaah...

Martina sintió pena por su amiga. Si bien eran de la misma edad, Oriana parecía más chiquita y se comportaba como tal. Se compadeció y actuó —entonces— cual si fuera una hermana mayor.

—Bueno, bueno; no llores más, Ori. Tranquila... Se me ocurrió una idea. Vamos a hacer una cosa para no tener más miedo, ¿sí?

—¿Q--qué..? —balbuceó Oriana.

—¿Qué cosa? —Camila también se mostró interesada, lógico (aunque seguía sin quejarse, el temor la hacía temblar). Martina continuó con su explicación:

—Nos tapamos bien —cada una en su cama— y estiramos los brazos, bien estirados hacia afuera, hasta darnos las manos.

Enseguida, lo hicieron.

Obviamente, Oriana fue la que se sintió más amparada: al estar en el medio de sus dos amigas y abrir los brazos en cruz, pudo sentir un apretoncito en ambas manos.

—¡Qué suertuda Ori!, ¿eh? —bromeó Camila.

—Desde tu cama se recibe compañía de los dos lados...

—En cambio, nosotras... —completó Martina— sólo con una mano...

Y así —de manos fuertemente entrelazadas— las tres niñas lograron vencer buena parte de sus miedos.

Al rato, todas dormían.

Afuera, la tormenta empezaba a despedirse.

Gracias a Dios, la abuela ya se siente bien —les contó la madre al amanecer del día siguiente, en cuanto retornaron a la casa con su marido y su suegra y dispararon al primer piso para ver cómo estaban las chicas—. Fue sólo un susto.

Como —a su regreso— las niñas dormían plácidamente, la abuela misma había sido la encargada de despertarlas para avisarles que todo estaba en orden. ¡Qué alegría!

—Así me gusta. ¡Son muy valientes! Las felicito —y la abuela las besó y les prometió servirles el desayuno en la cama, para mimarlas un poco, después de la noche de nervios que habían pasado.

—No tan valientes, señora... Al menos, yo no... —susurró Oriana, algo avergonzada por su comportamiento de la víspera—. Fue su nieta la que consiguió que nos calmáramos...

Tras esta confesión de la nena, padres y abuela quisieron saber qué habían hecho para no asustar se demasiado.

Entonces, las tres amiguitas les contaron:

—Nos tapamos bien, cada una en su cama como ahora...

—Estirarnos los brazos así, como ahora...

—Nos dimos las manos con fuerza, así, como ahora...

¡Qué impresión les causó lo que comprobaron en ese instante, María Santísima! Y de la misma no se libraron ni los padres ni la abuela.

Resulta que por más que se esforzaron —estirando los brazos a más no poder— sus manos infantiles no llegaban a rozarse siquiera. ¡Y había que correr las camas laterales unos diez centímetros hacia la del medio para que las chicas pudieran tocarse —apenas— las puntas de los dedos!

Sin embargo, las tres habían —realmente— sentido que sus manos les eran estrechadas por otras, no bien llevaron a la acción la propuesta de Martina.

—¿Las manos de quién??? —exclamaron entonces, mientras los adultos trataban de disimular sus propios sentimientos de horror.

—¿De quiénes??? —corrigió Oriana, con una mueca de espanto. ¡Ella había sido tomada de ambas manos!

Manos.

Cuatro manos más aparte de las seis de las niñas, moviéndose en la oscuridad de aquella noche al encuentro de otras, en busca de aferrarse entre sí.

Manos humanas.

Manos espectrales.

(Acaso —a veces, de tanto en tanto— los fantasmas también tengan miedo... y nos necesiten...)

En “*iSocorro!*” (2019), Ed. Loquelo

CUANDO LOS PÁLIDOS VIENEN MARCHANDO

Elsa Bornemann

Apenas Felipe se enteró —al recibir la carta aquella mañana—, telefoneó a su amigo Huberto:

—¡Me saqué la rifa de la exposición, Huber! ¡La moto es nuestra!

"Nuestra", había dicho, y era cierto, porque la amistad entre ambos los llevaba a compartirlo casi todo desde la infancia. Con más razón, esa poderosa moto importada con la que los dos habían soñado tanto.

Ni pensar en comprarla. Aun sumando los ahorros de años no podrían haber llegado a reunir tamaña suma como la que se necesitaba para adquirir semejante moto.

—¡Qué joya! —repetía Huber unos días después, al contemplarla ubicada en el patiecito delantero de la casa de Felipe mientras, mate va, mate viene, planificaban un viajecito para "ablandarla".

El estreno había sido —como es de suponer— dando mil vueltas a través de las calles del barrio, ante la admiración de la muchachada.

Me parece que lo mejor será viajar hacia Arenamares... (Felipe miraba un mapa de rutas en compañía de Huber).

—Son quinientos tres kilómetros. Podemos hacer paradas en Villa Soltera, en Posta Luciérnaga, en...

—Pero por ese camino... ¡son como ciento veinte kilómetros más, Felipe! —protestó Huber.

—Sí, pero estoy eligiendo las rutas menos transitadas. Lo que perdemos en kilometraje lo ganamos en tranquilidad. En esta época, medio mundo viaja hacia las playas. ¡Odio los embotellamientos!

Huber se puso a anotar la lista de provisiones imprescindibles para aquel paseo de inauguración "oficial" de "El Rayo", como habían bautizado a la moto pegándole esas palabras con letras autoadhesivas y fosforescentes.

Al fin, todos los preparativos estuvieron listos y los dos amigos partieron —una noche de viernes— rumbo a Arenamares.

Estaban contentísimos.

Los primeros doscientos kilómetros los recorrieron sin ningún tipo de inconvenientes. "El Rayo" marchaba a la perfección. Eso lo animó a imprimir le mayor velocidad de la aconsejable para un rodado "en ablande".

El aire fresco de la noche se partía en serpentinas invisibles a su paso.

Estaban a punto de atravesar el puente sobre el arroyo Lobuna cuando a Huber y Felipe les pareció que la moto echaba a volar, que se despegaba del asfalto, que se convertía en un verdadero rayo sobre la oscuridad y el silencio de aquel paisaje campesino.

Poco después —y bruscamente— la moto se detuvo en mitad del puente y no encontraron forma de hacerla andar otra vez.

—¿Y ahora... qué? —se preguntaba Felipe, contrariado.

—Esta ruta es la desolación total... pero... ¿quién la eligió? — agregaba Huber, tratando de divisar inútilmente, algún vehículo que se dirigiera en dirección a ellos.

Felipe sacó la guía de caminos y la alumbró con su linterna.

—Estamos acá —dijo, señalando Arroyo Lobuna en el plano—. Nos faltan como noventa kilómetros para llegar a Las Acacias, el pueblo más cercano... Qué mala suerte...

—No nos queda otro remedio que esperar. Tarde o temprano alguien va a pasar por este desierto, ¿no te parece, experto en elección de caminos?

Huber bromeaba, pero lo cierto era que se sentía un poco disgustado por haberse dejado convencer por Felipe en cuanto a tomar por las rutas menos transitadas. Y Felipe lo advirtió:

—No es mi culpa que hayamos tenido un desperfecto. ¿Quién iba a suponerlo, sabelotodo?

Al ratito, ambos se dispusieron a comer unos sandwiches de las viandas que habían preparado.

No llegaron a hacerlo.

Apenas habían desenvuelto uno de los paquetes cuando, del mismo lado de la ruta que habían dejado atrás tiempo antes, se les apareció —de improviso— una Kombi blanca.

Llevaba los faros encendidos y el interior iluminado.

En ese mismo momento, la luz de la luna fue como un poderoso reflector que blanqueó la noche durante un instante.

Huber y Felipe se miraron —sorprendidos— antes de que la negrura volviera a taparlo todo. Otra vez, sólo aquel punto de luz que la Kombi encendía sobre la ruta, aproximándoseles lentamente.

—Qué raro —dijo Felipe—. Ese utilitario no hace ningún ruido... Yo no oigo nada...

—Yo tampoco pero... ¿qué importa? Lo bueno es que pronto vamos a salir de este puente. ¡Vamos, Felipe, a "hacerles dedo"!

Los dos amigos se apresuraron —entonces— rumbo a la entrada del puente y comenzaron a hacer señas con las luces de sus linternas, a la par que indicaban la dirección hacia la que querían desplazarse.

La Kombi se les aproximaba cada vez más, tan lenta e iluminada como cuando recién la habían divisado y ellos volvieron a ponerse contentos: seguramente, pronto serían recogidos y podrían llegar hasta Las Acacias en busca de auxilio para su averiado "Rayo".

Cuando el immaculado vehículo se detuvo sobre la banquina —a unos treinta metros del puente— Huber y Felipe corrieron hacia allí, agitando sus cascos y dando gritos de bienvenida.

—Que no se crean que somos asaltantes —comentaban—. Que se den cuenta de que necesitamos ayuda.

Y bien que los ocupantes de la Kombi habían notado que los dos la necesitaban...

Ya los esperaban con una de las puertas traseras abiertas, invitándolos a subir —sin palabras— y los amigos subieron, casi sin fijarse en los singulares ocupantes de aquel rodado, apurados como estaban por solucionar su problema.

Fue recién cuando el vehículo volvió a ponerse en marcha —siempre con la cabina iluminada— que Felipe y Huber sintieron que algo extraño ocurría allí adentro.

Estaban atravesando el puente.

Desde su ubicación en el asiento posterior, ambos podían ver las cabezas y los hombros de las seis personas que ocupaban los dos asientos de adelante y —también— del que oficiaba de chofer.

Los siete continuaban guardando el mismo silencio con el que los habían recibido.

Huber codeó a Felipe.

—¿Viste? Están todos vestidos de blanco. ¿Por qué no hablan? —le susurró, empezando a inquietarse— ¡Qué gente rara!

Felipe fue más decidido:

—Señores —exclamó de pronto—, les agradecemos mucho que nos hayan recogido. Como pudieron comprobar, nuestra moto se descompuso en el puente. Queremos llegar hasta el próximo pueblo... No sé si ustedes irán hasta allá pero...

Las seis cabezas —menos la del conductor— giraron pausadamente hacia los dos amigos, hasta permitirles la contemplación perfecta de la palidez de sus rostros.

Entonces, les sonrieron con los labios pegados, no dijeron nada y —otra vez— volvieron a mirar hacia adelante.

—¡Señores! —casi gritó Felipe, reclamando una respuesta—. Disculpen... pero... ¿ustedes viajan hacia Las Acacias o no?

Fue la cabeza del conductor la que se dio vuelta en esta oportunidad.

Contestó con un simple gesto de negación que se tornó perturbador debido a su sonrisa desdentada y a su cara descarnada, amarillenta. Para colmo, acomodó el espejito retrovisor de modo de observar a los muchachos y que ellos pudieran —también— observarlo. Seguía sonriendo.

—¿Dónde nos metimos, Felipe?— volvió a codear Huber, casi al borde de las lágrimas—. Este tiene la piel como si fuera una vela derretida... de las de velorio...

Ahora, los dos tenían miedo. Sin dudas, aquel parecía un vehículo fantasmal y sus ocupantes, ánimas de excursión...

—Si no van para Las Acacias, déjenos bajar aquí mismo, ¡por favor! — suplicó Felipe.

No obtuvieron ninguna respuesta.

Enseguida, los dos amigos intentaron abrir las puertas que tenían más próximas.

Era obvio que preferían arrojar al camino antes de proseguir en la compañía de tan extraños "salvadores"...

Los siete pálidos ni se inmutaron durante el tiempo que duraron los inútiles forcejeos y las quejas de Huber y Felipe.

Ninguno de los siete —tampoco— les replicó nada cuando —repentinamente— el chofer hizo un brusco viraje y retomó el camino que habían dejado atrás, dirigiéndose por la ruta hasta pasar —de nuevo— a través del puente del Arroyo Lobuna. Sin embargo, para los dos amigos era evidente que la Kombi marchaba rumbo al sitio del que había provenido. —¿y qué sitio era aquel?

A esta altura, el pánico se había apoderado de los muchachos y fue mayor —aún— cuando —finalmente— los siete ocupantes de la Kombi les hablaron por primera y única vez.

Las voces, monótonas, monocordes y vibrando al unísono desde aquellos labios casi pegados. Porque fue a coro como les informaron.

—Salimos en su busca porque ustedes nos llamaron. Y los trasladamos al lugar que nos pidieron, ya no es posible arrepentirse. Pero no teman, nada más habrá de sucederles. Nada... Nada... Nada más...

Estas palabras resonaban —todavía— en la noche cuando la Kombi se desvió de la ruta, tomó por un camino lateral y atravesó un antiquísimo portal de piedra.

Sobre el portal, un montón de letras grabadas pero ilegibles, carcomidas por el paso de los años, anunciaban el nombre del lugar.

Al día siguiente, los diarios publicaron la siguiente noticia:

TRAGEDIA EN LA RUTA A LAS ACACIAS

Dos jóvenes muertos es el lamentable saldo de un accidente ocurrido ayer a la noche sobre el puente del Arroyo Lobuna.

Por causas que los peritos tratan de establecer, la moto en la que viajaban ambos muchachos se despistó, atravesó la baranda de contención del puente y se precipitó al arroyo que —en esta época del año— carece de agua.

Los cuerpos de los infortunados jóvenes —identificados como Felipe Lozano y Hu berto Pérez— serán entregados a sus familiares una vez que la policía aclare el caso, que tuvo una inexplicable derivación, según trascendidos recogidos en el lugar del hecho.

Aún se mantiene el secreto de sumario, pero fuentes confiables han informado a la prensa que los cadáveres de los jóvenes aparecieron a un kilómetro del lugar del accidente, dentro del vetusto cementerio abandonado que se levanta en esa zona.

Trascendió —también— que se están realizando todas las diligencias para determinar quiénes y por qué trasladaron los cuerpos hasta ese sitio.

En "*iSocorro!*" (2019), Ed. Loquelo

Su luna de miel fue un largo duro escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho; sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando, volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer. Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impassible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró



largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar una palabra.

Fue ése el último día en que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole cama y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte.

Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia lanzó un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola por media hora, temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella sus ojos. Los médicos volvieron inútilmente.

Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor, mientras ellos pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio, y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... Poco hay que hacer.

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en subdelirio de anemia, agravado de tarde, pero remitía siempre en las primeras horas.

Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi.

Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima.

Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaban ahora en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama, y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó pero enseguida lo dejó caer y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia. Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

En "*Cuentos de amor, de locura y de muerte*" (2020). Biblioteca del Congreso



UNIDAD N° 2

La divulgación científica

Explicando el mundo

- Paratextos
- Superestructura
- Recursos explicativos:
comparación y analogía



¿Sabías que los océanos (y no los bosques) son el principal "pulmón" del planeta Tierra?

Aunque los árboles producen oxígeno, la mayor parte del gas que respiramos se genera en los océanos gracias a organismos microscópicos llamados fitoplancton, esenciales para la vida en el planeta.

8 marzo, 2026

Por Natalia Silvina

Hay una idea que parece lógica: los bosques son el "pulmón del planeta". Después de todo, los árboles realizan fotosíntesis y liberan oxígeno a la atmósfera. Sin embargo, la ciencia mostró que la mayor parte del oxígeno que respiramos no proviene de los bosques, sino de los océanos.



En efecto, los océanos desempeñan un papel fundamental en el equilibrio del planeta. Además de cubrir cerca de tres cuartas partes de la superficie terrestre, albergan organismos microscópicos que producen gran parte del oxígeno que sostiene la vida en la Tierra. El principal responsable de este proceso es el fitoplancton, un conjunto de diminutas algas y bacterias que flotan en las capas superiores del mar.

Los océanos y el fitoplancton: el verdadero "pulmón" del planeta

El fitoplancton habita principalmente en la llamada zona eufótica del océano, es decir, los primeros 200 metros de profundidad donde llega la luz solar. Allí estos organismos realizan fotosíntesis, el proceso que utiliza luz, dióxido de carbono y agua para producir energía y liberar oxígeno.

Según distintos estudios científicos, el fitoplancton produce entre el 50% y el 85% del oxígeno que se libera cada año a la atmósfera. Esto significa que más de la mitad del aire que respiramos proviene de los océanos y no de los bosques.

Gracias a la actividad de estos organismos durante millones de años, la atmósfera terrestre fue acumulando cada vez más oxígeno, lo que permitió el desarrollo de la vida tal como la conocemos hoy.

Sin embargo, este enorme ecosistema enfrenta amenazas crecientes. La contaminación marina, especialmente por plásticos, y la acidificación del agua causada por el aumento del dióxido de carbono están alterando los equilibrios naturales del océano.

Texto adaptado. Para leerlo completo, ingresar a la página web: <https://billiken.lat/sin-categoria/sabias-que-los-oceanos-y-no-los-bosques-son-el-principal-pulmon-del-planeta-tierra/>

¿Camellos en Argentina?

Bibiana Vilá

Bióloga

A veces pasa que conocemos más de animales que viven muy lejos, en otros continentes, y poco de los nuestros. Eso no es porque los de acá sean menos interesantes y bellos que los “extranjeros”, sino porque hay muchos más libros y documentales sobre aquellos.

Si pensamos en camellos, seguro la primera imagen que se nos aparece son esos grandotes con joroba caminando en los médanos del Sahara... o montados por los Reyes Magos,

Esos camellos jorobados o “del Viejo Mundo” se denominan **dromedarios** si tienen una sola joroba, o **bactrianos** si tienen dos jorobas. Son animales domésticos con adaptaciones que les permiten vivir en los desiertos y resultan muy útiles para la gente que vive en esos lugares.

¿Y nuestros cabellos? ¿Sabían que acá en América Latina, y en nuestro país, hay más especies de camellos? Los camellos de acá se llaman **camélidos**. Son más pequeños, no tienen jorobas, ¡pero tienen muchas cosas interesantísimas!

Las **vicuñas** son pequeñas, pesan más o menos 45 kilos, y están adaptadas a vivir en una zona muy alta y plana (por eso se denomina altiplano) que queda en los Andes a más de 3500 metros de altura. En nuestro país abarca parte de las provincias del Noroeste Argentino (NOA).

Estos animales son muy bellos y gráciles, corren a gran velocidad y pueden saltar hasta 2 metros de altura, en una zona con poco oxígeno. Tienen una de las fibras (o lana) más finas del mundo. La posibilidad de utilizarla esquilando a los animales en lugar de cazarlos es hoy una de las herramientas más importante de su conservación.

Los **guanacos** son animales más grandes y más fuertes. Su distribución no se limita a las alturas, sino que además del altiplano y los valles andinos, también habitan muchos otros ecosistemas como las estepas y pastizales a nivel del mar y hasta bosques patagónicos.

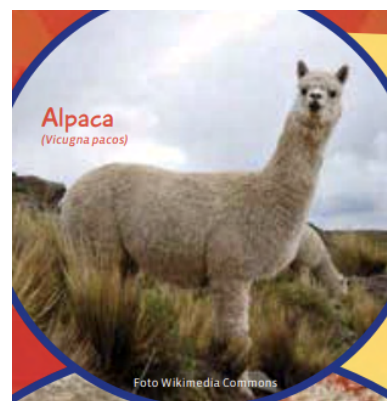
Son animales gregarios, o sea que viven en rebaños. En la época reproductiva forman grupos familiares con un macho, sus hembras y crías, pero en los momentos más hostiles del año se juntan por decenas. En la Patagonia algunas poblaciones llegan a migrar varios kilómetros, en busca de pasturas durante las nevadas invernales. Como habitan varios ambientes siempre han sido más numerosos que las vicuñas. Su lana también es valiosa y puede ser obtenida por la esquila.

Para los pobladores andinos de hace 5.000 años, que eran cazadores y recolectores, tanto las vicuñas como los guanacos eran recursos importantísimos para la vida. Tanto es así que eran los motivos principales que pintaban en las paredes de sus cuevas.

Los antiguos habitantes que dependían tanto de estos animales, lograron domesticarlos. Las dos nuevas especies de camélidos domesticados son las **llamas** y las **alpacas**.

Por el tipo de altiplano que hay en Argentina, que es muy seco, no tenemos alpacas nativas, pero sí tenemos bellísimas llamas.

Las llamas son animales cruciales para la vida en los Andes y fueron fundamentales en el Imperio inca como recurso. Los pueblos de los Andes prehispánicos utilizaban su fibra para hacer tejidos, la carne para comer, los cueros para hacer camas, los huesos para fabricar instrumentos y utensilios y muchos otros usos. En los pueblos de montaña, con caminos de cornisa que suben y bajan, no usaban transporte con ruedas. Las llamas eran las encargadas de trasladar TODO lo que se llevaba de un lado para otro. Por todos esos motivos, las llamas eran además importantes como parte de las creencias y la religión de los pueblos andinos. Estos antiguos pobladores reconocían en el cielo la constelación de la llama y a la Vía Láctea como un camino de llamas.



La fotosíntesis está en todos lados

Seguramente te maravilla ver que las aves y los aviones vuelen. Vuelan porque tienen una forma muy particular. Pero también lo hacen porque los impulsa la energía. ¿Y sabés de dónde obtienen esa energía? De la fotosíntesis.

Dirás que ni los aviones ni las aves fotosintetizan, ¡y es verdad! Sólo las plantas, las algas y algunas bacterias lo hacen. Pero la mayoría de los organismos utilizamos esa energía para poder vivir.

Plantas

Por la fotosíntesis, las plantas capturan la energía de la luz solar y la guardan en sus tejidos

Herbívoros

Los herbívoros (animales que comen plantas) obtienen la energía del sol que fue almacenada en las plantas.

Carnívoros

También obtienen la energía del sol, solo que en ese caso la energía pas+o antes por al menos un herbívoro.

Hongos y bacterias

Y también los hongos y bacterias del suelo, obtienen energía de plantas, animales u otros microorganismos muertos.

Las plantas absorben la luz solar mediante la clorofila que se encuentra dentro de las hojas (¡y le dan ese color tan verde!). El dióxido de carbono que se encuentra en el aire ingresa a las hojas por pequeños orificios llamados estomas. Al mismo tiempo, las raíces toman del suelo los minerales y el agua que luego viajan hasta las hojas. Allí se fabrican azúcares gracias a la energía capturadas por la clorofila. Con esa energía, el agua y los nutrientes, las plantas producen más hojas, raíces y frutos. Muchas de estas partes son consumidas por los animales. De esta manera obtienen la energía que necesitan para crecer.



Por lo tanto, así como los satélites despliegan amplios paneles que capturan la energía solar y la convierten en electricidad, las plantas despliegan sus hojas y capturan energía solar que convierten en azúcares. Y las aves consumen esa energía en, por ejemplo, semillas o gusanos (que comieron plantas) y es con esa energía que sus músculos baten las alas. ¡Y levantan vuelo!

Está claro entonces que las aves pueden volar gracias a la fotosíntesis (o a la obtención de energía que alguna planta capturó del sol). Pero... ¿y los aviones? Ellos no comen plantas.. ¡ini cargamos clorofila en sus tanques de combustibles! Es cierto.. pero sí cargamos nafta. Y la nafta deriva del petróleo, que no es otra cosa que materia muerta de organismos que vivieron hace millones de años. Todo cierra. Definitivamente, la fotosíntesis está en todos lados.

Está claro entonces que las aves pueden volar gracias a la fotosíntesis (o a la obtención de energía que alguna planta capturó del sol). Pero... ¿y los aviones? Ellos no comen plantas.. ¡ini cargamos clorofila en sus tanques de combustibles! Es cierto.. pero sí cargamos nafta. Y la nafta deriva del petróleo, que no es otra cosa que materia muerta de organismos que vivieron hace millones de años. Todo cierra. Definitivamente, la fotosíntesis está en todos lados.

Fuente: *La fotosíntesis está en todos lados*. (2016). Ciencia hoy de los chicos. Año 1 / N°2. CONICET.
<https://www.educ.ar/recursos/fullscreen/show/4982>

Plástico del futuro: crean un material comestible a base de hongos

Hecho con hongos y sin tóxicos, este nuevo material podría cambiar el futuro del plástico: es ecológico, reutilizable y seguro para el planeta.

Rocio Sabatini

25/06/2025

Plástico del futuro: crean un material comestible a base de hongos; se trata de un desarrollo suizo que podría reemplazar al biomaterial tradicional.

En Suiza, un equipo del centro EMPA (Laboratorios Federales de Ciencia y Tecnología de Materiales) logró crear un material biodegradable, flexible y completamente comestible a partir del micelio de un hongo común: *Schizophyllum commune*. Este innovador bioplástico fue desarrollado por el equipo liderado por el Dr. Gustav Nyström y el investigador Ashutosh Sinha

¿Qué es el micelio y por qué importa?



El **micelio** es la **parte subterránea del hongo, similar a una red de raíces**, rica en biopolímeros naturales. En lugar de destruirlo, los científicos conservaron sus células vivas para crear un material que responde al entorno, se adapta a la humedad y se descompone de forma segura.

Cómo se produce este bioplástico vivo

El hongo **se cultiva en residuos vegetales, sin químicos ni calor extremo**. Luego, mediante una técnica mecánica, se obtienen fibras vivas que pueden transformarse en películas, geles o espumas. Este proceso no solo es sustentable: también permite conservar la vitalidad del hongo dentro del material.

Propiedades destacadas: resistente, elástico y seguro

Las pruebas revelaron que el nuevo material soporta más tensión que muchos bioplásticos actuales, resiste cambios de humedad y mejora la estabilidad en alimentos o cosméticos. Incluso, puede aplicarse directamente sobre comida sin riesgos para la salud humana.

- ❖ Posibles usos: desde empaques comestibles hasta sensores inteligentes
- ❖ Entre sus aplicaciones inmediatas se destacan:
- ❖ Envases comestibles para alimentos
- ❖ Bolsas biodegradables para residuos orgánicos
- ❖ Recubrimientos naturales para frutas y verduras
- ❖ Espumas protectoras para embalaje
- ❖ Sensores ecológicos que detectan humedad o contaminantes

¿Por qué es diferente a otros bioplásticos?

A diferencia de muchos materiales biodegradables que requieren compostaje industrial, este bioplástico puede degradarse en casa o en el campo. Además, al utilizar desechos agrícolas como materia prima, no compite con cultivos alimentarios ni genera residuos tóxicos.

El equipo suizo también trabaja en nuevas versiones del material para crear paneles de construcción ecológicos, dispositivos médicos biodegradables, embalajes inteligentes e incluso baterías orgánicas. También investigan cómo combinar el micelio con biología sintética para diseñar materiales vivos con funciones específicas.

Fuente: Sabatini, R. (25 de junio de 2026). *Plástico del futuro: crean un material comestible a base de hongos.* Bioguia. https://www.bioguia.com/ambiente/plastico-hongos-comestible-ecologico_142070178.html

El “pájaro zombie” que perfora cráneos y come cerebros

Aunque parece un ave común e inofensiva, esconde uno de los comportamientos más sorprendentes del reino animal.

Rocio Sabatini

27/11/2025

El “pájaro zombie” que perfora cráneos y come cerebros- En la naturaleza ocurren historias que parecen inventadas para una película de terror... pero son reales. Una de ellas es la del carbonero común (*Parus major*), un ave pequeña y frecuente en Europa y Asia que ganó fama global por un comportamiento tan brutal como fascinante: abre cráneos de otras aves y se come sus cerebros.

Sí: existe un pájaro que actúa como un pequeño zombie evolutivo.

Un ave común con un comportamiento extraordinario

Aunque el carbonero es conocido por alimentarse de semillas e insectos, algunos individuos desarrollaron un comportamiento depredador inesperado. La evidencia más clara surgió en Finlandia, cuando varios pardillos sizerines aparecieron muertos, con cráneos abiertos y restos de cerebro a la vista.

Las imágenes fueron registradas por el fotógrafo Lassi Kujala y analizadas por el paleozólogo Darren Naish, quien confirmó lo impensado: los responsables eran carboneros comunes que habían aprendido a cazar, golpear el cráneo de sus presas y alimentarse de su tejido cerebral.

Este comportamiento también se ha observado con otros animales. En invierno, cuando los murciélagos hibernan y quedan vulnerables, algunos carboneros los atacan, perforan su cabeza con el pico y consumen sus cerebros, aprovechando un alimento rico en grasa y nutrientes.



Se los ha visto romper cráneos de ejemplares atrapados en trampas. (Imagen: Pinterest)

¿Por qué hacen esto? La explicación evolutiva

Aunque sorprenda, esta conducta tiene una lógica adaptativa.

El carbonero es más grande y fuerte que muchas aves paseriformes, posee gran inteligencia y una notable destreza con el pico. Eso lo convierte en un

oportunista alimenticio que puede variar su dieta cuando el invierno escasea los recursos.

Para Naish y otros investigadores, esta agresividad también evidencia un vínculo profundo entre las aves modernas y sus antepasados: los dinosaurios terópodos, como Velociraptor o T. rex.

Los carboneros no son zombies literales, pero sí un recordatorio de que las aves conservan comportamientos depredadores extremadamente antiguos, heredados de millones de años de evolución.

Otros casos sorprendentes

Además del ataque a pequeñas aves:

1. Se los ha visto romper cráneos de ejemplares atrapados en trampas.
2. Atacar aves domésticas enjauladas para alimentarse.
3. Consumir tejido graso de cadáveres, incluso humanos en contextos de frío extremo.
4. En ocasiones, parasitar nidos y depositar sus huevos en el nido de la presa después del ataque. Para la ciencia, el “pájaro zombie” no solo es una rareza: es una ventana al pasado.

Su comportamiento extremo demuestra cómo la evolución puede moldear incluso a las especies que creemos más inofensivas, y cómo las aves siguen guardando rasgos sorprendentes de aquellos dinosaurios que dominaron la Tierra hace 65 millones de años.

Fuente: Sabatini, R. (27 de noviembre de 2025). *El “pájaro zombie” que perfora cráneos y come cerebros.* Bioguia.
https://www.bioguia.com/ambiente/pajaro-zombie-perfora-craneos-come-cerebros_143920503.html

Inventan plástico a base de bambú biodegradable en 50 días

Este avance podría marcar un antes y un después en la lucha contra la contaminación y el uso de derivados del petróleo.

Rocio Sabatini

19/02/2026

Científicos chinos inventan un plástico a base de bambú biodegradable en 50 días: se trata de un nuevo material ecológico que podría reemplazar al plástico convencional y es una creación revolucionaria.

Un equipo de investigadores en China desarrolló un innovador plástico a base de bambú que promete ser tan resistente como el plástico tradicional, pero con una diferencia clave: es completamente biodegradable en apenas 50 días. El avance podría marcar un **antes y un después en la lucha contra la contaminación por residuos plásticos**.

El nuevo material se elabora a partir de **fibras naturales** de bambú, una planta de crecimiento rápido, renovable y ampliamente disponible en Asia. Gracias a un proceso tecnológico que optimiza su estructura molecular, los científicos lograron obtener un bioplástico flexible, resistente y apto para múltiples usos industriales.

¿Por qué el bambú puede ser la clave contra la crisis del plástico?

El bambú es considerado uno de los **recursos más sostenibles** del planeta. Crece rápidamente, no requiere grandes cantidades de agua ni pesticidas y captura importantes niveles de dióxido de carbono durante su desarrollo.

A diferencia del plástico convencional —derivado del petróleo y capaz de tardar cientos de años en degradarse— este nuevo **bioplástico** se descompone en condiciones naturales en aproximadamente 50 días, reduciendo de manera significativa el impacto ambiental.

Resistencia y biodegradabilidad: una combinación necesaria

Uno de los mayores desafíos de los materiales ecológicos ha sido **igualar la resistencia del plástico tradicional**. Sin embargo, los investigadores aseguran que este compuesto de bambú mantiene propiedades mecánicas similares, lo que permitiría su aplicación en envases, embalajes e incluso productos de uso cotidiano.

Fuente: Fuente: Sabatini, R. (19 de febrero de 2026). *Inventan plástico a base de bambú biodegradable en 50 días*. Bioguía.

https://www.bioguia.com/ambiente/inventan-plastico-base-bambu-biodegradable-50-dias_144043248.html

Desarrollan tecnología para generar electricidad con luz lunar

El avance, basado en materiales cuánticos y células de luminancia, podría ampliar la producción de energía renovable durante la noche.

Rocio Sabatini

09/02/2026

Desarrollan tecnología para generar electricidad con luz lunar- se trata de un avance fotónico que podría transformar la energía nocturna.

Un equipo de investigadores de Corea del Sur y Canadá logró lo que hasta hace poco parecía imposible: **generar electricidad a partir de la luz de la Luna**. El desarrollo, basado en una innovadora célula de luminancia inversa (ILC), abre una nueva puerta en el campo de las energías renovables y podría cambiar la forma en que se produce energía durante la noche.



Cómo es la tecnología para generar electricidad con luz lunar

A diferencia de los paneles solares tradicionales, que dependen de la radiación directa del Sol, esta tecnología utiliza materiales cuánticos capaces de captar los fotones de baja energía reflejados por la superficie lunar. El sistema convierte la luminancia residual y los rayos infrarrojos en corriente eléctrica continua.

La clave del avance radica en el uso de materiales fotónicos avanzados diseñados para aprovechar incluso fuentes de luz extremadamente débiles. Aunque la luz lunar es aproximadamente 400.000 veces más tenue que la solar, el dispositivo demostró que puede operar durante toda la noche.

Según los investigadores, esta capacidad **permitiría duplicar el tiempo operativo de los sistemas fotovoltaicos híbridos**, optimizando el rendimiento energético diario sin necesidad de grandes bancos de baterías adicionales.

En pruebas realizadas en zonas rurales, una instalación de apenas 1 metro cuadrado logró alimentar lámparas LED, sensores y cargadores eléctricos, lo que demuestra su potencial para aplicaciones de bajo consumo.

Energía continua en regiones extremas

Si la tecnología logra escalar industrialmente, podría resultar especialmente útil en regiones polares, desérticas o aisladas, donde las condiciones solares son variables o limitadas durante ciertas épocas del año.

Fuente: Fuente: Sabatini, R. (9 de febrero de 2026). *Desarrollan tecnología para generar electricidad con luz lunar*. Bioguía. https://www.bioguia.com/ultimas-noticias/desarrollan-tecnologia-para-generar-electricidad-luz-lunar_144021089.html

Cambio climático

Nos preocupa ¡y nos ocupa!

Paulina Nabel
Geóloga

Los científicos se han puesto de acuerdo en que el principal responsable de este cambio es el aumento de los gases de efecto invernadero (GEI) en la atmósfera. **Ese calentamiento afecta al clima en todo el mundo, pero tiene efectos muy distintos en cada lugar del planeta.**

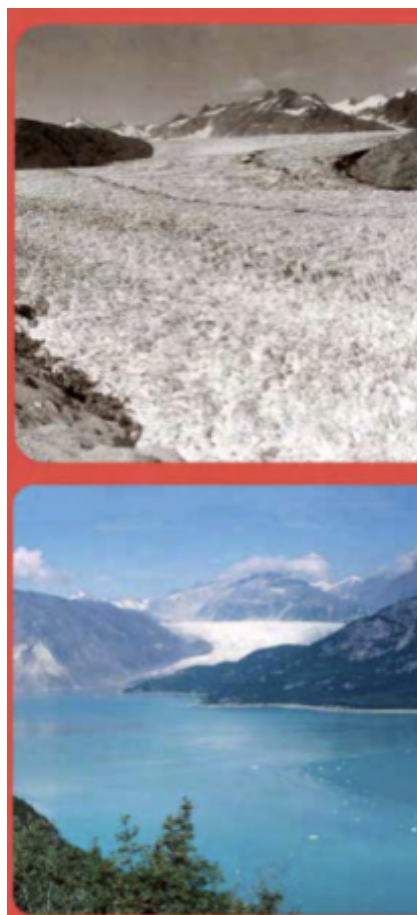
Mientras que en algunos lugares se desencadenan tormentas con lluvias intensas, a veces con ciclones, en otros se producen olas de calor y sequías. Así que, mientras en algunas zonas las inundaciones catastróficas destruyen casas y calles, en otras las sequías hacen perder las cosechas y favorecen los incendios de bosques.

Además, con el calentamiento global se derriten muchos de los glaciares de montaña y se reducen los hielos polares. Ese hielo derretido aumenta el nivel del agua de los mares amenazando a muchas ciudades costeras de quedar inundadas. Y no se trata sólo de pérdidas de casas y cosas. Con los rápidos cambios en el ambiente, se pone en riesgo a la comunidad de especies que los habita.

Muchas veces hubo cambios climáticos a lo largo de la historia de la Tierra, que se produjeron naturalmente, sin intervención humana. La diferencia con el cambio climático actual es que estos cambios son muy rápidos y que los principales responsables de que ocurran somos los seres humanos.

En los últimos 150 años, que marca el inicio de la era industrial en el mundo, fue aumentando la concentración de GEI en la atmósfera. De esos gases, el que más aumentó fue el dióxido de carbono (CO₂), producido por el uso de petróleo y carbón. Del petróleo, como bien sabés, se obtiene el combustible no sólo para que funcionen los autos, sino también para que se muevan todas las máquinas. Otro tanto pasa con el carbón. **El control del uso y de las emisiones que producen estos combustibles es la clave de la solución del problema del cambio climático.**

Por eso el cambio climático es una gran preocupación no sólo de los científicos o los políticos. Es importante que todas las personas entiendan de qué se trata. Juntos podremos ayudar a que se tomen las medidas necesarias para no poner en riesgo lugares, animales y plantas que no podrían adaptarse a estos rápidos cambios.



Glaciar Muir, en Alaska, el 31 de agosto de 1941 y de 2004. Fotos de William O Field y Bruce F. Molnia, NASA.

Fuente: Nabel, P. (Marzo-junio 2018). *Cambio climático. Nos preocupa ¡y nos ocupa!* Chicos. Una revista de ciencias. Año 4/Nº8. CONICET

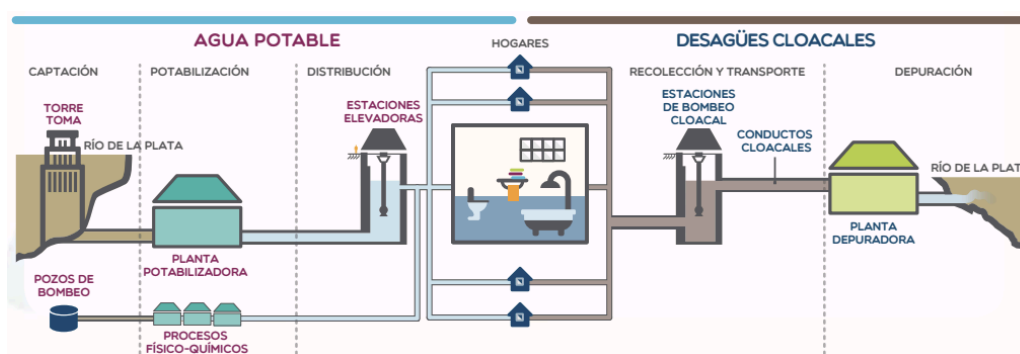
CUANDO ABRO LA CANILLA...

Paulina Nabel
Geóloga

A las personas que vivimos en las ciudades nos parece normal tener agua en la cocina o en el baño, pero... ¿sabés cómo llega el agua hasta las canillas de tu casa? ¿Y adónde va una vez que la usaste?

El agua llega a casa por una cañería, claro... las canillas, las duchas, las piletas y el inodoro están conectados a los caños que transportan agua y que están escondidos dentro de las paredes. Pero los caños no son todos iguales: por unos circula el agua limpia, potable (que se puede tomar) y otros el agua servida (que está sucia porque nos bañamos, lavamos los platos y tiene la materia fecal de los inodoros).

A su vez, las cañerías de tu casa se conectan en la calle con una red de cañerías muy compleja que distribuye el agua potable y recolecta el agua servida.



Pero ¿de dónde viene el agua y adónde va?

En las ciudades hay plantas potabilizadoras de agua, que son un sistema de caños, bombas y piletones que permiten tomar agua de un río, de un embalse o de un lago, filtrarla y agregarle productos químicos como el cloro, volviéndola segura para el consumo humano. Recién después de este tratamiento de potabilización el agua pasa a la red de caños que va por debajo de las calles y la distribuye a las casas.

El agua servida, en cambio, circula por otros caños que se llaman *cloacales*. Y antes de volver al río, el lago o el embalse, pasa por una planta que en este caso se llama *depuradora*. En esta planta, también con la ayuda de filtros y el agregado de productos químicos, se separan y retienen los desechos sólidos que forman un lodo cloacal. Así, el agua vuelve al río bastante menos sucia.

¿El viaje del agua es igual en todas partes?

En algunos barrios de las ciudades y en el campo las cosas son un poco distintas. Las casas también tienen sus piletas e inodoros conectados al mismo tipo de caños que en las casas de la ciudad. Pero el abastecimiento de agua limpia y el desecho del agua servida no se comunica con plantas potabilizadoras o depuradoras como en las ciudades, y tampoco con el río. Y eso puede ser un problema. El agua potable y segura se recibe a través de las redes, y muchos lugares de la Argentina carecen de ellas.

En estos lugares las casas se abastecen mayormente de agua subterránea que se extrae de pozos. Estos pozos suelen tener más de 50 metros de profundidad para alcanzar un buen acuífero,

que es una capa profunda de la tierra saturada con agua. Allí se instalan cañerías, filtros y bombas que traen el agua hasta la superficie. Esa es toda la potabilización que reciben...

El agua servida en estos casos circula por un caño cloacal hasta una cámara muy grande construida bajo tierra (pozo ciego). En el pozo ciego crecen una cantidad de bacterias que facilitan la descomposición de la materia fecal. Cuando el pozo se llena viene un camión que lo vacía y transporta el agua servida a una planta de tratamiento de lodos cloacales, parecida a la depuradora de la ciudad.

Fuente: Nabel, P. (Julio-octubre 2017). *Cuando abro la canilla...* Ciencia de hoy de los chicos. Una revista de ciencia. Año 3/Nº6. CONICET

UNIDAD N° 3

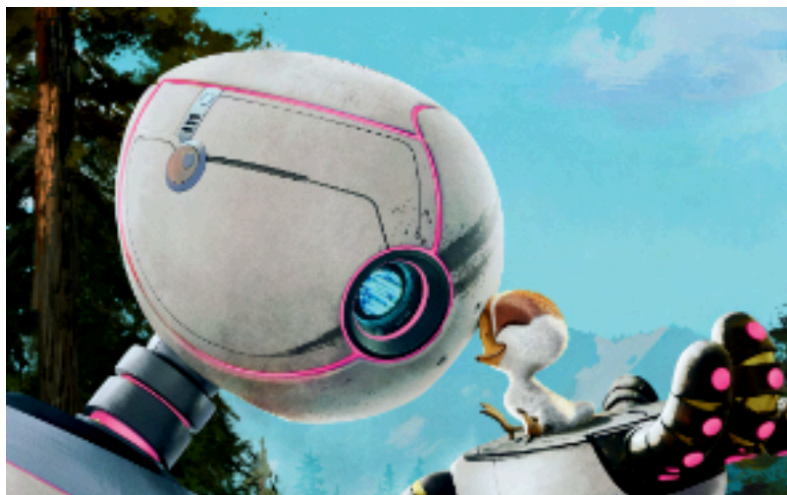
La argumentación en el discurso

El arte de convencer

- **Reseña literaria**
- Estructura
- Pregunta retórica
- Recursos argumentativos: cita de autoridad y ejemplificación



Robot salvaje



by Geronimo Veron

04/11/2024

La vida salvaje

En clave de fábula “Robot Salvaje” se presenta como una película de animación protagonizada por un robot y animales que hablan los cuales enfrentarán el reto de sobrevivir a lo hostil de la selva.

Basada en una serie de libros del mismo nombre escritos por Peter Brown, la película presenta a Roz (Lupita Nyong'o) una robot superviviente de un tifón que queda abandonada en medio de una isla deshabitada por humanos, allí es activada por los animales del lugar y comienza a conocer el ambiente que le rodea, aprendiendo de la vida silvestre animal y adaptándose a ellos. Luego de atravesar varios altercados con los animales del lugar quienes le intentan robar un transmisor a Roz que le sirve para volver a su casa, cae por accidente encima de un nido de gansos al que aplasta y solo sobrevive un huevo del nido al que debe cuidar por analizar dentro de él que hay señal de vida. Nace de allí dentro un bebé ganso al que apoda Brightbill (Kit Connor) y se convierte en su madre adoptiva. En la aventura de cuidarlo de los peligros de la selva los acompaña un zorro a quien conoce llamado Fink (Pedro Pascal) quien ayudará a Roz a atravesar los desafíos a los que se enfrenta junto a su hijo adoptivo.

La dirección de esta historia está a cargo de Chris Sanders, quien también escribe el guión. Define muy bien a los personajes al dotarlos de humanidad, Roz es un robot que tiene la utilidad de servir a los humanos, y al vivir en medio de la selva habitada por animales, su función pasa a ser la de intentar ayudarlos como si fuesen humanos, aun recibiendo los ataques de ellos al no ser parte de su hábitat. El zorro tiene un lugar de ambivalencia como ser salvaje que comete actos buenos y malos, al principio parece un enemigo porque decide robarle el huevo del nido a Roz, hasta que finalmente construye un lazo con ella, esto lo vuelve de los personajes más enriquecedores dentro de la historia. El bebé ganso Brightbill lucha por encajar al lidiar con el rechazo continuo de los otros de su bandada al haber crecido de manera distinta a ellos, no poder volar y verse físicamente diferente es uno de sus principales inconvenientes.

El único personaje de un desarrollo regular es el de Roz, en el que se siente una falta de desarrollo en el arco de transformación del personaje al verse acciones poco justificadas dentro

de la trama, al principio posee rasgos estereotipados de un robot y luego adquiere rasgos más humanos de forma poco explicada.

El diseño de los personajes es otro de los puntos logrados, la construcción del robot como un objeto multifuncional que posee distintos mecanismos para defenderse de amenazas, además de los colores altisonantes que lo componen en su construcción evidenciando sus distintos estados. Son personajes muy identificables, generan empatía inmediata tan solo verlos. El zorro lo construyen de un pelaje naranja muy bello que produce ternura. Al igual que el ganso, en el que logran muy bien la diferencia de los demás gansos con las características físicas diferentes de él. Toda la fauna posee una gran veracidad al verse como animales propios de su especie pero con muecas, fenotipos y expresiones variadas que le dan una figura distintiva y familiarmente humana.

La animación cumple, se siente fluida y mejora para el final, donde comienzan a ampliar sus gamas de colores y tonalidades para las escenas de acción final dándole un dinamismo a lo que se ve en pantalla y lograr ser atrayente en una mezcla de apariencia de animación bidimensional tradicional con la tridimensional hecha por computadora más realista.

Lo más potente de la película es su final, en el que ocurren algunos sucesos que hacen inevitable el nudo en la garganta al terminar. La historia se permite reflexionar sobre la tolerancia hacia el otro, el abandono y la muerte, las máquinas y los animales son su excusa.

Título original: The Wild Robot

Año: 2024

Duración: 101 min.

País: Estados Unidos.

Dirección: Chris Sanders.

Guion: Chris Sanders, Peter Brown.

Fotografía: Chris Stover.

Música: Kris Bowers.

Categorías: Reseñas de cine

Fuente: Veron, G. (4 de noviembre de 2024). *Robot salvaje*. Espectáculos de acá. <https://www.espectaculosdeaca.com.ar/robot-salvaje-2/>



GANADOR
MEJOR NOVELA
EXTRANJERA
PERTENECIENTE A SAGA



Los Juegos del Hambre (Los Juegos del Hambre I)

Suzanne Collins

Molino

Reseñas de novedades **El Templo#10** (julio 2009)

Por Estefanía Moreno

565.519 lecturas

Hace años, de una tierra destrozada llamada Norteamérica surgió Panem, una ciudad formada por trece distritos que rodean el Capitolio, centro neutral del país. Pero aunque el Capitolio llevó la paz y prosperidad, los trece distritos se rebelaron con él. Doce de ellos fueron vencidos, y el decimotercero aniquilado. El Capitolio, para recordar a los distritos supervivientes quién mandaba, creó los Juegos del Hambre, un cruel juego de supervivencia que se emite por televisión y que todo el mundo está obligado a ver. En él, veinticuatro adolescentes de entre doce y dieciocho, un chico y una chica por cada distrito, son elegidos al azar para participar en los juegos. El objetivo es sencillo: luchar a muerte entre ellos, pues solo uno de los veinticuatro puede ganar.

En este ambiente de opresión vive Katniss Everdeen, una chica de dieciséis años del distrito doce que caza fuera de los límites permitidos por el Capitolio para alimentar a su madre y a su hermana Prim, de doce años. Pero todo cambia cuando se celebra el sorteo de los Tributos y la pequeña Prim sale elegida. Katniss se ofrece sin dudarle para ocupar su lugar, y pronto se encuentra en la Arena luchando contra veintitrés Tributos más.

Nacida de una mezcla con ingredientes de *Battle Royale, 1984* y *El Señor de las Moscas*, la novela nos pone en la piel de Katniss, a través de quien vemos la difícil vida de los distritos, controlados día y noche por el Capitolio. De carácter fuerte y algo reservada, los principios de Katniss se ven puestos a prueba en los terribles Juegos del Hambre, todo un espectáculo para el Capitolio y una humillación para los distritos. Sin duda lo que más sorprende en este libro es la sangre fría de los Tributos en la Arena, que deben hacer de todo para conseguir sobrevivir. Aun así Katniss encontrará en los Juegos la amistad y el compañerismo que la ayudarán a sobrevivir un día más.

La historia de *Los Juegos del Hambre*, según la propia autora, estaba planeada como un libro único, pero al terminar de escribirlo supo que necesitaba una secuela, la cual está prevista que salga este mismo septiembre en Estados Unidos con el nombre de *Catching Fire*. Así que ponedlos cómodos y encended la televisión. ¡Los Juegos del Hambre han empezado!

Fuente: Moreno, E. (s.f.). *Los Juegos del Hambre (Los Juegos del Hambre I)*. Suzanne Collins. El templo de las mil puertas. <https://www.eltemplodelasmilpuertas.com/critica/juegos-hambre-juegos-hambre/245/>

La gran lección de Bad Bunny en la Super Bowl: "Si estoy aquí ahora es porque nunca dejé de creer en mí"

La lección más importante del espectáculo, que es la lección más importante de toda su carrera, fue la importancia de ser fiel a uno mismo y no traicionarse

Pablo Gil

Madrid

Actualizado Viernes, 27 febrero 2026 - 11:28

Por lo que pude comprobar ayer en un vistazo azaroso por varias redes sociales, sé que ya sois todos expertos en la música y la trayectoria de **Bad Bunny**, así que espero no haceros perder el tiempo ni la paciencia si os recuerdo brevemente que no era la primera vez que el cantante puertorriqueño actuaba en el **espectáculo del descanso de la Super Bowl**. No insistiría en ello si no creyera que es realmente importante para comprender **la principal lección que nos dejó su actuación** de ayer. (...)

Su actuación de ayer en la Super Bowl dejó numerosas anécdotas y momentazos: la boda, el niño con el Grammy,

los invitados de la casita, la ropa de Zara... Y tuvo un objetivo: hacer una reivindicación festiva de la cultura latina. Pero la lección más importante del espectáculo, que es la lección más importante de toda su carrera, algo que trasciende su condición de puertorriqueño o de latino, fue **la importancia de ser fiel a uno mismo**. (...)

Uno de los momentos más grandiosos de su actuación fue por eso la **exaltación del reguetón y el perreo**, y hasta eso fue una reivindicación de Puerto Rico, donde surgió esta música y este baile que ahora se celebran en todo el mundo y que algún día serán protegidos como patrimonio de la humanidad. Sonaron fugazmente *Dale, don, dale* y la *Gasolina* y entonces se desencadenó un discotecón reguetonero, adúltero, pero sin adulterar. "Las mujeres en el mundo entero perreando sin miedo", dijo entonces Bad Bunny. ¿Estaba ofreciendo una versión adaptada al oyente anglosajón? ¿Era reguetón *diet* para ese público potencial de cientos, miles de millones de personas? No. **Bad Bunny con *flow* pesado se estaba representando a sí mismo y a su verdad**. Fue su forma más clara de decir: esto soy yo, espero que les guste, pero si no les gusta, este soy yo.

Sí, señores, fue una gran lección de dignidad. (...)

Fuente: Gil, P. (27 de febrero de 2026). *La gran lección de Bad Bunny en la Super Bowl: "Si estoy aquí ahora es porque nunca dejé de creer en mí"*. El Mundo.

<https://www.elmundo.es/cultura/musica/2026/02/10/698a6da9e9cf4afe3e8b4575.html>





UNIDAD N° 4

Poesías

Ritmo, sonido y sentido

- **El soneto**
- Métrica
- Rima asonante
- Recursos retóricos: anáfora, hipérbole y antítesis



El enemigo

Hubo una guerra: todos la perdimos
Hubo una historia: todos la olvidamos.
Hubo una patria: todos la vendimos
Hubo un amor y todos traicionamos.

Una ciudad espléndida tuvimos
que se quedó sin fiestas y sin ramos.
No me pregunten cuánto la quisimos
si alguien sabe por qué la abandonamos.

Esta es mi tierra, la que yo he elegido.
Una esperanza humilde es su vestido
y el resplandor de un río enamorado.

Que alguien me diga dónde se ha escondido
el enemigo cruel, el mal nacido
que así destruye lo que más se ha amado.

Ivonne Bordelois, en *El alegre apocalipsis*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995.



DEFINICIÓN DEL AMOR

Francisco de Quevedo,
en *Obras completas I. Poesía original* (1971),
Barcelona, Editorial Planeta.

Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado.

Es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero paroxismo;
enfermedad que crece si es curada.

Éste es el niño Amor, éste es su abismo.
¡Mirad cuál amistad tendrá con nada
el que en todo es contrario de sí mismo!

FELICIANO ME ADORA Y LE ABORREZCO...

Sor Juana Inés de la Cruz

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno, no apetezco:

a quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro
y al que le hace desprecios enriquezco;

si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí ofendido
y al padecer de todos modos vengo;

pues ambos atormentan mi sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo
y aquél con no tener lo que le pido.

MIS GANAS

María Elena Walsh

Mis ganas de verte
Son como racimo
De uvas celestes
Mis ganas
Son como el brillo de la manzana

Son como gotas de rocío
Que, una por una, forman un río
Son como lágrimas sin llorar
Que en mis adentros alzan un mar

Mis ganas de verte
Son como la furia
Que lleva el torrente
Mis ganas
Son más audaces que pino en llamas

Son como niño de rodillas
En el país de las maravillas
Como relámpagos de maíz
Atravesando un mundo feliz

Mis ganas de verte son
Tristes y altivas como un león

Edith Vera, de *Las dos naranjas* (1969),
Ediciones Boletín Publicitario, Buenos Aires.

Naranja, niña de espuma
quiso bajar a la tierra
y en el oro se bañó.
Naranja, niña de oro,
jugando a la ronda-ronda,
en el azul se durmió.

NOCTURNO

Conrado Nalé Roxlo

El bosque se duerme y sueña,
el río no duerme, canta.
Por entre las sombras verdes
el agua sonora pasa
dejando en la orilla oscura
manojos de espuma blanca.

Llenos los ojos de estrellas
en el fondo de una barca,
yo voy como una emoción
por la música del agua;
y llevo el río en los labios
y llevo el bosque en el alma.

SI MIS MANOS PUDIERAN DESHOJAR

Federico García Lorca,
en *Libro de poemas* (2001)
Madrid: Alianza.

Yo pronuncio tu nombre
en las noches oscuras,
cuando vienen los astros
a beber en la luna
y duermen los ramajes
de las frondas ocultas.
Y yo me siento hueco
de pasión y de música.
Loco reloj que canta
muertas horas antiguas.

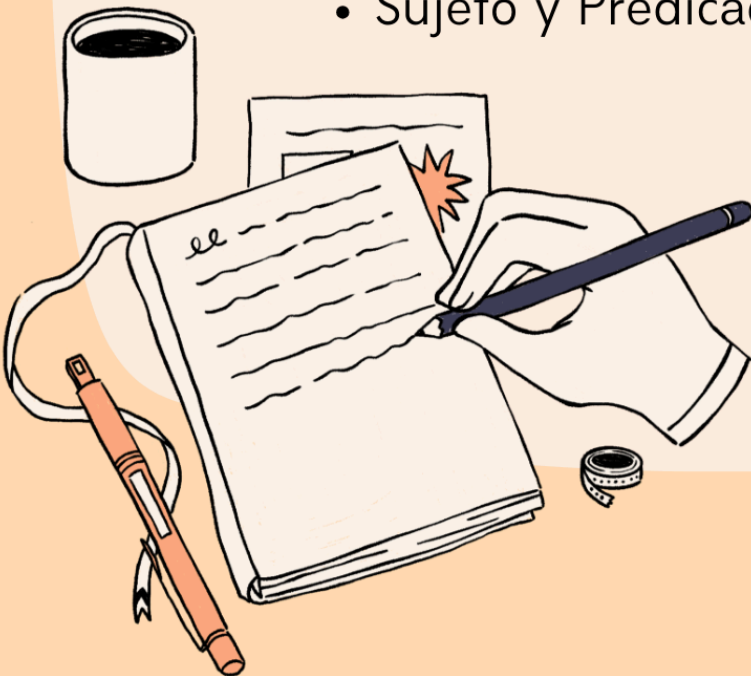
Yo pronuncio tu nombre,
en esta noche oscura,
y tu nombre me suena
más lejano que nunca.
Más lejano que todas las estrellas
y más doliente que la mansa lluvia.

¿Te querré como entonces
alguna vez? ¿Qué culpa
tiene mi corazón?
Si la niebla se esfuma,
¿qué otra pasión me espera?
¿Será tranquila y pura?
¡¡Si mis dedos pudieran
deshojar a la luna!!

Reflexión sobre el lenguaje

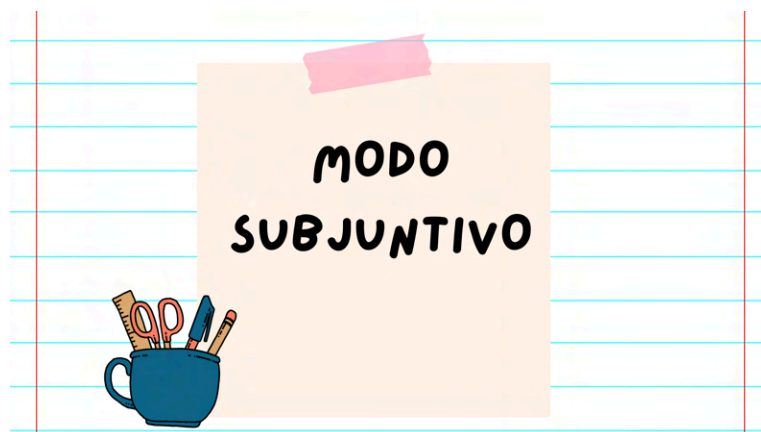
Herramientas para leer, escribir y comprender

- Verbos: Modo Imperativo y Subjuntivo
- Pronombres
- Sujeto y Predicado: funciones





Los verbos son aquellas palabras que expresan una acción, existencia o estado (de ser) en una oración. Son las palabras que nos dicen qué está haciendo el sujeto de una oración y funcionan como núcleo de la oración.



➤ Presenta el hecho como un **deseo**.

MODO SUBJUNTIVO		
<p>Presente</p> <p>yo ame tú ames él ame nos. amemos vos. améis ellos amen</p>	<p>Pretérito imperfecto</p> <p>amara o amase amaras o amases amara o amase amáramos o amásemos amarais o amaseis amaran o amasen</p>	<p>Futuro imperfecto</p> <p>amare amares amare amáremos amareis amaren</p>
<p>Pretérito perfecto</p> <p>haya hayas haya hayamos hayáis hayan</p> <p>} amado</p>	<p>Pretérito pluscuamperfecto</p> <p>hubiera o hubiese hubieras o hubieses hubiera o hubiese hubiéramos o hubiésemos hubierais o hubieseis hubieran o hubiesen</p> <p>} amado</p>	<p>Futuro perfecto</p> <p>hubiere hubieres hubiere hubiéremos hubiereis hubieren</p> <p>} amado</p>

MODO SUBJUNTIVO		
<p>Presente</p> <p>yo tema tú temas él tema nos. temamos vos. temáis ellos teman</p>	<p>Pretérito imperfecto</p> <p>temiera o temiese temieras o temieses temiera o temiese temiéramos o temiésemos temierais o temieseis temieran o temiesen</p>	<p>Futuro imperfecto</p> <p>temiere temieres temiere temiéremos temiereis temieren</p>
<p>Pretérito perfecto</p> <p>haya hayas haya hayamos hayáis hayan</p> <p>} temido</p>	<p>Pretérito pluscuamperfecto</p> <p>hubiera o hubiese hubieras o hubieses hubiera o hubiese hubiéramos o hubiésemos hubierais o hubieseis hubieran o hubiesen</p> <p>} temido</p>	<p>Futuro perfecto</p> <p>hubiere hubieres hubiere hubiéremos hubiereis hubieren</p> <p>} temido</p>

MODO SUBJUNTIVO		
<p>Presente</p> <p>yo parta tú partas él parta nos. partamos vos. partáis ellos partan</p>	<p>Pretérito imperfecto</p> <p>partiera o partiese partieras o partieses partiera o partiese partiéramos o partiésemos partierais o partieseis partieran o partiesen</p>	<p>Futuro imperfecto</p> <p>partiere partieres partiere partiéremos partiereis partieren</p>
<p>Pretérito perfecto</p> <p>haya hayas haya hayamos hayáis hayan</p> <p>} partido</p>	<p>Pretérito pluscuamperfecto</p> <p>hubiera o hubiese hubieras o hubieses hubiera o hubiese hubiéramos o hubiésemos hubierais o hubieseis hubieran o hubiesen</p> <p>} partido</p>	<p>Futuro perfecto</p> <p>hubiere hubieres hubiere hubiéremos hubiereis hubieren</p> <p>} partido</p>

MODO SUBJUNTIVO		
<p>Presente</p> <p>yo sea tú seas él sea nos. seamos vos. seáis ellos sean</p>	<p>Pretérito imperfecto</p> <p>fuera o fuese fueras o fueses fuera o fuese fuéramos o fuésemos fuerais o fueseis fueran o fuesen</p>	<p>Futuro imperfecto</p> <p>fuere fueres fuere fuéremos fuereis fueren</p>
<p>Pretérito perfecto</p> <p>haya hayas haya hayamos hayáis hayan</p> <p>} sido</p>	<p>Pretérito pluscuamperfecto</p> <p>hubiera o hubiese hubieras o hubieses hubiera o hubiese hubiéramos o hubiésemos hubierais o hubieseis hubieran o hubiesen</p> <p>} sido</p>	<p>Futuro perfecto</p> <p>hubiere hubieres hubiere hubiéremos hubiereis hubieren</p> <p>} sido</p>



➤ Presenta el hecho como una **orden, mandato o ruego**.

.....	(El imperativo no tiene primera persona).
ama	tú	
ame	él	
amemos	nosotros	
amad	vosotros	
amen	ellos	

.....	(El imperativo no tiene primera persona).
teme	tú	
tema	él	
temamos	nosotros	
temed	vosotros	
teman	ellos	

.....	(El imperativo no tiene primera persona).
parte	tú	
parta	él	
partamos	nosotros	
partid	vosotros	
partan	ellos	

.....	(El imperativo no tiene primera persona).
sé	tú	
sea	él	
seamos	nosotros	
sed	vosotros	
sean	ellos	

PRONOMBRES

Sustituyen al sustantivo

PERSONAL

	SINGULAR	PLURAL
1ª persona	yo, me, mí, conmigo	nosotros, nosotras, nos
2ª persona	tú, usted, te, ti, contigo	vosotros, vosotras, ustedes, os
3ª persona	él, ella, ello, le, la, lo, se sí, consigo	ellos, ellas, les, las, los, se, sí, consigo

POSESIVO

FORMAS TÓNICAS

		SINGULAR		PLURAL	
		MASC	FEM	MASC	FEM
un poseedor	1ª pers.	mío	mía	míos	mías
	2ª pers.	tuyo	tuya	tuyos	tuyas
	3ª pers.	suyo	suya	suyos	suyas
varios poseedores	1ª pers.	nuestro	nuestra	nuestros	nuestras
	2ª pers.	vuestro	vuestra	vuestros	vuestras
	3ª pers.	suyo	suya	suyos	suyas

NUMERAL

Cardinales	Expresan cantidades exactas.	uno, dos, tres, etc.
Ordinales	Expresan orden.	primero, segundo, tercero, etc.
Fracionarios	Expresan una parte de la unidad.	medio, tercio, doceavo, etc.
Multiplicativos	Expresan una cantidad multiplicada	doble, triple, cuádruple, etc.
Distributivos	Asignan una parte de un conjunto.	sendos/sendas y cada

DEMOSTRATIVO

	SINGULAR		PLURAL	
	MASCULINO	FEMENINO	MASCULINO	FEMENINO
cercanía	este	esta	estos	estas
distancia media	ese	esa	esos	esas
lejanía	aquel	aquella	aquellos	aquellas

EXCLAMATIVO

SINGULAR		PLURAL		SINGULAR		PLURAL	
MASC	FEM	MASC	FEM	MASC	FEM	MASC	FEM
cuánto	cuánta	cuántos	cuántas	qué			
qué				cuál		cuáles	
cuánto		cuánta		cuántos		cuántas	

INTERROGATIVO

RELATIVO

	MASCULINO	FEMENINO	NEUTRO
SINGULAR	que, quien, cual, cuanto	que, quien, cual, cuanta	cuanto
PLURAL	que, quienes, cuales, cuantos	que, cuales, cuantas	

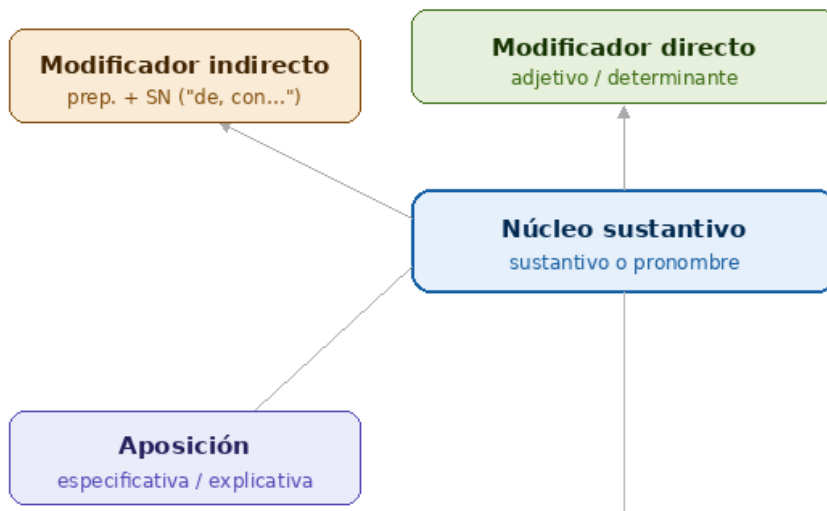
INDEFINIDO

	SINGULAR		PLURAL	
	MASCULINO	FEMENINO	MASCULINO	FEMENINO
cantidad	poco, demasiado, mucho, todo, un, bastante	poca, demasiada, mucha, toda, una, bastante	pocos, demasiados, muchos, todos, unos, varios, bastantes	pocas, demasiadas, muchas, todas, unas, varias, bastantes
identidad	mismo, otro, propio	misma, otra, propia	mismos, otros, propios, demás	mismas, otras, propias, demás
existencia	algo, alguien, alguno, ningún, ninguno, cualquier, cualquiera	algo, alguien, alguna, ninguna, cualquier, cualquiera	algunos, ningunos, cualesquiera	algunas, ningunas, cualesquiera

Análisis sintáctico de oraciones



- **La oración** es la menor unidad del habla con sentido completo e independencia sintáctica. También se la define como **la unidad mínima del habla con sentido propio, formada por una o más palabras y determinada por la entonación y la puntuación.**
- Cada oración lleva un punto final, que la separa de la siguiente e indica su *independencia sintáctica*. También la oración puede terminar con puntos suspensivos o con signos de interrogación o exclamación.



Modificadores del sujeto

Núcleo sustantivo

Es la palabra principal del sujeto. Todos los demás modificadores dependen de él y concuerdan con él. Puede ser un sustantivo (*perro, ciudad, amor*) o un pronombre (*ella, nosotros, alguien*).

Modificador directo

Modifica al núcleo **sin** necesitar preposición. Incluye dos tipos de palabras: los **determinantes** (artículos, demostrativos, posesivos, numerales: *el, ese, mis, tres...*), y los **adjetivos calificativos** (*hermoso, pequeño, rojo...*) que expresan una cualidad. Siempre concuerda en género y número con el núcleo.

Modificador indirecto

Modifica al núcleo **a través de una preposición**. La preposición más común es *de*, aunque también aparecen *con, para, en, sin*, entre otras.

Aposición

Es un sustantivo o sintagma nominal que se coloca junto al núcleo para identificarlo o añadir información, sin preposición. Hay dos tipos:

- **Especificativa** (sin comas): restringe o distingue al núcleo de otros de su misma clase. → "El poeta **García Lorca** nació en Granada."
- **Explicativa** (entre comas): añade información accesoria, prescindible. → "Madrid, **la capital de España**, tiene millones de habitantes."

Tipos de sujeto

Sujeto simple

Tiene un **único núcleo** sustantivo (con o sin modificadores). Es el caso más frecuente.

Sujeto compuesto

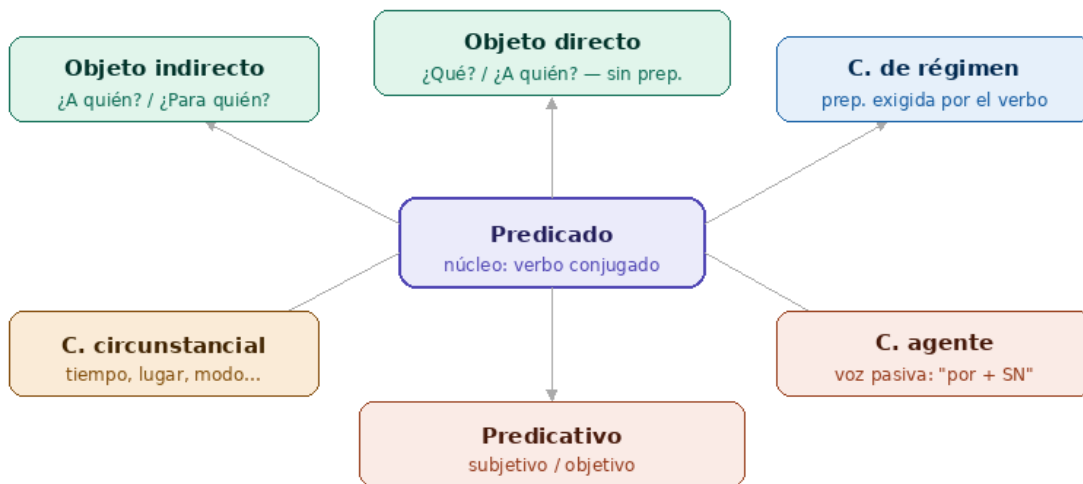
Tiene **dos o más núcleos** coordinados por una conjunción (*y, o, ni...*). Cuando el sujeto es compuesto, el verbo generalmente va en plural.

Sujeto tácito (u omitido)

No aparece expresado en la oración, pero se puede identificar a partir de la desinencia verbal (la terminación del verbo).



Modificadores del Predicado



El **núcleo del predicado** es siempre el verbo conjugado.

El **objeto directo** recibe directamente la acción del verbo (¿qué? / ¿a quién?), sin preposición o con "a" ante personas.

El **objeto indirecto** indica el destinatario de la acción (¿a quién? / ¿para quién?), con las preposiciones *a* o *para*.

Complemento circunstancial: aporta información contextual sobre tiempo, lugar, modo, causa, finalidad, etc. Es el más libre y variado.

Predicativo: se refiere al sujeto o al objeto mientras complementa al verbo. Puede ser *subjetivo* ("Llegó **cansada**") u *objetivo* ("La encontré **triste**").

Complemento agente: aparece exclusivamente en las oraciones en voz pasiva, introducido por "por" ("El libro fue escrito **por Ana**").

Complemento de régimen: preposición que el propio verbo exige obligatoriamente ("hablar *de*, constar *de*, soñar *con*...").

La Novela

“A la literatura no hay que ponerle cáscaras ni cerrojos, la ficción debe ser pura libertad”

- L. Bodoc.

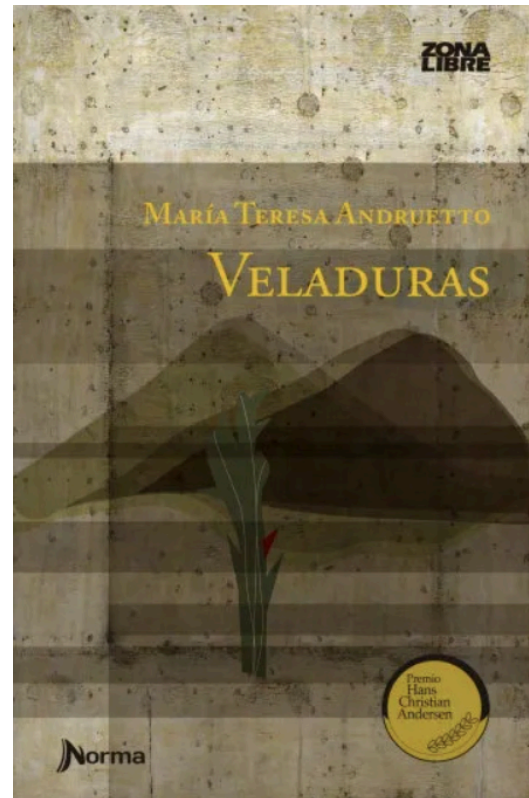


- Características del género
- Tiempo de la historia y tiempo del relato
- Voces narrativas

VELADURAS

María Teresa

Andruetto



A Josefina

*¿Fui yo algo en alguna parte? Dímelo,
porque no tengo quien lo diga: Ni madre, ni padre,
ni memoria.*

Horacio Castillo

CAPÍTULO I

Cuando vi a Gregoria se me vinieron encima los recuerdos y el tiempo en que vivía mi padre y llegábamos aquí a pasar las fiestas con mi abuela; las fiestas y también mi cumpleaños que es en febrero, para la época de los carnavales.

Llegábamos a San Salvador y ya antes de salir hacia Tumbaya se me aparecía el silencio de los cerros. Hubiera podido andar con los ojos cerrados, igual sabía que estábamos en La Quebrada, porque el silencio se me metía dentro de los huesos y había como un olor a melaza y a tamales por todas partes.

Mi abuela tocaba la quena y cantaba bagualas, pero eso era antes, cuando mi hermana y yo éramos chicas y veníamos acá y mi papá golpeaba la caja y tocaba el charango. Le había quedado eso de cuando era un niño, la música, que aquí es de la gente y es de todos.

Eso es algo que se le quedó adentro, doctora; como le queda a la gente de acá, y después lo guardó para siempre, en el pecho lo guardó, y se fue para la ciudad, buscando con qué ganarse el pan.

Así fue que mi padre llegó a Córdoba y allá anduvo solo, de un lado para el otro, sin casa y sin trabajo, haciendo un poco de todo, changas más que nada, hasta que se casó con mi mamá y consiguió ese trabajo de portero en la escuela que está pasando la costa del canal, cerca de donde era antes nuestra casa.

Aunque se fue de aquí cuando era joven, un muchacho casi, a mi padre se le quedó en el alma todo esto y quiso que nosotras guardáramos muy adentro la música de la Quebrada, las bagualas que son como un lloro de estas piedras, y el amor a los colores de acá, y a las cosas que tenía mi abuela, las cosas de adentro de uno, del corazón,

quiero decir. Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.

Veníamos con mi madre y con mi hermana y se nos amarraba el mundo de mi padre y todo esto se hacía más grande cada vez. Casi siempre llegábamos para el nacimiento del Niño, o unos días antes, para la época en que se preparan los pesebres en las casas, y se cubren las piedras con arpillera y después se esparcen con arcilla y con ceniza, y los pastores buscan sus trajes. Pero también solíamos venir en febrero, para carnavalear en las cacharpayas y para comer empanadillas y beber agua de chuño.

Siempre era así, como le digo, todas las veces era así: veíamos el nacimiento del Niño en el cerro y el pesebre que mandaba hacer el cura de Susques que es el poblado que está más cerca, y mirábamos a los pastores bajando el cerro, cabestreando las mulas bajo los candiles, y a la Pachamama, Baltasar y San José, bien acomodados en las laderas.

Después, cuando el Niño ya había nacido, mi abuela nos llevaba hasta Susques a oír la misa. Eso nos gustaba, porque también en la iglesia había música y nosotras teníamos el recuerdo de las bagualas y de los huainos, y el sonido de las quenás y los charangos y de todo lo que es de acá. Más amarrados tuvimos esos recuerdos que la memoria de mi madre y la de mis abuelos de Córdoba, más que ésa tuvimos esta memoria y todo sucedió de esa manera porque mi padre así lo quiso y a lo mejor porque lo quiso también así mi madre.

Gregoria también era de acá, sí que lo era, de aquí bien cerca, de estos cerros, y cantaba con voz chillona que es como cantan aquí las mujeres y nadie más canta en ninguna parte, esa voz como de grito que tenía mi abuela y que tienen las mujeres acá...

Si me voy pa'los cerros...

También a mí me gusta cantar, doctora, pero no tengo buena voz. Me parece que es por eso, porque Gregoria cantaba, que las cosas pasaron de ese modo entre mi padre y ella, que es como decir entre mi padre y este mundo que no se parece a ninguno. Digo esto porque mi mamá no cantaba ni hacía sus cacharritos ni las comidas que le gustaban a mi padre y que también a mí me gustan; ella no sabía hacer chanfaina, ni tamales, ni empanadillas de pelones, ni tabletas, ni dulces de cayote...

Cuando vi a Gregoria, camino a San Pedrito, otra vez se me vinieron encima los recuerdos. La vi de espaldas, un poco achaparrada, pero era ella y llevaba a un niño de la mano. Era de mañana, como las diez. Yo había ido a San Salvador a llevar estos ángeles que estoy reparando y a mostrar cómo habían quedado las pátinas. Como le digo, por el camino a San Pedrito la vi, subiendo el cerro, mientras arreaba a un niño de la mano. Un momento nomás y luego me distraje y entonces ella se volteó hacia alguna parte y dobló en una calle y la perdí.

Cuando olvidé por fin mis extravíos, quise apurarme y alcanzarla, pero ya no estaba en ningún sitio. Pensé primero si de verdad la habría visto, o si soy yo que a veces me pierdo en estos pensamientos, pero después me pregunté:

¿Cuántos años tendrá ese niño, Rosa?

Lo pensé un rato y me contesté que cinco. Y entonces me dije:

Es ella.

No le vi la cara, porque estaba de espaldas, pero sí las piernas y el cuello, y me fijé también en el pelo, como me fijaba antes, como la miramos aquella tarde mi hermana y yo, desde la ventana de nuestra casa, en Córdoba, viendo cómo se llevaba sus cosas.

En ese tiempo, ella tenía el pelo pesado, brillante, y le caía sobre la espalda hasta la pollera. Se lo corría de la cara con un amago, era como un vicio que tenía de tirarse el pelo hacia atrás, porque sabía que a mi padre y a nosotras nos gustaba. Luego venían las piernas flacas y un poco cortas y el cuerpo de colla, como tiene mi hermana y como acá tienen todas las mujeres.

Ahora el pelo ya no le cae hasta la pollera y me parece que tampoco tiene el brillo que tenía en aquel tiempo. Lo lleva atado en la nuca y también lleva sombrero de ala ancha. Yo, de atrás que estaba, le miré el cuello y la espalda y vi la mano que tomaba al niño y la manta de llama que llevaba y entonces supe que era ella, nomás la que era, como era antes.

No sé qué diría ahora mi padre si la viera, porque me parece que ha cambiado mucho, el andar que antes tenía se ha vuelto seguro, firme, y hasta me parece que no le ha quedado nada del miedo de aquel tiempo, y muy poco, por no decir nada, de la vergüenza que le daba mirar a la gente a los ojos.

Todo eso me parece que se le ha ido, que no le ha quedado ni siquiera un ramalazo, y que ahora todo lo que tiene –el andar, el pelo recogido y el sombrero negro de ala– es del modo y la manera que tienen las mujeres de acá.

Pienso en los ángeles de la Capilla y en las labores que voy haciendo, y en las veladuras y en las pátinas también pienso. Es lo que me viene al pensamiento, ahora que todo lo que tengo es lo que fue de mi padre y de mi abuela, desde que mi abuela Rosa arregló este rancho que era de su madre para protegerse de las ventoleras y aquí trajo sus llamas y sus guanaquitos y se instaló, antes que pasara un hombre que iba hacia el norte se instaló, antes que la preñara el hombre, y desde aquel tiempo esto fue de ella y de mi padre y ahora es también mío.

En este último tiempo he aprendido a hacer las veladuras y a dorar. Es lo que encontré cuando vine a vivir al norte, después que amainó la pelea con mi madre y empezaron a acabar las discusiones. En cambio, todo lo que le cuento comenzó hace mucho, cuando Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era, y entonces pasó aquello con mi padre.

Como le digo, todo empezó por aquel tiempo y terminó, es un decir, muchos años después, cuando saqué el dinero de la Casa de Descanso y me escapé. Entonces fue que vine para este lado y hablé con las monjas para hacer estas pátinas y estos falsos acabados que bien les quedan a sus ángeles y a los santos de la Capilla.

Luego, una vez que arreglé lo del trabajo en el taller de las hermanas, vine hasta aquí, a vivir en los linderos de Susques, a la casa que era de mi abuela, y empecé a trabajar.

Desde entonces bajo una vez al mes hasta Jujuy: me lleva un capataz que viene desde Jama, el paso que está más arriba, para el lado de Chile, y él mismo me regresa al otro día cuando vuelve hacia el alto. De este modo me traigo las labores y hago los falsos acabados, en el silencio de las piedras, lejos de los chillidos de esos pájaros que me perseguían en la ciudad, unos graznidos que llegaban de quién sabe dónde y me turbaban.

Estoy muy agradecida a las monjas, porque fueron ellas las que me enseñaron a arreglar lo que estaba roto, a componer las imágenes y reparar lo más menguado, lo que suele echarse a perder. Ahora que he aprendido, me dan ya por fortuna las imágenes y entonces yo las traigo aquí donde trabajo, entre estos cerros, en estos linderos que están cerca de Susques, apenas más abajo del Paso de Jama, como ha visto, en medio mismo del silencio, lejos de los gritos de esos pájaros que nunca supe si venían de afuera o venían de adentro.

CAPÍTULO II

Cuando estaba allá en Córdoba, en la Casa de Descanso, cerca de donde era antes nuestra casa, donde viven mi hermana y mi madre y donde también vivía yo, una monja que se llama Estela, a la que quiero mucho, me dijo que se mudaba para el norte, y me indicó dónde buscarla si yo estaba sola y llegaba a venir para estos lados.

Así fue que llegué a San Salvador y busqué la calle Virgen de las Nieves y en la calle el taller de las hermanas y en el taller a la hermana Estela, la que me dio la estampa del Santo aquella vez para que yo la compusiera.

La hermana Estela me había dicho que la buscara a ella y eso es lo que hice. Llegué sin nada, sin enseres ni ropa ni nada, con mis solas ganas de venir para acá, y con esa nada que traía fui al taller y pregunté por ella. Lo recuerdo bien: me hicieron que esperara y me quedé en la sala, con un poco de frío y otro poco de sueño por la mala noche, con la cabeza sin pensar en nada.

Yo estaba sola, ¿sabe?, sola en el mundo, sin padre, sin madre y sin memoria, tratando de olvidar lo que había vivido antes cuando estaba con mi madre y discutíamos, y también lo que había pasado con mi padre. Totalmente azorada estaba, confundida todavía por lo sucedido, cuando levanté la cabeza y vi, por la puerta entreabierta, la sala del convento y en la sala una mesa larga con las patas torneadas, y encima de la mesa unos botes con ungüentos.

Le aseguro que eso es algo que no se puede olvidar. No se puede, doctora. Esos colores en los potes, esos que vi con estos ojos dando brincos. Así es como sucedieron las cosas que le digo: me levanté de donde estaba sentada y me acerqué a la puerta, pasé al taller y me arrimé a la mesa. Eran como coyuyos el pan de oro, los ferrites y la purpurina, el tierra sombra, el azul talo, el blanco de titanio... y el mordiente con ese olor que se le mete a uno adentro.

Había también un color plata, un azul cobalto y el granate, eso es lo que supe después, cuando aprendí a distinguir las sustancias, los colores y las marcas; y vi también que había óleos, témperas y acrílicos, que no son naturales pero igual relumbran.

Antes de eso, yo sólo había visto lo que se usa en la escuela, colores de lápices o témperas, y los que tenía aquí mi abuela Rosa para sus cacharros, el negro y el terracota, pero nunca jamás había visto el pan de oro que es lo que se necesita en la Capilla para cubrir las estampas de la Virgen y para las composiciones de los santos y las santas, ni tampoco conocía el azul talo, ni el azul cobalto, ni otros azules que existen, ni el granate.

Me gusta hacer las veladuras y también los falsos acabados. Falsos acabados, así es como los llaman, porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y cogollos... aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien.

No sé qué piensa usted, doctora, pero a mí se me hace que es también así la vida. Yo se lo dije una vez al doctor Freytes, cuando estaba allá en la Casa de Descanso: primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto. Por eso pienso algunas veces que si pudiera hacerme yo misma a mí unas pátinas como estas que les hacemos a los ángeles, si pudiera pasarle pan de oro a lo que ha perdido el brillo, si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.

Me gustan estos menesteres, porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto. Una vez que recompongo y acomodo lo que se ha deshecho, paso el pan de oro y luego cubro con betún. Se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador, para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.

Cuando se seca lo que he pintado, lo sobo bien para que quede apenas un poco, para que no se cubra por completo, porque es así como se ve mejor. Todo esto que he aprendido a hacer, estas veladuras, son nomás para que lo nuevo se vuelva viejo, como los ángeles de la Capilla.

No sé qué piensa usted, pero a mí me parece que es al revés de lo que pasa en la vida, donde el dolor que a uno le ha sucedido antes, y antes de antes, parece que naciera siempre por primera vez.

Hubo un tiempo en que éramos felices y yo estaba bien, tenía mis alegrías y me sentía sana. Pero después pasaron esas cosas que pasaron, y murió mi padre, y Gregoria se fue sin decir una palabra, y empezaron las discusiones con mi madre.

No fue cuando murió mi papá que me enfermé sino más tarde, cuando pasó el tiempo y vinieron las heladas y yo empecé a darme cuenta de que él se había ido para siempre de nosotras y de nuestra vida y de que tampoco estaba Gregoria, ni había alegría en nuestra casa como la había habido antes.

Fue en aquel tiempo que empezó eso que me subía a la cabeza, esos malos pensamientos que me traían unas ganas muy grandes de morirme también yo, ganas de no estar ya en ninguna parte porque no tenía dónde ir o no quería, ni me gustaba vivir en nuestra casa, ni con mi hermana y con mi madre.

La primera vez que me enfermé estaba en la escuela: vinieron unos pájaros a entrarse en mi cabeza y a barruntar mi pena, y a mí me daban miedo. La directora dijo que no había ningún pájaro en ninguna parte pero como yo decía que sí y que sí, ella llamó a los de emergencia y me pusieron unas inyecciones y entonces me dormí por muchos días.

Después de eso, me agarró una rabia muy grande con mi madre, porque se quiera o no se quiera, fue ella la que lo dejó a mi padre, ella la que lo obligó a irse con Gregoria. Mi madre dijo un día que él tenía que vivir en otra parte, que no se podía de otro modo. Y entonces yo, aunque desmejorada y con mis medicinas, quise irme con él y con mi abuela, pero no podía porque ya no estaban.

En ese tiempo yo no sabía que vendría a vivir a La Quebrada, no se me venía eso a la cabeza, porque me había quedado como sin pensamientos. Entonces empecé a hablar de los muertos y buscaba estar con ellos y todo eso la asustó a mi madre hasta que, de tanto andar por todas partes, se presentó a la oficina del Gobierno y un doctor y la asistente me llevaron a la Casa de Descanso donde trabaja el doctor Freytes. Entonces me internaron, y así fue como yo lo conocí al doctor.

Estuve en aquella Casa muchos meses, ya no recuerdo cuántos porque cuando se sufre, el tiempo pasa de un modo extraño. Sí recuerdo que me cuidaban las hermanas para que yo no me dañara, hasta que empecé a comprender cómo eran las cosas y me fui curando un poco.

Una tarde, mientras tomaba la merienda bajo la galería, vi una estampa de San Gabriel en las manos de la hermana Estela. Yo había soñado con el santo en otra noche, y entonces le pedí la estampa de la que hablo, pero la hermana Estela dijo que el santo no, que el santo estaba sano, y me mostró un ángel que ése sí estaba roto. Y así fue que yo empecé a repararlo, y le di comienzo a

estas labores, con estas ganas que me vinieron poco a poco, de hacer estas cosas que me gustan y estos menesteres que ahora hago.

Desde el comienzo, yo lo quise mucho al doctor Freytes porque mi madre me llevó hasta donde él estaba y apenas me revisó y conversó conmigo —estando yo presente— le dijo a ella que no se resintiera, que todo lo que sucedía era que yo estaba azorada y confundida por lo que había pasado y que dejara de decir que yo no era capaz de comprenderla, que era ella la que tenía que entenderme a mí y a mi dolor, hasta que cuajara.

Eso fue lo que dijo, doctora, que él sabía bien que lo de mi padre nos dolía a todas pero que peor era para mí, porque yo estaba enferma, y así fue como hizo que mi madre empezara a comprender y ya no me reprendiera. Fue así, como le estoy diciendo: ella dejó de decir que yo no ponía fuerzas en curarme y todas esas cosas que decía, y me dio al fin su bendición.

El doctor Freytes fue también el que le dijo a mi madre que amasar el barro y cocinarlo y hacer las pátinas que ahora hago era un buen remedio para mí, que era el único remedio, dijo, y que era bueno re parar los ángeles y todas estas cosas que reparo, que me ocupaba la cabeza en otra cosa y me hacía mirar hacia adelante,

es el mejor remedio

dijo, y a mí eso me gustó porque así es como fui aprendiendo yo estos menesteres y estas labores que hago y bien me salen.

Por el tiempo en que Gregoria vino a vivir con nosotros, mi madre empezó a trabajar en lo de doña Crista, para limpiarle la casa y hacer el lavado, porque doña Crista se había puesto vieja y no podía ya con todos sus quehaceres. Eso fue, pienso yo, una parte del problema, porque nosotras teníamos que ir a la escuela en la mañana y nuestro padre trabajaba por la tarde, así es que en las mañanas se quedaba solo con Gregoria, los dos cantando esas canciones, juntos los dos, y entonces así ha de haber sido que a mi padre le nació otra vez el amor por esta tierra y el amor también por ella. Pero de todo eso mi madre no se dio ni cuenta, si no, yo creo que ella hasta hubiera sido capaz de decirle que no a doña Crista, por más que necesitara sus pesitos.

Así fue, doctora, que todos seguimos de ese modo, como si nada, mientras Gregoria y mi padre se enamoraron, porque mi madre no pensó que mi papá era también nuestro, que nos pertenecía, y que ella tenía que cuidarlo, por ella y por nosotras. Así son las cosas, pienso yo, a medida que me aquerencio aquí en el norte. Por ejemplo esto que hago para los santos y las santas no es un asunto sólo mío, es también de los promesantes que van a verlos en la Capilla y les rezan pidiendo ayuda, porque nada es de uno para siempre, como ha creído a lo mejor mi madre, sino que cada cosa requiere su cuidado.

Eso es, por lo menos, lo que siento yo, y por eso le hago mis ruegos a la Virgen de la Candelaria, porque uno es de muchos y de nadie a un solo tiempo y a una misma vez, y entonces, como pienso algunas veces, yo soy de mi padre y de mi abuela Rosa, pero también soy un poco de mi madre, aunque a veces eso no me guste.

Es en esto que trabajo yo, como lo ha visto, en hacer que lo nuevo se vuelva viejo, como de mucho antes, como si estuviera viejo y vivo a la misma vez. Es lo mismo pero distinto a lo que me enseñaba el doctor Freytes, porque él me dijo una mañana que lo que él hacía era buscar, adentro de uno, los dolores viejos, y ayudar a sacarlos fuera y a volverlos nuevos, como si no hubieran pasado antes sino ahora mismo. Al revés de lo que hago con los ángeles,

donde lo nuevo, después de las labores se vuelve viejo, y es nuevo y viejo a la misma vez.

Así es como estos ángeles y estos cerros son ahora lo único que tengo. Ahora que mi padre ya no está y que tampoco está mi abuela, ahora que mi madre se quedó en la ciudad, con mi hermana Luisa y con los abuelos de Córdoba, ahora que se enojó conmigo porque no quiero estar con ella y que me fui de la Casa de Descanso sin decir ni preguntarle a nadie, y me vine para acá, para estos cerros, sin consultarla y sin que lo supiera nadie, hasta ahora que ha venido usted.

Haber venido acá, a este lugar, es algo que, como le digo, no le he consultado a nadie. Tampoco al doctor Freytes, porque si no, él se lo hubiera dicho a mi madre y ella hubiera ido a buscarme o alguna otra cosa hubiera hecho.

Salí de la Casa de Descanso a la hora en que daban la merienda y fui hasta el parador a tomar el micro que viene para el norte, y mientras, me quedé apeñuscada para que ninguno me viera. Hacía mucho frío, me acuerdo, y yo tenía la cara bien envuelta con una manta de mi abuela Rosa, de lana de sus propias llamas. Por eso sé muy bien que no me ha visto nadie. Subí al micro y saqué pasaje hasta Jujuy con un dinero que tenía de hace tiempo, que había juntado y que era mío pero lo habían guardado en la secretaría y yo lo saqué en un descuido de la ecónoma.

Vine a Jujuy, a buscar a la hermana Estela que estaba acá y traje el papel que ella me había dado, con la dirección del taller:

Taller de San Salvador. Calle Virgen de las Nieves. Frente a la plaza.

decía ese papel.

La hermana Estela me había dicho que la buscara y eso es lo que hice, porque llegué así como me ve, sin nada, sin mis enseres ni nada, con mis solas ganas de venir para acá. Fui al taller y pregunté por ella. Me hicieron que aguardara y yo esperé, acurrucada y quietecita, sin imaginar lo que vendría. Estaba sola, como le he contado, sin padre, sin madre y sin pensamientos, tratando de borrarle de la cabeza lo que había vivido, confundida por todo, cuando miré la puerta y tras la puerta medio abierta, vi la mesa del taller donde estaban expuestos los ungüentos, los colores con su algarabía, y comprendí que haría estas labores para siempre.

Los colores en los pots: yo los vi con estos ojos como coyuyos. Nunca había sabido de algo así, nomás supe de las témperas y los lápices que se usan en la escuela y lo que tenía aquí mi abuela Rosa, tinta negra o terracota, pero nunca había visto en esta vida el pan de oro que es lo que se usa en la Capilla. Tampoco había oído nunca los mordientes, así que sin saber qué hacer y como poseída, tomé un pote y puse ahí la cara, estas narices, y en eso entró la monja y me dijo que los ungüentos suelen ser veneno, lo mismo que algunos óleos, que no todo lo que se ve lindo es bueno, que hay que tener cuidado con el cadmio y el mixtion y con muchas otras cosas también hay que tener prudencia. Que lo que más importa es la prudencia, dijo.

También en la vida lo que parece lindo a veces es como un mordiente y lo feo en algunas ocasiones dimana lindo, como estas pátinas y estas veladuras que he aprendido a hacer ahora.

Cuando me dan las láminas y las traigo para la Quebrada, hacia esta

hondonada donde está mi casa, primero las reparo bien con pegamento y las pulo con una piedra lisa. Después paso témpera azul o verde talo, y refriego todo con lana de alambre como si me viniera mucha rabia. Más luego echo nocina y sobo con pan de oro y betún de Judea, y así es como después de mucho maltratar las pertenencias, todo queda bien.

Lo mismo le pasa a uno, me parece: maltrata el alma hasta que la pena queda lisa y toma su color de oro o de nogal. Eso es lo que le dijo el doctor Freytes a mi madre: que tenía que sobarme mucho y entenderme, que ése era el modo en que mentaba yo las cosas, como habían sido para mí, y que tenía que darme su bendición.

Es por todo esto que voy diciendo, doctora, y por las discusiones con mi madre, que yo he venido al norte, y que empecé a hacer estos trabajos. Yo sé que a esto que hago, a estas labores, mi madre no las entiende. A ella le parece que yo tendría que estar sana, que ya pasó lo que pasó y que hay que ponerle el pecho a lo hecho. Es lo que dice, y así también dicen mis abuelos de Córdoba. Yo sé también que ella lo quiso a mi padre, a eso no lo discuto, sé que es así aunque a veces no parezca, pero la vida de ella es de otro modo y no es del mío, del de mi hermana sí es, se quiera o no se quiera el de mi hermana sí es el modo de mi madre.

Me pusieron el nombre de mi abuela, así me llamo, y eso es lo primero que me viene al pensamiento. El mismo nombre y el apellido, que es también el apellido de mi padre, porque mi padre no ha tenido padre. Tengo su nombre y me gustan las cosas que a ella le gustaban, y tengo estas facilidades de hacer mis cacharritos como ella hacía y de cocerlos con leña de llama y de guanaco. Y también tengo de ella el amor por estos cerros, por los ferrites y la arena roja y amarilla... No sé qué cree usted ni por qué será que pasó esto de parecerme tanto a mi abuela Rosa, si es porque me pusieron su nombre, o es nomás porque así tuvo que ser.

Me llamo Rosa, como le digo. Y mi hermana se llama Luisa. También mi abuela se llamó Rosa. Rosa Mamaní. Y crió solita a mi padre, lo que se dice sola. Lo tuvo, dicen, de un hombre que pasaba, que la preñó y siguió de viaje; de paso iba y así siguió, y ni siquiera un nombre, ni el apellido siquiera le dejó a mi padre. Era un hombre blanco, dicen, por eso mi padre es mezcla; pero mi abuela no, ella era colla pura, verdadera.

Todo esto que le cuento pasó antes, antes que mi padre se fuera a la ciudad, antes que empezara como portero en la escuela que está en el bajo, más allá del canal de riego y trabajara ahí. Antes de todo, digo, cuando vivía mi abuela y era joven y pasó por acá un hombre que iba al norte, más hacia el norte de la Quebrada dicen que iba, para Bolivia, para el lado de Santa Cruz dijo mi abuela, y entonces la preñó, y así nació mi padre.

CAPÍTULO III

Vi a Gregoria y me vino esta remembranza de mi padre y de mi abuela, tal vez porque ella iba con su hijo de la mano, su hijo que es también de nosotros, se quiera o no se quiera.

Cuando yo era una niña y antes todavía, cuando era una guagua, mi abuela hacía barro y lo amasaba para armar sus cacharritos, y me enseñó. Así empecé yo a trenzar el barro, un chorizo sobre otro hasta completar una vasija, como ahora hago, como hace todavía acá la gente, como se hacía en muchas partes hasta hace un tiempo, antes que todo se perdiera.

Luego mi abuela me prestaba un anillo que tenía y yo lo mojaba con una escupidita y sobaba el barro, hasta pulirlo. Después hacíamos fuego las dos con leña de llama, con el guano de sus propios animales, y en el fuego cocíamos las piezas que salían cada vez más lindas.

Tal vez por eso me llamo igual que ella, porque me gustan las cosas que a ella le gustaban, y acaso mi padre y mi madre lo sabían y por eso me pusieron este nombre. Aunque el doctor Freytes decía que no es eso, que es al revés de todo esto que digo, que a mí me gusta hacer las piezas y cocerlas y practicar estos menesteres por- que me dieron este nombre y entonces, aunque no me parezca a ella, de la parte de afuera y de la cara, soy como mi abuela Rosa y como mi padre, y como Gregoria casi estoy diciendo, y esto me pasa porque me llamo Rosa Mamaní, como le he dicho, y me gustan estas cosas que me gustan.

No sé qué dirá usted, pero eso es lo que dijo el doctor Freytes, que no es al revés, como decía yo, sino así como es, y que a uno le gusta lo que quiere porque es así y no por otra cosa.

Cuando a mi abuela le dio el ataque al corazón y se murió, y se cerró esta casa donde ahora vivo, y más aún después, cuando murió mi padre, yo me quedé sola y me enfermé, de la cabeza dicen que enfermé pero yo digo que es del alma, y entonces mi madre me llevó a la Casa de Descanso, por un tiempo nomás dijo mi madre, y ahí fue que me dieron unas medicinas que yo tomaba sin pensar en nada, a pura pena nomás, mirando hacia las sierras, hacia la nada mirando sin pensar, o pensando más bien cómo era antes cuando todos estaban.

Mi madre no comprende que yo quiera estar con los que han muerto y no con ella y con mi hermana Luisa, ni tampoco que yo sea de esta forma que tengo, de este modo que tiene la gente de acá, de la Quebrada. Así fue que de tanto no entenderme nadie que estuviera vivo, yo encontré ese ángel y lo reparé y desde entonces dejé todo y me vine para acá, para estos cerros.

Yo estaba en la Casa de Descanso, bajo la galería, mirando hacia las sierras, mientras esperaba que me dieran la merienda, y entonces pasó la hermana Estela con unos papeles en la mano, unos papeles y una lámina. Era una imagen del Arcángel Gabriel la que llevaba, y estaba rota, pienso que tal vez la llevaría para tirarla en un canasto, por eso fue que yo le demandé la lámina y reparé lo que estaba roto y eso me dio alegría.

El doctor Freytes le dijo a mi madre aquella vez, que hacer cualquier trabajo con las manos era bueno para mí, que me llevara témperas, lacas, cartones y papeles, para que yo reparara también otras imágenes, así que ella tuvo que comprender que eso me hacía bien, que lo único que me curaba era ese trabajo con las láminas, el único remedio.

El doctor Freytes también le dijo a mi madre que me dejara venir a la Quebrada, que acá yo iba a encontrar lo que buscaba, que cualquier cosa fuera lo que yo buscara estaba acá; pero mi madre dijo que no,

no puede ser doctor, no puede ser

es lo que dijo, y otra vez que no, y por eso yo no dije nada, nada de nada, y me vine para estos lados, sin contarle a nadie.

No me parezco físicamente en nada a mi padre, ni tampoco a mi abuela Rosa, y eso es lo que me da rabia, doctora, porque soy medio gringa del cuerpo y de la cara, y todos dicen que soy parecida a mi madre. En cambio mi hermana Luisa se parece a ellos, de afuera digo, porque en lo demás no quiere

saber nada de este mundo de acá que a mí me llama como una voz de adentro.

A lo mejor mi hermana no quiere ser de este mundo porque tiene la cara de ellos, los ojos de mi padre y el mismo color en el pelo y en la piel, y entonces, así es más fácil decir que no le importa.

El doctor Freytes, el médico de la Casa a la que me llevaron, dice que estos gritos, estos chillidos en la cabeza, son por eso que le pasó a mi padre, y así ha de ser porque desde que mi padre hizo aquello en el inquilinato, me viene a mí esto al pensamiento.

Antes de que pasara lo del árbol, antes de que Gregoria llegara a nuestra vida, antes de ir nosotros a esa casa a donde él se había ido para estar con ella, antes de ver a mi padre ahí, como un muñeco sin forma y sin mensura, antes de todo eso, yo no era así ni se me iban de este modo las ideas, ni me confundía, ni sentía estos chillidos que ahora siento ni nada de lo que se me viene ahora a la cabeza. Ni tampoco me daba esta rabia que me da algunas veces pensar en mi madre.

La bronca con mi madre empieza con eso que ella hizo. Si lo hubiera cuidado a mi padre, que era de ella y era de nosotras, él no se habría ido con Gregoria ni con nadie, pero mi madre insistió en que tenía que vivir en otra parte, y no fue capaz de hacer que él nos durara.

Es que ella no comprende que mi padre no era sólo suyo, sino que era también nuestro. Yo he hablado en un tiempo de estas cosas con mi hermana Luisa pero no hemos llegado nunca a algún acuerdo, porque ella dice que no es así, que por más que mi madre hubiera dejado que él se quedara en nuestra casa, las cosas igual no hubieran andado y lo mismo mi padre hubiera hecho lo que hizo.

Eso es lo que dice mi hermana Luisa cuando le da por hablar y es por eso que ella y yo estamos ahora en desacuerdo.

Yo pienso en cambio que, se quiera o no se quiera, la culpa es de mi madre que dijo aquella tarde que mi papá tenía que irse con Gregoria si la quería a ella, que no podía estar con las dos en nuestra casa, que eso no era bueno para nadie. Digo que la culpa es de ella, porque yo le pedí que no lo echara, me acuerdo bien de eso, le rogué que lo dejara así como él quería, del modo suyo nomás, así seguía con nosotras, pero mi madre dijo que no, que un hombre no puede tener a dos mujeres en la misma casa, que a veces se puede sí, que algunos lo hacen, pero en casas distintas, porque si están todos juntos después vienen los problemas.

Lo que pasó es que ella le dijo a mi padre que se fuera y él manifestó que no quería, porque las necesitaba a las dos y también porque en la casa estábamos nosotras. Y al fin, como le digo, por culpa de mi madre, obligado por ella, él tuvo que decir que se iba nomás.

Se hará como usted diga, Flora

es lo que dijo mi padre aquella tarde y buscó una pieza en el inquilinato de Villa Adela, uno que está sobre la calle Azcuénaga, y para allá fue con Gregoria.

Recuerdo que nos llamó esa siesta y nos sentamos bajo el emparrado, recuerdo también que estuvo llorando con nosotras, y que nosotras también lloramos. En un momento de esa tarde, yo le pedí otra vez que se quedara, pero él dijo:

No se puede contra lo que no se puede

y dijo también que Gregoria esperaba un niño y que con eso ya estaba todo dicho.

Ahora que ha pasado el tiempo, que han pasado los años pero no la pena, a mí me parece que fue eso lo que ahogó a mi padre. La tristeza por mi madre y por nosotras, por Gregoria y por los recuerdos de este mundo de acá, de la Quebrada, que era más el mundo de él que el de nosotras, que era de Gregoria también y de mi padre, como antes había sido de mi abuela, este mundo y este modo que son ahora también míos.

A veces pienso que cuando él vio a Gregoria por primera vez y más tarde, cuando ella vino a vivir a nuestra casa porque la echaron de donde trabajaba o porque el destino así lo quiso, él se encontró tal vez con lo que era, con el mundo de acá y el de mi abuela, con estos cerros y estas bagualas que Gregoria cantaba y que mi abuela había cantado también en otro tiempo.

*Ramito de albahaca,
Niña Yolanda,
dónde andará.*

Mi padre la escuchaba cantar esos cantos que él también cantaba, ha de haber escuchado otra vez cómo suena este mundo que él mentaba siempre, porque no había en ninguna parte lunas como éstas que nacen sobre el cerro, y porque –bien sabe– el cielo de acá, de estos linderos donde ahora estoy con mis enseres, es más celeste que ninguno y tiene su escarchado de estrellas por las noches. Y también porque hay sobre estas piedras colores que, en la ciudad, ni puede uno imaginarse.

Yo sé que a mi padre le era difícil renunciar a todo esto y que aquí estaban sus cosas y su mundo, porque nosotras tuvimos a nuestra madre, hay que decir lo que es, la tuvimos, se quiera o no se quiera, pero Gregoria no tenía a nadie. Entonces es claro que él tuvo que quererla a ella, más que a nosotras tuvo que quererla, porque ella era del mundo de él, del mismo mundo y del mismo modo era, y estaba sola, porque cuando vino a nuestra casa estaba sin familia y no tenía padre, era como mi papá estoy pensando ahora, porque la había criado su madre, como mi abuela lo crió a mi padre, y estaba con nosotros cobijada y entonces pasó lo que pasó.

Dónde iba a estar Gregoria si no era con mi padre, me pregunto yo, doctora, ella tenía que estar con él, no había otra manera, y así fue que sucedieron las cosas.

Mi madre no fue capaz de entender eso, ni de dejarlo en nuestra casa con Gregoria y con todo lo que él quisiera, hasta que ella se le alejara de los pensamientos, para que así y de ese modo mi padre no se fuera de nosotras, ni de nuestra casa y no pasara después lo que pasó.

Es por esto que pienso a veces que la culpa de todo es de mi madre, y por eso es también que me vine para la Quebrada a hacer mis cosas y encontrarme con lo que era mío, con esto que es como encontrarme conmigo y con mi padre.

Culpa de mi madre es, yo pienso a veces, porque se le había puesto en la cabeza que Gregoria no podría estar en nuestra casa, que si mi padre la elegía a ella, no podíamos estar con él, por más que mi madre lo quisiera perdonar, no se podía. Que perdonarlo sí, decía mi madre, pero vivir todos amuchados

como él quería, eso ya no, mi madre no podía.

No se puede contra lo que no se puede.

Y mi padre que en lugar de enojarse lloraba con la cabeza sobre sus polleras y le pedía que lo perdonara, y más que perdonarlo que lo dejara quedarse con Gregoria en nuestra casa, que Gregoria no tenía con quién irse. Pedía eso que cualquiera entiende y mi madre quieta, con el corazón como de piedra, que no y que no, decía.

CAPÍTULO IV

A lo mejor todo esto que le cuento sucedió, doctora, porque mi madre creía que lo más importante era ese niño, pero ahora que lo pienso, el que he visto camino a San Pedrito la otra tarde, tiene a su madre que lo lleva de la mano y en cambio yo no tengo a nadie, ni padre, ni madre ni consuelo.

Mi hermana Luisa y yo, le rogábamos a nuestra madre que fuera buena con mi padre y con nosotras, que lo dejara hacer como quisiera, que estuviera con Gregoria en nuestra casa si quería, hasta que se le pasara, hasta que ella se le fuera de los pensamientos, y le pedíamos que no se enojara con él. Porque a mí me parece que el problema es que mi padre no podía botar a nadie de su corazón ni tampoco podía irse a cualquier parte con sus poquitas cosas y sus remembranzas, ni podía dejarla a mi madre ni a nosotras.

Pero todo sucedió así nomás, como le digo, dale llorar y llorar mi padre con la cabeza en las polleras de mi madre, sin decidirse, ni por una ni por otra. Hasta que se supo que Gregoria esperaba al niño y entonces mi mamá le dijo que tenía que irse nomás con ella y que todo estaba como debía ser y que acabara el lío de una vez. Y también se lo dijo a Gregoria: que tenían que irse los dos si se querían, que ya estaba bien, que era por el niño que debían irse, que nosotras ya estábamos crecidas. Que todo estaba bien así y que nadie se iba a enojar con nadie, que se haría como ellos quisieran pero en otra parte, eso es lo que dijo, que no hacía tanta falta que mi padre se quedara, que lo más importante era el niño que venía, el niño ése que era de los dos, y que ella entendía todo, menos lo de vivir amontonados, a todo lo demás ella lo entendía.

Que si se iban estaba bien, dijo mi madre, eso es lo que dijo. Pero a mí me parece que no estaba nada bien, porque después pasó lo que pasó y mi padre se colgó del árbol en el patio de aquel inquilinato y Gregoria se fue por su cuenta y nunca, hasta la otra mañana en que la he visto, supimos hacia dónde ni con quiénes.

Esa noche misma, la noche del día en que murió mi padre, Gregoria agarró sus cosas y tomó la calle, y no supimos ni hacia dónde iba. Mi madre se ocupó de los menesteres que debían hacerse y dijo en la funeraria que el velorio iba a ser en nuestra casa, y así es como se hizo.

Después las cosas fueron dimanando entre la pena y estas añoranzas, hasta que yo me enfermé de la cabeza, me llevaron a la Casa de Descanso y empezó a hablarme el doctor Freytes.

Así fueron las cosas, doctora, tal como le cuento, porque Gregoria vino un domingo a nuestra casa y nos trajo a todos este dolor que se nos ha quedado adentro, y esta rabia, y también el amor por estos cerros, y esto que no sé cómo se llama y que se me hace que no tiene nombre.

Llegó aquella vez a nuestra casa porque la habían echado los vecinos, después de un año de trabajar como sirvienta, y eso a nosotras nos dio pena, la cobijamos y nos hicimos las tres amigas de ella. Mi madre, Luisa y yo, las tres para quererla, hasta que mi padre también la quiso y la llevó con él, y se fueron los dos a vivir a ese inquilinato en Villa Adela, sobre la calle Azcuénaga, apenas pasando la avenida.

Salieron una mañana cuando Luisa y yo dormíamos, pero más que dormir yo me había hecho la dormida estando bien despierta. Me quedé mirándolos por las rendijas, con los ojos pegados a la espalda de ella y a su pelo. Y la seguí mirando, en la casa quieta, sin ladrido de perros ni de nada, mientras mi hermana dormía y mi madre estaba en otro cuarto. Y así seguí, como le digo, con los ojos en las rendijas de la ventana que da a la calle, hasta perderme en estos pensamientos y cuando quise verla otra vez, habían doblado la esquina y ya no estaban.

Me quedé mucho tiempo viendo que no veía nada, con los ojos pegados a la ventana que da a la calle, hasta que mi madre vino y me tocó la espalda, y me puso una mano sobre el hombro y me miró los pies descalzos y dijo que así me iba a enfermar.

Se fueron a esa casa en Villa Adela y vivieron los dos ahí por unos meses hasta que a él le dio esa maña, y sin que Gregoria ni nadie se diera cuenta, ni nosotras tampoco adivináramos, se trepó al árbol donde mi hermana y yo lo vimos esa tarde, colgando como un muñeco, como un pullay lleno de estopa o de ceniza.

Mi padre era portero de la escuela Gorriti, que es la que está en el bajo, pasando la costa del canal de riego.

Cuando se fue a vivir con Gregoria, él tuvo sus problemas, porque la gente empezó a decir que ésas no son cosas que pueda hacer un hombre que trabaja en una escuela, dejar a una mujer y a sus dos hijas para irse con una chiruza, eso es lo que decía la gente; porque como tiene lengua, la gente habla.

Pero después mi madre fue a la escuela donde mi padre trabajaba y explicó cómo eran las cosas, que no era como pensaban sino que ella había estado de acuerdo en que él se fuera y la cuidara a Gregoria porque ella no tenía a nadie y nosotras en cambio éramos tres y nos acompañábamos, y que además, a nadie tiene que importarle lo que uno hace ni tiene que importarle a uno lo que hacen los demás.

Gregoria volvió a nuestra casa, la tarde aquella de nuestra desgracia, y dijo eso que dijo, y yo sentí esta rabia y ese rumor en la cabeza que no se me fue hasta que llegué a esta tierra y sentí también este dolor que se derrama pero no se acaba nunca; este dolor como en los huesos.

Hay algo más que siento: celos dice mi madre que son, y mi hermana dice que es envidia, pero no es eso, es algo extraño lo que siento, porque Gregoria lo quiso a mi padre y él la quiso a ella, y todo eso me da a mí como un temblor, algo que no sé cómo se llama, que se me hace que no tiene nombre.

Gregoria entró aquella vez a nuestra casa como entraba antes, cuando vivía con nosotros y éramos las tres amigas de ella, mi madre, mi hermana Luisa y yo. Entró, como le digo, como había hecho siempre, pero era la primera vez que llegaba a nuestra casa después de irse con mi padre. No golpeó las manos, ni la puerta, ni dijo nada. Sólo dijo lo que venía a decir, sin llorar ni nada lo dijo, como era ella en aquel tiempo, muda como si fuera una piedra, una estatua de piedras de aquí de la Quebrada. Lo dijo y se fue, y nosotras nos quedamos viendo cómo se iba: tenía el caminar como en el aire. Llegó hasta

nuestra casa, entró por la puerta que da al patio y se paró ahí mismo. Con su cuerpo tapó la luz que venía desde el patio, mientras decía eso que dijo, eso que me martilla todavía, que no quisiera oír.

Para entonces, yo ya había cumplido los catorce y acaso por ganarme a mi padre o por no sé qué, ya la había dejado entrar en mi corazón, así que me quedé ahí, como le digo, mirándola, sin saber qué hacer ni qué decir, escuchando eso horrible que escuchaba, pensando que no podía ser verdad lo que decía, que Gregoria hablaba mentiras o no sé qué cosas hablaba.

Me quedé, como le digo, sin pensamientos ni decisión para echarla ni para escucharla ni para ni abrazar a mi madre, ni para salir corriendo.

Dijo eso nomás, con la cara extraviada, como de piedra, y con los ojos fijos. Extraviada, como si hablara alguien que yo no conocía, una persona nueva pero vieja, con una voz que venía como de adentro de ella. Y después se fue, así como vino, seca, y nos dejó a nosotras también como de piedra.

Mi madre salió corriendo tras ella hacia la casa donde Gregoria se había ido para estar con mi padre; corriendo hasta la pieza que habían alquilado en esa casa.

Primero se abrochó el vestido y salió detrás de ella, pero después, cuando había corrido un poco –en medio de la calle– se dio vuelta y nos gritó que nos quedáramos dentro de la casa, que por favor no la siguiéramos.

Era como un ruego eso que decía mi madre. Pero después demoró tanto para regresar que allá fuimos Luisa y yo, y no obedecimos más a nuestra madre porque no podíamos.

Fuimos las dos hasta la casa: yo que había cumplido los catorce y mi hermana Luisa que tenía doce. Y pasamos al patio a donde daban las piezas, y en el centro del patio estaba el árbol. Había gente alrededor y nadie hablaba o hablaban muy despacio y nosotras no entendíamos.

Era un algarrobo enorme ese que estaba en el centro del patio y ocupaba todo lo que había. Un algarrobo con las ramas hasta abajo, castigando el suelo. Pero más castigaba la rama de más alto, porque ahí estaba mi padre, colgado estaba de la rama, como si fuera un pájaro de esos que salen por la noche a chupar sangre o como un muñeco desarrapado y chueco, un muñeco de estopa o de ceniza colgando sin fuerza como las piernas mías.

Yo me di vuelta y con el pecho le tapé los ojos a mi hermana que tenía doce, y me tapé los ojos con las manos. Es por eso, porque tenía las manos ocupadas, que no pude taparme las orejas, y escuché a nuestra madre que gritaba porque no quería que lo viéramos de esa forma y en lugar de enojarse con él o con Gregoria, se enojaba con nosotras:

¿Por qué se han venido para acá, por qué, por qué?

decía, y no paraba de decir eso, en lugar de decir nada.

Gregoria estaba en la pieza, sentada en una punta de la cama, con la cabeza baja mirándose la panza. Y mi madre fue con ella, a la pieza que era de mi padre y se sentó del otro lado de la cama y las dos lloraban.

Nosotras no llorábamos, no nos salían las lágrimas, sino que estábamos ahí sin decir nada, como digo, a los pies de ellas, de nuestra madre y de Gregoria, las dos mujeres de mi padre, y nadie podía hacer más que estar en esa pena sin fondo y sin medida, hacer nada de nada sin permiso de la policía, que estaba ya en los menesteres.

Ha de hacer de esto como unos cinco años, o un poco más, por eso creo

que era ella la que iba camino a San Pedrito con ese niño de la mano. Yo no le vi la cara al niño, ni le vi nada, pero sé que era él, que era ese que vivía ya en su panza cuando mi padre se colgó del árbol.

Trajimos otra chica del norte

había dicho Tita Funes, en el barrio. Tita vivía en una casa cerca de la nuestra y había buscado a una chica para que trabajara de sirvienta. Antes habían tenido a otra que era de Santiago del Estero, pero tuvo un ataque de epilepsia y se la llevaron de regreso a su provincia. Por eso Tita Funes, esa vecina nuestra, dijo

trajimos a otra chica del norte.

Ese día mi madre lo contó en la mesa y mi padre dijo:

para servir, las de mi tierra

dijo eso, y también dijo *carajo*.

Lo dijo de una forma distinta a como hablaba siempre, y se levantó de la mesa y se sentó a fumar bajo la parra.

Como si hubiera sabido ya que la chica que iba a trabajar a la casa de Tita Funes iba a ser de su tierra, o como si hubiera sabido entonces lo que nos iba a suceder a todos. Pero no lo sabía, no, sino que ha de haber sido puro instinto, o las cosas del destino, como la gente dice a veces.

Así, de esa manera, fue que llegó Gregoria a la casa de los Funes, cerca de la que era en ese tiempo mi casa. Llegó una tarde de verano. Yo la vi detenerse bajo los paraísos para arreglarse el pelo, venía hacia nosotros, hacia nuestra vida. Venía con un bolso y una pollera clara, mirando para todos lados, y yo que estaba sentada en el umbral tomando fresco, desde lejos la vi y me la quedé mirando.

La encontrábamos siempre los domingos por la tarde, cuando salíamos con Luisa y con mi madre a conversar bajo los paraísos, o cuando íbamos a la plaza del barrio.

Un domingo que yo había ido sin nadie hasta la plaza, la encontré comiendo, sentada en una hamaca y le pregunté qué hacía siempre sola los domingos. Me dijo que era su día libre pero que no tenía dinero, ni tampoco a dónde ir, ni amigos en la ciudad, ni conocía los lugares, y que era por eso que se quedaba ahí hasta que terminara el día.

Esa noche, le pregunté a mi madre si Gregoria podía ir, en sus días libres, a comer con nosotros en la casa y mi madre dijo que por ella sí, pero que había que preguntarle a nuestro padre. Por eso, a veces pienso que a lo mejor fui yo la causante de todo, yo más que mi madre, porque fui yo quien le pedí a mi padre que la dejara venir y también porque fui yo quien la encontró en la plaza. No fue mi her- mana Luisa ni mi madre. Tampoco fue mi padre. Él sólo dijo,

si usted lo quiere así, hija, que venga a nuestra casa

Tiene razón, ¿qué va a hacer sola en la plaza los domingos?

dijo. Y entonces así fue, como le estoy contando, doctora. Yo le pregunté a mi padre si me dejaba llevarla a nuestra casa y él dijo que sí, y así es como

sucedieron las cosas.

Después cuando la dejaron sin trabajo, mi madre pensó que una boca más no era problema, y lo mismo pensó mi padre. Y los dos dijeron que había que cobijarla en nuestra casa. Ése fue el comienzo, así como le cuento, y así fue también que empezó todo.

Fue como le digo, por pura culpa mía que empezó el problema y Gregoria se metió en la vida de nosotros.

Llegaba en la mañana, los domingos, muy temprano, a la hora en que mi hermana y yo nos levantábamos, y ayudaba a mi madre a limpiar y a lavar trastos. Eso fue así, hasta que mi padre dijo un día:

Es nuestra invitada, no es nuestra sierva, Flora

le dijo así a mi madre, se lo dijo un domingo y mi madre se enojó un poco, y ya no le dio nada para hacer, nada de nada, y tampoco nos daba a nosotras los quehaceres, hacía todo ella sin pedir ni decir una palabra. Sólo en la cocina ayudábamos un poco a veces Luisa, Gregoria y yo, hacíamos bollos de anís o pasta frola, esas cosas.

Un día Gregoria hizo tortillas al rescoldo, como solía hacer mi abuela Rosa, amasó sobre la mesa que estaba en el patio. Harina, grasa, agua caliente, igual a como hacía mi abuela. Amasó cantando las bagualas que aquí se cantan, pero muy despacio, no como hacen acá las mujeres, sino muy despacio para que nadie la escuchara, pero mi padre la escuchó esa tarde.

Oyó su voz y se le torció el destino, o mejor dicho, se nos torció a todos: él se acercó y le pidió que cantara fuerte. A ella le dio vergüenza, me acuerdo bien de eso, y primero dijo que no, que los vecinos iban a oír y que ella no quería, pero después dijo,

si usted quiere, Juan

y cantó una baguala de las que aquí se cantan, con esa voz como de grito que tienen las mujeres acá.

Desde aquel tiempo, Gregoria empezó a cantar para nosotros, o mejor para mi padre, y empezamos a comer las comidas de aquí, humitas y tamales sobre todo, y ya no más las otras cosas que cocinaba mi madre.

Y las cosas siguieron de ese modo hasta que un día mi papá llegó con una caja, hecha con cuero de animal manchado, curtida con escupitajos de ginebra, según dijo, con palos de anchico y buenos tientos, para acompañar a Gregoria en sus cantares, y entre los dos hicieron una música triste pero linda.

Ella ha de tener diez años o doce más que yo y doce o más, tal vez catorce, que mi hermana Luisa. Recuerdo que era como diez años más grande que nosotras y unos diez más chica que mi madre y entonces, si yo ahora tengo dieciocho, ella ha de estar yendo hacia los treinta.

Cuando vino a nuestra casa, habrá tenido veinte, veintidós capaz que tuvo, y yo diez o doce, y van que vienen las cosas, pasó lo que pasó con mi padre cuando ella tenía veinte, según parece que eran, o veintidós capaz, y yo tenía doce o trece. Así que nos hicimos amigas las tres: mi hermana, ella y yo, y ella se hizo amiga nuestra, y también un poco de mi madre, pero más de mi padre se hizo amiga, porque estaba en el medio de nosotras por la edad que tenía y también por otras cosas.

Así fueron, doctora, durante mucho tiempo los domingos: ella llegaba y hacía dulce de limón, cidra o tortillas a las brasas. Mientras, cantaba bagualas, para mi padre cantaba, y él la acompañaba con la caja y era ése el mundo que teníamos.

Ella estaba entre nosotros, como le digo, lo estaba en aquel tiempo, y me parece que sigue estando también ahora. Yo tenía doce, como dije, doctora, y ella los que le digo que tenía, mi madre como diez más que ella, o doce capaz que eran, y mi papá también, como doce, o tal vez un poco más, y así seguimos todos, con ella entre nosotros.

Después, como sin darnos cuenta, sucedieron otras cosas, por- que los vecinos la dejaron sin trabajo y ella no tuvo a dónde ir, y yo pedí permiso para llevarla a nuestra casa, y mi padre y mi madre dijeron que yo tenía razón, que no podíamos dejarla así en la calle.

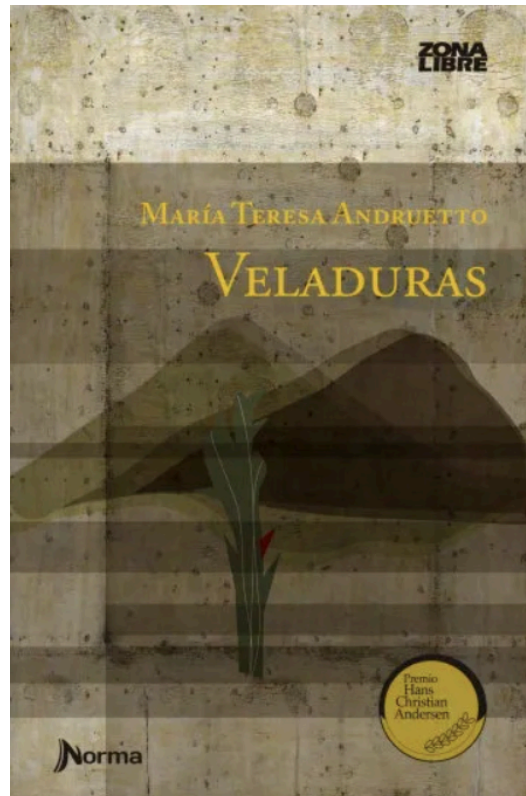
Hasta ahora, hasta esto que le he contado a usted, nunca me había puesto a recordarlo. Ni siquiera al doctor Freytes le había contado toda la pena junta, enterita, como se la estoy contando a usted. Ahora que lo pienso es como si, repasando, y repasando, me volvieran otra vez el pensamiento y la memoria. Y entonces, de este modo, creo que regresa todo lo que ha habido antes. Regresan también mi padre y mi abuela Rosa y todo esto que le estoy contando, y vuelven el modo y la manera en que Gregoria vino a nuestras vidas y empezaron a suceder las cosas que he contado, porque era así nuestro destino o porque tenía nomás que ser. Regresan, digo yo, las penas que tenemos para que uno las repare, les ponga pegamento con lo que sea y como fuera, con veladuras, con betunes o con falsos acabados, como se pueda se reparan, digo yo, que no es como uno quiere, sino como se puede. Vuelven las penas y penitas de uno, digo yo, para que uno las sobe muchas veces, hasta que queden lisas, suavécitas, y todo se ponga bien.

En: *Veladuras*, Grupo Editorial Norma, 2005

VELADURAS

María Teresa

Andruetto



A Josefina

*¿Fui yo algo en alguna parte? Dímelo,
porque no tengo quien lo diga: Ni madre, ni padre,
ni memoria.*

Horacio Castillo

CAPÍTULO I

Cuando vi a Gregoria se me vinieron encima los recuerdos y el tiempo en que vivía mi padre y llegábamos aquí a pasar las fiestas con mi abuela; las fiestas y también mi cumpleaños que es en febrero, para la época de los carnavales.

Llegábamos a San Salvador y ya antes de salir hacia Tumbaya se me aparecía el silencio de los cerros. Hubiera podido andar con los ojos cerrados, igual sabía que estábamos en La Quebrada, porque el silencio se me metía dentro de los huesos y había como un olor a melaza y a tamales por todas partes.

Mi abuela tocaba la quena y cantaba bagualas, pero eso era antes, cuando mi hermana y yo éramos chicas y veníamos acá y mi papá golpeaba la caja y tocaba el charango. Le había quedado eso de cuando era un niño, la música, que aquí es de la gente y es de todos.

Eso es algo que se le quedó adentro, doctora; como le queda a la gente de acá, y después lo guardó para siempre, en el pecho lo guardó, y se fue para la ciudad, buscando con qué ganarse el pan.

Así fue que mi padre llegó a Córdoba y allá anduvo solo, de un lado para el otro, sin casa y sin trabajo, haciendo un poco de todo, changas más que nada, hasta que se casó con mi mamá y consiguió ese trabajo de portero en la escuela que está pasando la costa del canal, cerca de donde era antes nuestra casa.

Aunque se fue de aquí cuando era joven, un muchacho casi, a mi padre se le quedó en el alma todo esto y quiso que nosotras guardáramos muy adentro la música de la Quebrada, las bagualas que son como un lloro de estas piedras, y el amor a los colores de acá, y a las cosas que tenía mi abuela, las cosas de adentro de uno, del corazón,

quiero decir. Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.

Veníamos con mi madre y con mi hermana y se nos amarraba el mundo de mi padre y todo esto se hacía más grande cada vez. Casi siempre llegábamos para el nacimiento del Niño, o unos días antes, para la época en que se preparan los pesebres en las casas, y se cubren las piedras con arpillera y después se esparcen con arcilla y con ceniza, y los pastores buscan sus trajes. Pero también solíamos venir en febrero, para carnavalear en las cacharpayas y para comer empanadillas y beber agua de chuño.

Siempre era así, como le digo, todas las veces era así: veíamos el nacimiento del Niño en el cerro y el pesebre que mandaba hacer el cura de Susques que es el poblado que está más cerca, y mirábamos a los pastores bajando el cerro, cabestreando las mulas bajo los candiles, y a la Pachamama, Baltasar y San José, bien acomodados en las laderas.

Después, cuando el Niño ya había nacido, mi abuela nos llevaba hasta Susques a oír la misa. Eso nos gustaba, porque también en la iglesia había música y nosotras teníamos el recuerdo de las bagualas y de los huainos, y el sonido de las quenas y los charangos y de todo lo que es de acá. Más amarrados tuvimos esos recuerdos que la memoria de mi madre y la de mis abuelos de Córdoba, más que ésa tuvimos esta memoria y todo sucedió de esa manera porque mi padre así lo quiso y a lo mejor porque lo quiso también así mi madre.

Gregoria también era de acá, sí que lo era, de aquí bien cerca, de estos cerros, y cantaba con voz chillona que es como cantan aquí las mujeres y nadie más canta en ninguna parte, esa voz como de grito que tenía mi abuela y que tienen las mujeres acá...

Si me voy pa'los cerros...

También a mí me gusta cantar, doctora, pero no tengo buena voz. Me parece que es por eso, porque Gregoria cantaba, que las cosas pasaron de ese modo entre mi padre y ella, que es como decir entre mi padre y este mundo que no se parece a ninguno. Digo esto porque mi mamá no cantaba ni hacía sus cacharritos ni las comidas que le gustaban a mi padre y que también a mí me gustan; ella no sabía hacer chanfaina, ni tamales, ni empanadillas de pelones, ni tabletas, ni dulces de cayote...

Cuando vi a Gregoria, camino a San Pedrito, otra vez se me vinieron encima los recuerdos. La vi de espaldas, un poco achaparrada, pero era ella y llevaba a un niño de la mano. Era de mañana, como las diez. Yo había ido a San Salvador a llevar estos ángeles que estoy reparando y a mostrar cómo habían quedado las pátinas. Como le digo, por el camino a San Pedrito la vi, subiendo el cerro, mientras arreaba a un niño de la mano. Un momento nomás y luego me distraje y entonces ella se volteó hacia alguna parte y dobló en una calle y la perdí.

Cuando olvidé por fin mis extravíos, quise apurarme y alcanzarla, pero ya no estaba en ningún sitio. Pensé primero si de verdad la habría visto, o si soy yo que a veces me pierdo en estos pensamientos, pero después me pregunté:

¿Cuántos años tendrá ese niño, Rosa?

Lo pensé un rato y me contesté que cinco. Y entonces me dije:

Es ella.

No le vi la cara, porque estaba de espaldas, pero sí las piernas y el cuello, y me fijé también en el pelo, como me fijaba antes, como la miramos aquella tarde mi hermana y yo, desde la ventana de nuestra casa, en Córdoba, viendo cómo se llevaba sus cosas.

En ese tiempo, ella tenía el pelo pesado, brillante, y le caía sobre la espalda hasta la pollera. Se lo corría de la cara con un amago, era como un vicio que tenía de tirarse el pelo hacia atrás, porque sabía que a mi padre y a nosotras nos gustaba. Luego venían las piernas flacas y un poco cortas y el cuerpo de colla, como tiene mi hermana y como acá tienen todas las mujeres.

Ahora el pelo ya no le cae hasta la pollera y me parece que tampoco tiene el brillo que tenía en aquel tiempo. Lo lleva atado en la nuca y también lleva sombrero de ala ancha. Yo, de atrás que estaba, le miré el cuello y la espalda y vi la mano que tomaba al niño y la manta de llama que llevaba y entonces supe que era ella, nomás la que era, como era antes.

No sé qué diría ahora mi padre si la viera, porque me parece que ha cambiado mucho, el andar que antes tenía se ha vuelto seguro, firme, y hasta me parece que no le ha quedado nada del miedo de aquel tiempo, y muy poco, por no decir nada, de la vergüenza que le daba mirar a la gente a los ojos.

Todo eso me parece que se le ha ido, que no le ha quedado ni siquiera un ramalazo, y que ahora todo lo que tiene –el andar, el pelo recogido y el sombrero negro de ala– es del modo y la manera que tienen las mujeres de acá.

Pienso en los ángeles de la Capilla y en las labores que voy haciendo, y en las veladuras y en las pátinas también pienso. Es lo que me viene al pensamiento, ahora que todo lo que tengo es lo que fue de mi padre y de mi abuela, desde que mi abuela Rosa arregló este rancho que era de su madre para protegerse de las ventoleras y aquí trajo sus llamas y sus guanaquitos y se instaló, antes que pasara un hombre que iba hacia el norte se instaló, antes que la preñara el hombre, y desde aquel tiempo esto fue de ella y de mi padre y ahora es también mío.

En este último tiempo he aprendido a hacer las veladuras y a dorar. Es lo que encontré cuando vine a vivir al norte, después que amainó la pelea con mi madre y empezaron a acabar las discusiones. En cambio, todo lo que le cuento comenzó hace mucho, cuando Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era, y entonces pasó aquello con mi padre.

Como le digo, todo empezó por aquel tiempo y terminó, es un decir, muchos años después, cuando saqué el dinero de la Casa de Descanso y me escapé. Entonces fue que vine para este lado y hablé con las monjas para hacer estas pátinas y estos falsos acabados que bien les quedan a sus ángeles y a los santos de la Capilla.

Luego, una vez que arreglé lo del trabajo en el taller de las hermanas, vine hasta aquí, a vivir en los linderos de Susques, a la casa que era de mi abuela, y empecé a trabajar.

Desde entonces bajo una vez al mes hasta Jujuy: me lleva un capataz que viene desde Jama, el paso que está más arriba, para el lado de Chile, y él mismo me regresa al otro día cuando vuelve hacia el alto. De este modo me traigo las labores y hago los falsos acabados, en el silencio de las piedras, lejos de los chillidos de esos pájaros que me perseguían en la ciudad, unos graznidos que llegaban de quién sabe dónde y me turbaban.

Estoy muy agradecida a las monjas, porque fueron ellas las que me enseñaron a arreglar lo que estaba roto, a componer las imágenes y reparar lo más menguado, lo que suele echarse a perder. Ahora que he aprendido, me dan ya por fortuna las imágenes y entonces yo las traigo aquí donde trabajo, entre estos cerros, en estos linderos que están cerca de Susques, apenas más abajo del Paso de Jama, como ha visto, en medio mismo del silencio, lejos de los gritos de esos pájaros que nunca supe si venían de afuera o venían de adentro.

CAPÍTULO II

Cuando estaba allá en Córdoba, en la Casa de Descanso, cerca de donde era antes nuestra casa, donde viven mi hermana y mi madre y donde también vivía yo, una monja que se llama Estela, a la que quiero mucho, me dijo que se mudaba para el norte, y me indicó dónde buscarla si yo estaba sola y llegaba a venir para estos lados.

Así fue que llegué a San Salvador y busqué la calle Virgen de las Nieves y en la calle el taller de las hermanas y en el taller a la hermana Estela, la que me dio la estampa del Santo aquella vez para que yo la compusiera.

La hermana Estela me había dicho que la buscara a ella y eso es lo que hice. Llegué sin nada, sin enseres ni ropa ni nada, con mis solas ganas de venir para acá, y con esa nada que traía fui al taller y pregunté por ella. Lo recuerdo bien: me hicieron que esperara y me quedé en la sala, con un poco de frío y otro poco de sueño por la mala noche, con la cabeza sin pensar en nada.

Yo estaba sola, ¿sabe?, sola en el mundo, sin padre, sin madre y sin memoria, tratando de olvidar lo que había vivido antes cuando estaba con mi madre y discutíamos, y también lo que había pasado con mi padre. Totalmente azorada estaba, confundida todavía por lo sucedido, cuando levanté la cabeza y vi, por la puerta entreabierta, la sala del convento y en la sala una mesa larga con las patas torneadas, y encima de la mesa unos botes con ungüentos.

Le aseguro que eso es algo que no se puede olvidar. No se puede, doctora. Esos colores en los potes, esos que vi con estos ojos dando brincos. Así es como sucedieron las cosas que le digo: me levanté de donde estaba sentada y me acerqué a la puerta, pasé al taller y me arrimé a la mesa. Eran como coyuyos el pan de oro, los ferrites y la purpurina, el tierra sombra, el azul talo, el blanco de titanio... y el mordiente con ese olor que se le mete a uno adentro.

Había también un color plata, un azul cobalto y el granate, eso es lo que supe después, cuando aprendí a distinguir las sustancias, los colores y las marcas; y vi también que había óleos, témperas y acrílicos, que no son naturales pero igual relumbran.

Antes de eso, yo sólo había visto lo que se usa en la escuela, colores de lápices o témperas, y los que tenía aquí mi abuela Rosa para sus cacharros, el negro y el terracota, pero nunca jamás había visto el pan de oro que es lo que se necesita en la Capilla para cubrir las estampas de la Virgen y para las composiciones de los santos y las santas, ni tampoco conocía el azul talo, ni el azul cobalto, ni otros azules que existen, ni el granate.

Me gusta hacer las veladuras y también los falsos acabados. Falsos acabados, así es como los llaman, porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y cogollos... aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien.

No sé qué piensa usted, doctora, pero a mí se me hace que es también así la vida. Yo se lo dije una vez al doctor Freytes, cuando estaba allá en la Casa de Descanso: primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto. Por eso pienso algunas veces que si pudiera hacerme yo misma a mí unas pátinas como estas que les hacemos a los ángeles, si pudiera pasarle pan de oro a lo que ha perdido el brillo, si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.

Me gustan estos menesteres, porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto. Una vez que recompongo y acomodo lo que se ha deshecho, paso el pan de oro y luego cubro con betún. Se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador, para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.

Cuando se seca lo que he pintado, lo sobo bien para que quede apenas un poco, para que no se cubra por completo, porque es así como se ve mejor. Todo esto que he aprendido a hacer, estas veladuras, son nomás para que lo nuevo se vuelva viejo, como los ángeles de la Capilla.

No sé qué piensa usted, pero a mí me parece que es al revés de lo que pasa en la vida, donde el dolor que a uno le ha sucedido antes, y antes de antes, parece que naciera siempre por primera vez.

Hubo un tiempo en que éramos felices y yo estaba bien, tenía mis alegrías y me sentía sana. Pero después pasaron esas cosas que pasaron, y murió mi padre, y Gregoria se fue sin decir una palabra, y empezaron las discusiones con mi madre.

No fue cuando murió mi papá que me enfermé sino más tarde, cuando pasó el tiempo y vinieron las heladas y yo empecé a darme cuenta de que él se había ido para siempre de nosotras y de nuestra vida y de que tampoco estaba Gregoria, ni había alegría en nuestra casa como la había habido antes.

Fue en aquel tiempo que empezó eso que me subía a la cabeza, esos malos pensamientos que me traían unas ganas muy grandes de morirme también yo, ganas de no estar ya en ninguna parte porque no tenía dónde ir o no quería, ni me gustaba vivir en nuestra casa, ni con mi hermana y con mi madre.

La primera vez que me enfermé estaba en la escuela: vinieron unos pájaros a entrarse en mi cabeza y a barruntar mi pena, y a mí me daban miedo. La directora dijo que no había ningún pájaro en ninguna parte pero como yo decía que sí y que sí, ella llamó a los de emergencia y me pusieron unas inyecciones y entonces me dormí por muchos días.

Después de eso, me agarró una rabia muy grande con mi madre, porque se quiera o no se quiera, fue ella la que lo dejó a mi padre, ella la que lo obligó a irse con Gregoria. Mi madre dijo un día que él tenía que vivir en otra parte, que no se podía de otro modo. Y entonces yo, aunque desmejorada y con mis medicinas, quise irme con él y con mi abuela, pero no podía porque ya no estaban.

En ese tiempo yo no sabía que vendría a vivir a La Quebrada, no se me venía eso a la cabeza, porque me había quedado como sin pensamientos. Entonces empecé a hablar de los muertos y buscaba estar con ellos y todo eso la asustó a mi madre hasta que, de tanto andar por todas partes, se presentó a la oficina del Gobierno y un doctor y la asistente me llevaron a la Casa de Descanso donde trabaja el doctor Freytes. Entonces me internaron, y así fue como yo lo conocí al doctor.

Estuve en aquella Casa muchos meses, ya no recuerdo cuántos porque cuando se sufre, el tiempo pasa de un modo extraño. Sí recuerdo que me cuidaban las hermanas para que yo no me dañara, hasta que empecé a comprender cómo eran las cosas y me fui curando un poco.

Una tarde, mientras tomaba la merienda bajo la galería, vi una estampa de San Gabriel en las manos de la hermana Estela. Yo había soñado con el santo en otra noche, y entonces le pedí la estampa de la que hablo, pero la hermana Estela dijo que el santo no, que el santo estaba sano, y me mostró un ángel que ése sí estaba roto. Y así fue que yo empecé a repararlo, y le di comienzo a

estas labores, con estas ganas que me vinieron poco a poco, de hacer estas cosas que me gustan y estos menesteres que ahora hago.

Desde el comienzo, yo lo quise mucho al doctor Freytes porque mi madre me llevó hasta donde él estaba y apenas me revisó y conversó conmigo —estando yo presente— le dijo a ella que no se resintiera, que todo lo que sucedía era que yo estaba azorada y confundida por lo que había pasado y que dejara de decir que yo no era capaz de comprenderla, que era ella la que tenía que entenderme a mí y a mi dolor, hasta que cuajara.

Eso fue lo que dijo, doctora, que él sabía bien que lo de mi padre nos dolía a todas pero que peor era para mí, porque yo estaba enferma, y así fue como hizo que mi madre empezara a comprender y ya no me reprendiera. Fue así, como le estoy diciendo: ella dejó de decir que yo no ponía fuerzas en curarme y todas esas cosas que decía, y me dio al fin su bendición.

El doctor Freytes fue también el que le dijo a mi madre que amasar el barro y cocinarlo y hacer las pátinas que ahora hago era un buen remedio para mí, que era el único remedio, dijo, y que era bueno re parar los ángeles y todas estas cosas que reparo, que me ocupaba la cabeza en otra cosa y me hacía mirar hacia adelante,

es el mejor remedio

dijo, y a mí eso me gustó porque así es como fui aprendiendo yo estos menesteres y estas labores que hago y bien me salen.

Por el tiempo en que Gregoria vino a vivir con nosotros, mi madre empezó a trabajar en lo de doña Crista, para limpiarle la casa y hacer el lavado, porque doña Crista se había puesto vieja y no podía ya con todos sus quehaceres. Eso fue, pienso yo, una parte del problema, porque nosotras teníamos que ir a la escuela en la mañana y nuestro padre trabajaba por la tarde, así es que en las mañanas se quedaba solo con Gregoria, los dos cantando esas canciones, juntos los dos, y entonces así ha de haber sido que a mi padre le nació otra vez el amor por esta tierra y el amor también por ella. Pero de todo eso mi madre no se dio ni cuenta, si no, yo creo que ella hasta hubiera sido capaz de decirle que no a doña Crista, por más que necesitara sus pesitos.

Así fue, doctora, que todos seguimos de ese modo, como si nada, mientras Gregoria y mi padre se enamoraron, porque mi madre no pensó que mi papá era también nuestro, que nos pertenecía, y que ella tenía que cuidarlo, por ella y por nosotras. Así son las cosas, pienso yo, a medida que me aquerencio aquí en el norte. Por ejemplo esto que hago para los santos y las santas no es un asunto sólo mío, es también de los promesantes que van a verlos en la Capilla y les rezan pidiendo ayuda, porque nada es de uno para siempre, como ha creído a lo mejor mi madre, sino que cada cosa requiere su cuidado.

Eso es, por lo menos, lo que siento yo, y por eso le hago mis ruegos a la Virgen de la Candelaria, porque uno es de muchos y de nadie a un solo tiempo y a una misma vez, y entonces, como pienso algunas veces, yo soy de mi padre y de mi abuela Rosa, pero también soy un poco de mi madre, aunque a veces eso no me guste.

Es en esto que trabajo yo, como lo ha visto, en hacer que lo nuevo se vuelva viejo, como de mucho antes, como si estuviera viejo y vivo a la misma vez. Es lo mismo pero distinto a lo que me enseñaba el doctor Freytes, porque él me dijo una mañana que lo que él hacía era buscar, adentro de uno, los dolores viejos, y ayudar a sacarlos fuera y a volverlos nuevos, como si no hubieran pasado antes sino ahora mismo. Al revés de lo que hago con los ángeles,

donde lo nuevo, después de las labores se vuelve viejo, y es nuevo y viejo a la misma vez.

Así es como estos ángeles y estos cerros son ahora lo único que tengo. Ahora que mi padre ya no está y que tampoco está mi abuela, ahora que mi madre se quedó en la ciudad, con mi hermana Luisa y con los abuelos de Córdoba, ahora que se enojó conmigo porque no quiero estar con ella y que me fui de la Casa de Descanso sin decir ni preguntarle a nadie, y me vine para acá, para estos cerros, sin consultarla y sin que lo supiera nadie, hasta ahora que ha venido usted.

Haber venido acá, a este lugar, es algo que, como le digo, no le he consultado a nadie. Tampoco al doctor Freytes, porque si no, él se lo hubiera dicho a mi madre y ella hubiera ido a buscarme o alguna otra cosa hubiera hecho.

Salí de la Casa de Descanso a la hora en que daban la merienda y fui hasta el parador a tomar el micro que viene para el norte, y mientras, me quedé apeñuscada para que ninguno me viera. Hacía mucho frío, me acuerdo, y yo tenía la cara bien envuelta con una manta de mi abuela Rosa, de lana de sus propias llamas. Por eso sé muy bien que no me ha visto nadie. Subí al micro y saqué pasaje hasta Jujuy con un dinero que tenía de hace tiempo, que había juntado y que era mío pero lo habían guardado en la secretaría y yo lo saqué en un descuido de la ecónoma.

Vine a Jujuy, a buscar a la hermana Estela que estaba acá y traje el papel que ella me había dado, con la dirección del taller:

Taller de San Salvador. Calle Virgen de las Nieves. Frente a la plaza.

decía ese papel.

La hermana Estela me había dicho que la buscara y eso es lo que hice, porque llegué así como me ve, sin nada, sin mis enseres ni nada, con mis solas ganas de venir para acá. Fui al taller y pregunté por ella. Me hicieron que aguardara y yo esperé, acurrucada y quietecita, sin imaginar lo que vendría. Estaba sola, como le he contado, sin padre, sin madre y sin pensamientos, tratando de borrarle de la cabeza lo que había vivido, confundida por todo, cuando miré la puerta y tras la puerta medio abierta, vi la mesa del taller donde estaban expuestos los ungüentos, los colores con su algarabía, y comprendí que haría estas labores para siempre.

Los colores en los pots: yo los vi con estos ojos como coyuyos. Nunca había sabido de algo así, nomás supe de las témperas y los lápices que se usan en la escuela y lo que tenía aquí mi abuela Rosa, tinta negra o terracota, pero nunca había visto en esta vida el pan de oro que es lo que se usa en la Capilla. Tampoco había olido nunca los mordientes, así que sin saber qué hacer y como poseída, tomé un pote y puse ahí la cara, estas narices, y en eso entró la monja y me dijo que los ungüentos suelen ser veneno, lo mismo que algunos óleos, que no todo lo que se ve lindo es bueno, que hay que tener cuidado con el cadmio y el mixtion y con muchas otras cosas también hay que tener prudencia. Que lo que más importa es la prudencia, dijo.

También en la vida lo que parece lindo a veces es como un mordiente y lo feo en algunas ocasiones dimana lindo, como estas pátinas y estas veladuras que he aprendido a hacer ahora.

Cuando me dan las láminas y las traigo para la Quebrada, hacia esta

hondonada donde está mi casa, primero las reparo bien con pegamento y las pulo con una piedra lisa. Después paso témpera azul o verde talo, y refriego todo con lana de alambre como si me viniera mucha rabia. Más luego echo nocina y sobo con pan de oro y betún de Judea, y así es como después de mucho maltratar las pertenencias, todo queda bien.

Lo mismo le pasa a uno, me parece: maltrata el alma hasta que la pena queda lisa y toma su color de oro o de nogal. Eso es lo que le dijo el doctor Freytes a mi madre: que tenía que sobarme mucho y entenderme, que ése era el modo en que mentaba yo las cosas, como habían sido para mí, y que tenía que darme su bendición.

Es por todo esto que voy diciendo, doctora, y por las discusiones con mi madre, que yo he venido al norte, y que empecé a hacer estos trabajos. Yo sé que a esto que hago, a estas labores, mi madre no las entiende. A ella le parece que yo tendría que estar sana, que ya pasó lo que pasó y que hay que ponerle el pecho a lo hecho. Es lo que dice, y así también dicen mis abuelos de Córdoba. Yo sé también que ella lo quiso a mi padre, a eso no lo discuto, sé que es así aunque a veces no parezca, pero la vida de ella es de otro modo y no es del mío, del de mi hermana sí es, se quiera o no se quiera el de mi hermana sí es el modo de mi madre.

Me pusieron el nombre de mi abuela, así me llamo, y eso es lo primero que me viene al pensamiento. El mismo nombre y el apellido, que es también el apellido de mi padre, porque mi padre no ha tenido padre. Tengo su nombre y me gustan las cosas que a ella le gustaban, y tengo estas facilidades de hacer mis cacharritos como ella hacía y de cocerlos con leña de llama y de guanaco. Y también tengo de ella el amor por estos cerros, por los ferrites y la arena roja y amarilla... No sé qué cree usted ni por qué será que pasó esto de parecerme tanto a mi abuela Rosa, si es porque me pusieron su nombre, o es nomás porque así tuvo que ser.

Me llamo Rosa, como le digo. Y mi hermana se llama Luisa. También mi abuela se llamó Rosa. Rosa Mamaní. Y crió solita a mi padre, lo que se dice sola. Lo tuvo, dicen, de un hombre que pasaba, que la preñó y siguió de viaje; de paso iba y así siguió, y ni siquiera un nombre, ni el apellido siquiera le dejó a mi padre. Era un hombre blanco, dicen, por eso mi padre es mezcla; pero mi abuela no, ella era colla pura, verdadera.

Todo esto que le cuento pasó antes, antes que mi padre se fuera a la ciudad, antes que empezara como portero en la escuela que está en el bajo, más allá del canal de riego y trabajara ahí. Antes de todo, digo, cuando vivía mi abuela y era joven y pasó por acá un hombre que iba al norte, más hacia el norte de la Quebrada dicen que iba, para Bolivia, para el lado de Santa Cruz dijo mi abuela, y entonces la preñó, y así nació mi padre.

CAPÍTULO III

Vi a Gregoria y me vino esta remembranza de mi padre y de mi abuela, tal vez porque ella iba con su hijo de la mano, su hijo que es también de nosotros, se quiera o no se quiera.

Cuando yo era una niña y antes todavía, cuando era una guagua, mi abuela hacía barro y lo amasaba para armar sus cacharritos, y me enseñó. Así empecé yo a trenzar el barro, un chorizo sobre otro hasta completar una vasija, como ahora hago, como hace todavía acá la gente, como se hacía en muchas partes hasta hace un tiempo, antes que todo se perdiera.

Luego mi abuela me prestaba un anillo que tenía y yo lo mojaba con una escupidita y sobaba el barro, hasta pulirlo. Después hacíamos fuego las dos con leña de llama, con el guano de sus propios animales, y en el fuego cocíamos las piezas que salían cada vez más lindas.

Tal vez por eso me llamo igual que ella, porque me gustan las cosas que a ella le gustaban, y acaso mi padre y mi madre lo sabían y por eso me pusieron este nombre. Aunque el doctor Freytes decía que no es eso, que es al revés de todo esto que digo, que a mí me gusta hacer las piezas y cocerlas y practicar estos menesteres por- que me dieron este nombre y entonces, aunque no me parezca a ella, de la parte de afuera y de la cara, soy como mi abuela Rosa y como mi padre, y como Gregoria casi estoy diciendo, y esto me pasa porque me llamo Rosa Mamaní, como le he dicho, y me gustan estas cosas que me gustan.

No sé qué dirá usted, pero eso es lo que dijo el doctor Freytes, que no es al revés, como decía yo, sino así como es, y que a uno le gusta lo que quiere porque es así y no por otra cosa.

Cuando a mi abuela le dio el ataque al corazón y se murió, y se cerró esta casa donde ahora vivo, y más aún después, cuando murió mi padre, yo me quedé sola y me enfermé, de la cabeza dicen que enfermé pero yo digo que es del alma, y entonces mi madre me llevó a la Casa de Descanso, por un tiempo nomás dijo mi madre, y ahí fue que me dieron unas medicinas que yo tomaba sin pensar en nada, a pura pena nomás, mirando hacia las sierras, hacia la nada mirando sin pensar, o pensando más bien cómo era antes cuando todos estaban.

Mi madre no comprende que yo quiera estar con los que han muerto y no con ella y con mi hermana Luisa, ni tampoco que yo sea de esta forma que tengo, de este modo que tiene la gente de acá, de la Quebrada. Así fue que de tanto no entenderme nadie que estuviera vivo, yo encontré ese ángel y lo reparé y desde entonces dejé todo y me vine para acá, para estos cerros.

Yo estaba en la Casa de Descanso, bajo la galería, mirando hacia las sierras, mientras esperaba que me dieran la merienda, y entonces pasó la hermana Estela con unos papeles en la mano, unos papeles y una lámina. Era una imagen del Arcángel Gabriel la que llevaba, y estaba rota, pienso que tal vez la llevaría para tirarla en un canasto, por eso fue que yo le demandé la lámina y reparé lo que estaba roto y eso me dio alegría.

El doctor Freytes le dijo a mi madre aquella vez, que hacer cualquier trabajo con las manos era bueno para mí, que me llevara témperas, lacas, cartones y papeles, para que yo reparara también otras imágenes, así que ella tuvo que comprender que eso me hacía bien, que lo único que me curaba era ese trabajo con las láminas, el único remedio.

El doctor Freytes también le dijo a mi madre que me dejara venir a la Quebrada, que acá yo iba a encontrar lo que buscaba, que cualquier cosa fuera lo que yo buscara estaba acá; pero mi madre dijo que no,

no puede ser doctor, no puede ser

es lo que dijo, y otra vez que no, y por eso yo no dije nada, nada de nada, y me vine para estos lados, sin contarle a nadie.

No me parezco físicamente en nada a mi padre, ni tampoco a mi abuela Rosa, y eso es lo que me da rabia, doctora, porque soy medio gringa del cuerpo y de la cara, y todos dicen que soy parecida a mi madre. En cambio mi hermana Luisa se parece a ellos, de afuera digo, porque en lo demás no quiere

saber nada de este mundo de acá que a mí me llama como una voz de adentro.

A lo mejor mi hermana no quiere ser de este mundo porque tiene la cara de ellos, los ojos de mi padre y el mismo color en el pelo y en la piel, y entonces, así es más fácil decir que no le importa.

El doctor Freytes, el médico de la Casa a la que me llevaron, dice que estos gritos, estos chillidos en la cabeza, son por eso que le pasó a mi padre, y así ha de ser porque desde que mi padre hizo aquello en el inquilinato, me viene a mí esto al pensamiento.

Antes de que pasara lo del árbol, antes de que Gregoria llegara a nuestra vida, antes de ir nosotros a esa casa a donde él se había ido para estar con ella, antes de ver a mi padre ahí, como un muñeco sin forma y sin mensura, antes de todo eso, yo no era así ni se me iban de este modo las ideas, ni me confundía, ni sentía estos chillidos que ahora siento ni nada de lo que se me viene ahora a la cabeza. Ni tampoco me daba esta rabia que me da algunas veces pensar en mi madre.

La bronca con mi madre empieza con eso que ella hizo. Si lo hubiera cuidado a mi padre, que era de ella y era de nosotras, él no se habría ido con Gregoria ni con nadie, pero mi madre insistió en que tenía que vivir en otra parte, y no fue capaz de hacer que él nos durara.

Es que ella no comprende que mi padre no era sólo suyo, sino que era también nuestro. Yo he hablado en un tiempo de estas cosas con mi hermana Luisa pero no hemos llegado nunca a algún acuerdo, porque ella dice que no es así, que por más que mi madre hubiera dejado que él se quedara en nuestra casa, las cosas igual no hubieran andado y lo mismo mi padre hubiera hecho lo que hizo.

Eso es lo que dice mi hermana Luisa cuando le da por hablar y es por eso que ella y yo estamos ahora en desacuerdo.

Yo pienso en cambio que, se quiera o no se quiera, la culpa es de mi madre que dijo aquella tarde que mi papá tenía que irse con Gregoria si la quería a ella, que no podía estar con las dos en nuestra casa, que eso no era bueno para nadie. Digo que la culpa es de ella, porque yo le pedí que no lo echara, me acuerdo bien de eso, le rogué que lo dejara así como él quería, del modo suyo nomás, así seguía con nosotras, pero mi madre dijo que no, que un hombre no puede tener a dos mujeres en la misma casa, que a veces se puede sí, que algunos lo hacen, pero en casas distintas, porque si están todos juntos después vienen los problemas.

Lo que pasó es que ella le dijo a mi padre que se fuera y él manifestó que no quería, porque las necesitaba a las dos y también porque en la casa estábamos nosotras. Y al fin, como le digo, por culpa de mi madre, obligado por ella, él tuvo que decir que se iba nomás.

Se hará como usted diga, Flora

es lo que dijo mi padre aquella tarde y buscó una pieza en el inquilinato de Villa Adela, uno que está sobre la calle Azcuénaga, y para allá fue con Gregoria.

Recuerdo que nos llamó esa siesta y nos sentamos bajo el emparrado, recuerdo también que estuvo llorando con nosotras, y que nosotras también lloramos. En un momento de esa tarde, yo le pedí otra vez que se quedara, pero él dijo:

No se puede contra lo que no se puede

y dijo también que Gregoria esperaba un niño y que con eso ya estaba todo dicho.

Ahora que ha pasado el tiempo, que han pasado los años pero no la pena, a mí me parece que fue eso lo que ahogó a mi padre. La tristeza por mi madre y por nosotras, por Gregoria y por los recuerdos de este mundo de acá, de la Quebrada, que era más el mundo de él que el de nosotras, que era de Gregoria también y de mi padre, como antes había sido de mi abuela, este mundo y este modo que son ahora también míos.

A veces pienso que cuando él vio a Gregoria por primera vez y más tarde, cuando ella vino a vivir a nuestra casa porque la echaron de donde trabajaba o porque el destino así lo quiso, él se encontró tal vez con lo que era, con el mundo de acá y el de mi abuela, con estos cerros y estas bagualas que Gregoria cantaba y que mi abuela había cantado también en otro tiempo.

*Ramito de albahaca,
Niña Yolanda,
dónde andará.*

Mi padre la escuchaba cantar esos cantos que él también cantaba, ha de haber escuchado otra vez cómo suena este mundo que él mentaba siempre, porque no había en ninguna parte lunas como éstas que nacen sobre el cerro, y porque –bien sabe– el cielo de acá, de estos linderos donde ahora estoy con mis enseres, es más celeste que ninguno y tiene su escarchado de estrellas por las noches. Y también porque hay sobre estas piedras colores que, en la ciudad, ni puede uno imaginarse.

Yo sé que a mi padre le era difícil renunciar a todo esto y que aquí estaban sus cosas y su mundo, porque nosotras tuvimos a nuestra madre, hay que decir lo que es, la tuvimos, se quiera o no se quiera, pero Gregoria no tenía a nadie. Entonces es claro que él tuvo que quererla a ella, más que a nosotras tuvo que quererla, porque ella era del mundo de él, del mismo mundo y del mismo modo era, y estaba sola, porque cuando vino a nuestra casa estaba sin familia y no tenía padre, era como mi papá estoy pensando ahora, porque la había criado su madre, como mi abuela lo crió a mi padre, y estaba con nosotros cobijada y entonces pasó lo que pasó.

Dónde iba a estar Gregoria si no era con mi padre, me pregunto yo, doctora, ella tenía que estar con él, no había otra manera, y así fue que sucedieron las cosas.

Mi madre no fue capaz de entender eso, ni de dejarlo en nuestra casa con Gregoria y con todo lo que él quisiera, hasta que ella se le alejara de los pensamientos, para que así y de ese modo mi padre no se fuera de nosotras, ni de nuestra casa y no pasara después lo que pasó.

Es por esto que pienso a veces que la culpa de todo es de mi madre, y por eso es también que me vine para la Quebrada a hacer mis cosas y encontrarme con lo que era mío, con esto que es como encontrarme conmigo y con mi padre.

Culpa de mi madre es, yo pienso a veces, porque se le había puesto en la cabeza que Gregoria no podría estar en nuestra casa, que si mi padre la elegía a ella, no podíamos estar con él, por más que mi madre lo quisiera perdonar, no se podía. Que perdonarlo sí, decía mi madre, pero vivir todos amuchados

como él quería, eso ya no, mi madre no podía.

No se puede contra lo que no se puede.

Y mi padre que en lugar de enojarse lloraba con la cabeza sobre sus polleras y le pedía que lo perdonara, y más que perdonarlo que lo dejara quedarse con Gregoria en nuestra casa, que Gregoria no tenía con quién irse. Pedía eso que cualquiera entiende y mi madre quieta, con el corazón como de piedra, que no y que no, decía.

CAPÍTULO IV

A lo mejor todo esto que le cuento sucedió, doctora, porque mi madre creía que lo más importante era ese niño, pero ahora que lo pienso, el que he visto camino a San Pedrito la otra tarde, tiene a su madre que lo lleva de la mano y en cambio yo no tengo a nadie, ni padre, ni madre ni consuelo.

Mi hermana Luisa y yo, le rogábamos a nuestra madre que fuera buena con mi padre y con nosotras, que lo dejara hacer como quisiera, que estuviera con Gregoria en nuestra casa si quería, hasta que se le pasara, hasta que ella se le fuera de los pensamientos, y le pedíamos que no se enojara con él. Porque a mí me parece que el problema es que mi padre no podía botar a nadie de su corazón ni tampoco podía irse a cualquier parte con sus poquitas cosas y sus remembranzas, ni podía dejarla a mi madre ni a nosotras.

Pero todo sucedió así nomás, como le digo, dale llorar y llorar mi padre con la cabeza en las polleras de mi madre, sin decidirse, ni por una ni por otra. Hasta que se supo que Gregoria esperaba al niño y entonces mi mamá le dijo que tenía que irse nomás con ella y que todo estaba como debía ser y que acabara el lío de una vez. Y también se lo dijo a Gregoria: que tenían que irse los dos si se querían, que ya estaba bien, que era por el niño que debían irse, que nosotras ya estábamos crecidas. Que todo estaba bien así y que nadie se iba a enojar con nadie, que se haría como ellos quisieran pero en otra parte, eso es lo que dijo, que no hacía tanta falta que mi padre se quedara, que lo más importante era el niño que venía, el niño ése que era de los dos, y que ella entendía todo, menos lo de vivir amontonados, a todo lo demás ella lo entendía.

Que si se iban estaba bien, dijo mi madre, eso es lo que dijo. Pero a mí me parece que no estaba nada bien, porque después pasó lo que pasó y mi padre se colgó del árbol en el patio de aquel inquilinato y Gregoria se fue por su cuenta y nunca, hasta la otra mañana en que la he visto, supimos hacia dónde ni con quiénes.

Esa noche misma, la noche del día en que murió mi padre, Gregoria agarró sus cosas y tomó la calle, y no supimos ni hacia dónde iba. Mi madre se ocupó de los menesteres que debían hacerse y dijo en la funeraria que el velorio iba a ser en nuestra casa, y así es como se hizo.

Después las cosas fueron dimanando entre la pena y estas añoranzas, hasta que yo me enfermé de la cabeza, me llevaron a la Casa de Descanso y empezó a hablarme el doctor Freytes.

Así fueron las cosas, doctora, tal como le cuento, porque Gregoria vino un domingo a nuestra casa y nos trajo a todos este dolor que se nos ha quedado adentro, y esta rabia, y también el amor por estos cerros, y esto que no sé cómo se llama y que se me hace que no tiene nombre.

Llegó aquella vez a nuestra casa porque la habían echado los vecinos, después de un año de trabajar como sirvienta, y eso a nosotras nos dio pena, la cobijamos y nos hicimos las tres amigas de ella. Mi madre, Luisa y yo, las tres para quererla, hasta que mi padre también la quiso y la llevó con él, y se fueron los dos a vivir a ese inquilinato en Villa Adela, sobre la calle Azcuénaga, apenas pasando la avenida.

Salieron una mañana cuando Luisa y yo dormíamos, pero más que dormir yo me había hecho la dormida estando bien despierta. Me quedé mirándolos por las rendijas, con los ojos pegados a la espalda de ella y a su pelo. Y la seguí mirando, en la casa quieta, sin ladrido de perros ni de nada, mientras mi hermana dormía y mi madre estaba en otro cuarto. Y así seguí, como le digo, con los ojos en las rendijas de la ventana que da a la calle, hasta perderme en estos pensamientos y cuando quise verla otra vez, habían doblado la esquina y ya no estaban.

Me quedé mucho tiempo viendo que no veía nada, con los ojos pegados a la ventana que da a la calle, hasta que mi madre vino y me tocó la espalda, y me puso una mano sobre el hombro y me miró los pies descalzos y dijo que así me iba a enfermar.

Se fueron a esa casa en Villa Adela y vivieron los dos ahí por unos meses hasta que a él le dio esa maña, y sin que Gregoria ni nadie se diera cuenta, ni nosotras tampoco adivináramos, se trepó al árbol donde mi hermana y yo lo vimos esa tarde, colgando como un muñeco, como un pullay lleno de estopa o de ceniza.

Mi padre era portero de la escuela Gorriti, que es la que está en el bajo, pasando la costa del canal de riego.

Cuando se fue a vivir con Gregoria, él tuvo sus problemas, porque la gente empezó a decir que ésas no son cosas que pueda hacer un hombre que trabaja en una escuela, dejar a una mujer y a sus dos hijas para irse con una chiruza, eso es lo que decía la gente; porque como tiene lengua, la gente habla.

Pero después mi madre fue a la escuela donde mi padre trabajaba y explicó cómo eran las cosas, que no era como pensaban sino que ella había estado de acuerdo en que él se fuera y la cuidara a Gregoria porque ella no tenía a nadie y nosotras en cambio éramos tres y nos acompañábamos, y que además, a nadie tiene que importarle lo que uno hace ni tiene que importarle a uno lo que hacen los demás.

Gregoria volvió a nuestra casa, la tarde aquella de nuestra desgracia, y dijo eso que dijo, y yo sentí esta rabia y ese rumor en la cabeza que no se me fue hasta que llegué a esta tierra y sentí también este dolor que se derrama pero no se acaba nunca; este dolor como en los huesos.

Hay algo más que siento: celos dice mi madre que son, y mi hermana dice que es envidia, pero no es eso, es algo extraño lo que siento, porque Gregoria lo quiso a mi padre y él la quiso a ella, y todo eso me da a mí como un temblor, algo que no sé cómo se llama, que se me hace que no tiene nombre.

Gregoria entró aquella vez a nuestra casa como entraba antes, cuando vivía con nosotros y éramos las tres amigas de ella, mi madre, mi hermana Luisa y yo. Entró, como le digo, como había hecho siempre, pero era la primera vez que llegaba a nuestra casa después de irse con mi padre. No golpeó las manos, ni la puerta, ni dijo nada. Sólo dijo lo que venía a decir, sin llorar ni nada lo dijo, como era ella en aquel tiempo, muda como si fuera una piedra, una estatua de piedras de aquí de la Quebrada. Lo dijo y se fue, y nosotras nos quedamos viendo cómo se iba: tenía el caminar como en el aire. Llegó hasta

nuestra casa, entró por la puerta que da al patio y se paró ahí mismo. Con su cuerpo tapó la luz que venía desde el patio, mientras decía eso que dijo, eso que me martilla todavía, que no quisiera oír.

Para entonces, yo ya había cumplido los catorce y acaso por ganarme a mi padre o por no sé qué, ya la había dejado entrar en mi corazón, así que me quedé ahí, como le digo, mirándola, sin saber qué hacer ni qué decir, escuchando eso horrible que escuchaba, pensando que no podía ser verdad lo que decía, que Gregoria hablaba mentiras o no sé qué cosas hablaba.

Me quedé, como le digo, sin pensamientos ni decisión para echarla ni para escucharla ni para ni abrazar a mi madre, ni para salir corriendo.

Dijo eso nomás, con la cara extraviada, como de piedra, y con los ojos fijos. Extraviada, como si hablara alguien que yo no conocía, una persona nueva pero vieja, con una voz que venía como de adentro de ella. Y después se fue, así como vino, seca, y nos dejó a nosotras también como de piedra.

Mi madre salió corriendo tras ella hacia la casa donde Gregoria se había ido para estar con mi padre; corriendo hasta la pieza que habían alquilado en esa casa.

Primero se abrochó el vestido y salió detrás de ella, pero después, cuando había corrido un poco –en medio de la calle– se dio vuelta y nos gritó que nos quedáramos dentro de la casa, que por favor no la siguiéramos.

Era como un ruego eso que decía mi madre. Pero después demoró tanto para regresar que allá fuimos Luisa y yo, y no obedecimos más a nuestra madre porque no podíamos.

Fuimos las dos hasta la casa: yo que había cumplido los catorce y mi hermana Luisa que tenía doce. Y pasamos al patio a donde daban las piezas, y en el centro del patio estaba el árbol. Había gente alrededor y nadie hablaba o hablaban muy despacio y nosotras no entendíamos.

Era un algarrobo enorme ese que estaba en el centro del patio y ocupaba todo lo que había. Un algarrobo con las ramas hasta abajo, castigando el suelo. Pero más castigaba la rama de más alto, porque ahí estaba mi padre, colgado estaba de la rama, como si fuera un pájaro de esos que salen por la noche a chupar sangre o como un muñeco desarrapado y chueco, un muñeco de estopa o de ceniza colgando sin fuerza como las piernas mías.

Yo me di vuelta y con el pecho le tapé los ojos a mi hermana que tenía doce, y me tapé los ojos con las manos. Es por eso, porque tenía las manos ocupadas, que no pude taparme las orejas, y escuché a nuestra madre que gritaba porque no quería que lo viéramos de esa forma y en lugar de enojarse con él o con Gregoria, se enojaba con nosotras:

¿Por qué se han venido para acá, por qué, por qué?

decía, y no paraba de decir eso, en lugar de decir nada.

Gregoria estaba en la pieza, sentada en una punta de la cama, con la cabeza baja mirándose la panza. Y mi madre fue con ella, a la pieza que era de mi padre y se sentó del otro lado de la cama y las dos lloraban.

Nosotras no llorábamos, no nos salían las lágrimas, sino que estábamos ahí sin decir nada, como digo, a los pies de ellas, de nuestra madre y de Gregoria, las dos mujeres de mi padre, y nadie podía hacer más que estar en esa pena sin fondo y sin medida, hacer nada de nada sin permiso de la policía, que estaba ya en los menesteres.

Ha de hacer de esto como unos cinco años, o un poco más, por eso creo

que era ella la que iba camino a San Pedrito con ese niño de la mano. Yo no le vi la cara al niño, ni le vi nada, pero sé que era él, que era ese que vivía ya en su panza cuando mi padre se colgó del árbol.

Trajimos otra chica del norte

había dicho Tita Funes, en el barrio. Tita vivía en una casa cerca de la nuestra y había buscado a una chica para que trabajara de sirvienta. Antes habían tenido a otra que era de Santiago del Estero, pero tuvo un ataque de epilepsia y se la llevaron de regreso a su provincia. Por eso Tita Funes, esa vecina nuestra, dijo

trajimos a otra chica del norte.

Ese día mi madre lo contó en la mesa y mi padre dijo:

para servir, las de mi tierra

dijo eso, y también dijo *carajo*.

Lo dijo de una forma distinta a como hablaba siempre, y se levantó de la mesa y se sentó a fumar bajo la parra.

Como si hubiera sabido ya que la chica que iba a trabajar a la casa de Tita Funes iba a ser de su tierra, o como si hubiera sabido entonces lo que nos iba a suceder a todos. Pero no lo sabía, no, sino que ha de haber sido puro instinto, o las cosas del destino, como la gente dice a veces.

Así, de esa manera, fue que llegó Gregoria a la casa de los Funes, cerca de la que era en ese tiempo mi casa. Llegó una tarde de verano. Yo la vi detenerse bajo los paraísos para arreglarse el pelo, venía hacia nosotros, hacia nuestra vida. Venía con un bolso y una pollera clara, mirando para todos lados, y yo que estaba sentada en el umbral tomando fresco, desde lejos la vi y me la quedé mirando.

La encontrábamos siempre los domingos por la tarde, cuando salíamos con Luisa y con mi madre a conversar bajo los paraísos, o cuando íbamos a la plaza del barrio.

Un domingo que yo había ido sin nadie hasta la plaza, la encontré comiendo, sentada en una hamaca y le pregunté qué hacía siempre sola los domingos. Me dijo que era su día libre pero que no tenía dinero, ni tampoco a dónde ir, ni amigos en la ciudad, ni conocía los lugares, y que era por eso que se quedaba ahí hasta que terminara el día.

Esa noche, le pregunté a mi madre si Gregoria podía ir, en sus días libres, a comer con nosotros en la casa y mi madre dijo que por ella sí, pero que había que preguntarle a nuestro padre. Por eso, a veces pienso que a lo mejor fui yo la causante de todo, yo más que mi madre, porque fui yo quien le pedí a mi padre que la dejara venir y también porque fui yo quien la encontró en la plaza. No fue mi her- mana Luisa ni mi madre. Tampoco fue mi padre. Él sólo dijo,

si usted lo quiere así, hija, que venga a nuestra casa

Tiene razón, ¿qué va a hacer sola en la plaza los domingos?

dijo. Y entonces así fue, como le estoy contando, doctora. Yo le pregunté a mi padre si me dejaba llevarla a nuestra casa y él dijo que sí, y así es como

sucedieron las cosas.

Después cuando la dejaron sin trabajo, mi madre pensó que una boca más no era problema, y lo mismo pensó mi padre. Y los dos dijeron que había que cobijarla en nuestra casa. Ése fue el comienzo, así como le cuento, y así fue también que empezó todo.

Fue como le digo, por pura culpa mía que empezó el problema y Gregoria se metió en la vida de nosotros.

Llegaba en la mañana, los domingos, muy temprano, a la hora en que mi hermana y yo nos levantábamos, y ayudaba a mi madre a limpiar y a lavar trastos. Eso fue así, hasta que mi padre dijo un día:

Es nuestra invitada, no es nuestra sierva, Flora

le dijo así a mi madre, se lo dijo un domingo y mi madre se enojó un poco, y ya no le dio nada para hacer, nada de nada, y tampoco nos daba a nosotras los quehaceres, hacía todo ella sin pedir ni decir una palabra. Sólo en la cocina ayudábamos un poco a veces Luisa, Gregoria y yo, hacíamos bollos de anís o pasta frola, esas cosas.

Un día Gregoria hizo tortillas al rescoldo, como solía hacer mi abuela Rosa, amasó sobre la mesa que estaba en el patio. Harina, grasa, agua caliente, igual a como hacía mi abuela. Amasó cantando las bagualas que aquí se cantan, pero muy despacio, no como hacen acá las mujeres, sino muy despacio para que nadie la escuchara, pero mi padre la escuchó esa tarde.

Oyó su voz y se le torció el destino, o mejor dicho, se nos torció a todos: él se acercó y le pidió que cantara fuerte. A ella le dio vergüenza, me acuerdo bien de eso, y primero dijo que no, que los vecinos iban a oír y que ella no quería, pero después dijo,

si usted quiere, Juan

y cantó una baguala de las que aquí se cantan, con esa voz como de grito que tienen las mujeres acá.

Desde aquel tiempo, Gregoria empezó a cantar para nosotros, o mejor para mi padre, y empezamos a comer las comidas de aquí, humitas y tamales sobre todo, y ya no más las otras cosas que cocinaba mi madre.

Y las cosas siguieron de ese modo hasta que un día mi papá llegó con una caja, hecha con cuero de animal manchado, curtida con escupitajos de ginebra, según dijo, con palos de anchico y buenos tientos, para acompañar a Gregoria en sus cantares, y entre los dos hicieron una música triste pero linda.

Ella ha de tener diez años o doce más que yo y doce o más, tal vez catorce, que mi hermana Luisa. Recuerdo que era como diez años más grande que nosotras y unos diez más chica que mi madre y entonces, si yo ahora tengo dieciocho, ella ha de estar yendo hacia los treinta.

Cuando vino a nuestra casa, habrá tenido veinte, veintidós capaz que tuvo, y yo diez o doce, y van que vienen las cosas, pasó lo que pasó con mi padre cuando ella tenía veinte, según parece que eran, o veintidós capaz, y yo tenía doce o trece. Así que nos hicimos amigas las tres: mi hermana, ella y yo, y ella se hizo amiga nuestra, y también un poco de mi madre, pero más de mi padre se hizo amiga, porque estaba en el medio de nosotras por la edad que tenía y también por otras cosas.

Así fueron, doctora, durante mucho tiempo los domingos: ella llegaba y hacía dulce de limón, cidra o tortillas a las brasas. Mientras, cantaba bagualas, para mi padre cantaba, y él la acompañaba con la caja y era ése el mundo que teníamos.

Ella estaba entre nosotros, como le digo, lo estaba en aquel tiempo, y me parece que sigue estando también ahora. Yo tenía doce, como dije, doctora, y ella los que le digo que tenía, mi madre como diez más que ella, o doce capaz que eran, y mi papá también, como doce, o tal vez un poco más, y así seguimos todos, con ella entre nosotros.

Después, como sin darnos cuenta, sucedieron otras cosas, por- que los vecinos la dejaron sin trabajo y ella no tuvo a dónde ir, y yo pedí permiso para llevarla a nuestra casa, y mi padre y mi madre dijeron que yo tenía razón, que no podíamos dejarla así en la calle.

Hasta ahora, hasta esto que le he contado a usted, nunca me había puesto a recordarlo. Ni siquiera al doctor Freytes le había contado toda la pena junta, enterita, como se la estoy contando a usted. Ahora que lo pienso es como si, repasando, y repasando, me volvieran otra vez el pensamiento y la memoria. Y entonces, de este modo, creo que regresa todo lo que ha habido antes. Regresan también mi padre y mi abuela Rosa y todo esto que le estoy contando, y vuelven el modo y la manera en que Gregoria vino a nuestras vidas y empezaron a suceder las cosas que he contado, porque era así nuestro destino o porque tenía nomás que ser. Regresan, digo yo, las penas que tenemos para que uno las repare, les ponga pegamento con lo que sea y como fuera, con veladuras, con betunes o con falsos acabados, como se pueda se reparan, digo yo, que no es como uno quiere, sino como se puede. Vuelven las penas y penitas de uno, digo yo, para que uno las sobe muchas veces, hasta que queden lisas, suavécitas, y todo se ponga bien.

En: *Veladuras*, Grupo Editorial Norma, 2005



**ZONA
LIBRE**

Solo tres segundos

Paula Bombara

 **Norma**

Bombara, Paula
Solo tres segundos. - 1a ed. - Buenos Aires : Editorial
Norma, 2010.
184 p. ; 21x14 cm. (Zona libre)

ISBN 978-987-545-246-6

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863 928 2

© Paula Bombara, 2009
© Editorial Norma, 2010
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 2014,
en los talleres de Buenos Aires Print, Presidente Sarmiento 459,
Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: marzo de 2011
Cuarta reimpresión: febrero de 2014

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito
Diagramación: Hernan Vargas
Diseño de tapa: Ariana Jenik

CC: 28002506
ISBN 978-987-545-246-6

*A Sil,
por tan profunda amistad, querida hada arquera.*

ÍNDICE

Primera parte	
Nicolás	9
Segunda parte	
Felicitas	97

Solo tres segundos en el espacio azul iluminado.
Tres, para buscarse.
Dos, para encontrarse.
Uno, para apretar los párpados
y, aun así, verse.
Solo tres segundos antes del impacto.
Luego, blanco y ruido,
ruido ruido ruido en el espacio azul iluminado.

PRIMERA PARTE: NICOLÁS

1.

Afuera brilla el sol. Sol de febrero. Febrero en la Ciudad de Buenos Aires.

Nicolás está rindiendo un examen: si lo aprueba se queda en su colegio, el Carlos Pellegrini, el colegio donde estudiaron su abuelo y sus padres, el colegio que comparte con su hermana Sol. Si lo reprueba, debe cursar el quinto año en otro lado.

Lo reprueba.

A la salida del aula, sentado en el suelo frente a la puerta, su amigo Rodrigo lo espera ansioso.

-¿Y?

-Tres.

-...

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Qué pasará ahora? ¿Cómo será la escena familiar? Puede imaginar muchas versiones de las mismas caras de sus padres, las manos recorriendo los rostros desde la frente hasta las mandíbulas, su padre rascándose la barba o revolviéndose el pelo, su madre cayendo en la silla o dándole la espalda para prepararse un té. También puede imaginar su propia actitud, ya sin defensas, vencido sobre sus codos, plegado sobre la mesa, el rostro cerrado sintiendo el roce de la madera en la frente.

Expulsado.

-¿Me acompañas a casa? -le pregunta a Rodrigo.

-Vamos.

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Cómo será la vida a partir de ahora? ¿La amistad de Rodrigo será la misma? ¿Seguirán compartiendo las tardes de BMX, la búsqueda de nuevos videos de *freestyle* en YouTube, las salidas? ¿Quién ocupará su sitio en la división del Pellegrini? ¿Con quiénes irá de viaje de egresados? ¿Se sentirá su ausencia? Apaga el celular, no quiere hablar con nadie. Mira las baldosas y toca las paredes. Los ruidos de la calle, la angostura de la vereda y las caras de otros chicos del colegio son los mismos de siempre. Levanta la

vista y el cielo cruzado de cables y de nubes le sopla el flequillo. El aire viene bien. El sol, también. No es para tanto. Respira hondo y cruza de vereda.

-¿Vamos caminando? -le pregunta Rodrigo.

-¿Estás en pedo? ¡Son como cuarenta cuabras!

-¿Y? Dale, no tenemos nada que hacer.

-Bueno.

-Vení, doblemos acá. Vamos a ese local de CD's que quiero mostrarte.

Nicolás no va a llorar. No con un amigo así... O tal vez sí con un amigo así. Se acomoda la mochila y apura el paso. Las lágrimas se aprietan en sus ojos y pujan por abandonarlo. Hay bronca y decepción. No es un nene pero tal vez lllore. Deja de tragar saliva. Que sea lo que tenga que ser.

2.

Rodrigo le pasa el brazo por los hombros mientras caminan.

-Tienen unos CD's increíbles. Y te dejan escucharlos. Conozco al flaco que atiende. Es amigo de mi hermano.

Rodrigo quiere distraer a Nicolás pero no logra que deje de mirar las baldosas. Aprieta el abrazo sutilmente: sus dedos le presan el hombro cuando detecta las lágrimas.

-Bueno, qué vas a hacer. Nos vamos a seguir viendo. Obvio que el viaje de egresados lo vas a hacer con nosotros...

Nicolás tiene que volver a su casa y hablar con sus padres, el plan ya delineado desde

hace meses: si no lograba aprobar las materias necesarias, iría al mismo colegio que Leopoldo. También es un buen colegio, nadie puede cuestionarlo por ese lado tan temido de que desperdició una excelente oportunidad de "triunfar en la vida". El colegio de Leopoldo es el más prestigioso del barrio.

Leopoldo.

Nicolás sacude la cabeza y espanta una sonrisa que pretendía instalarse en su boca. Leopoldo es ese que estaba pared de por medio, ese con el que habían inventado un código de golpecitos en la medianera para avisarse cuándo salir, ese al que abandonó llorando el día que sus padres decidieron mudarse. Aún hoy le cuesta creer haberlo reencontrado tan fácil. Poner un nombre en la web y listo. Allí estaba, en YouTube, encima de una bicicleta, tapados sus ojos por un gorro negro. ¿Era el mismo? Se movía bien sobre la bici. Allí estaba, también, en Facebook, tapados sus ojos por un gorro blanco, a un mensaje de distancia. Sí, no podía ser otro. El mensaje fue "¿Te acordás de mí?". Y sí, se acordaba.

La caminata lo cansa. Pero tantas cuadras conversando con Rodrigo le dan fuerzas.

Cuando llegan a su casa, se hacen unas milanesas en sándwiches. Su amigo come y se va. No quiere estar cuando la familia llegue.

Nicolás se queda solo, mirando el techo desde el sillón. La rajadura casi invisible que mira siempre.

Decide esperar a que lleguen sus padres del trabajo. No les adelantará nada por teléfono. Enciende el televisor y agarra el control remoto antes de volver al sillón; comienza a hacer *zapping*. Quiere dormirse, pero Sol llega antes.

...-¿Y?

...-Mal.

...-Uuuuyyy... ¿Y ahora?

-Qué se yo.

-Por lo menos no vas a repetir el año. Es una suerte que el Pelle tenga un programa distinto.

...-Psí.

...-...

...-Hay milanesas.

...-¡Ah! Bueno, ¿vos comiste?

...-Psí.

...-...

...-...

-Bueno, voy a comer.

-Dale.

-Si querés alg...

-Sí, ya sé. Gracias, pero por ahora quiero ver tele un rato. Así me preparo para cuando llegue papá.

-Yo le tendría más miedo a mamá...

-Mamá ya se descargó. Ayer me dijo de todo.

-¿Y papá?

-Papá se aguantó para hoy. Parece que todavía apostaba algunas fichas por mí.

-Qué feo. Despedite del celular. Y de la Play. Van a ser las primeras cosas que te van a sacar.

-Ya sé...

Sol se va a la cocina y Nicolás se queda con esa sensación de apuesta perdida. Piensa otra vez en la cara de su padre: tristeza arrugas ojos boca barba. En la rabia que podrá vislumbrar por detrás del rostro. Imagina pupilas con llamas anaranjadas y deriva hacia otros objetos decorados con llamas anaranjadas hasta que termina recordando su colección de autitos Hot Wheels.

Se queda dormido.

En el sueño, agitadas carreras en bicicleta se mezclan con seres oscuros y voces subidas de tono. Puede distinguir un casco, luces girando en un techo con espejos, una sonrisa que se estira, se deforma, crece. Él avanza entre personas de su altura o más bajas, llega a un lugar despejado y allí hay una chica sentada. La mira. Se agacha para verla mejor, para capturar la belleza que se le adivina. Tiene ojos asustados. Tiene sus ojos.

Desde el mundo llega una voz. La voz de su hermana lo saca de los sueños.

-Nico... Nico... mamá, en el teléfono. Quiere saber cómo te fue.

Nicolás se levanta. Más dormido que despierto, sigue viendo los ojos de la chica. Casi nada de su rostro. Los ojos asustados. Fijos en él, como preguntando. A los diez minutos, ya no los ve. Pero la impresión de esos ojos sigue allí, agazapada, y se transforma en un recuerdo. Recuerdo para ser identificado, descubierto. Recuerdo para mirar por última vez y parpadear.

3.

En la plaza del centro por todas partes hay explanadas, rampas y escaleritas de dos o tres escalones. Es una plaza de cemento. Por lo tanto, es una plaza gris. Andar con la bicicleta, sobre los picos, con una rueda girando libre, concentrado en mantener el equilibrio mientras rota el cuadro, hasta acercarse a una escalerita y bajarla rozando, apenas, el filo de los peldaños, como ha visto hacer a tantos otros bikers, es encontrar colores puros en medio de una ciudad contaminada.

Nicolás respira.

En esos segundos que pasan entre rebote y rebote; en la tensión de sus músculos

Paula Bombara

para mantener el control y, sobre todo, el equilibrio; en la mente vacía de pensamientos, ocupada en mover de la mejor manera su cuerpo y su bicicleta; ahí está encerrada la felicidad de Nicolás. Lo que busca con el viento que genera en cada giro es liberarla. Aún no lo consigue.

Luego, volver a sentarse con sus amigos, ver cómo otro demuestra lo que mejor hace, practicar juntos las pruebas y los saltos, andar a toda velocidad por los playones, jugar alguna carrera, compartir un par de gaseosas, regresar a su casa pedaleando, cansado.

Así pasa las últimas tardes de las vacaciones.

Cuando recuerda que ya no irá a su colegio de siempre, que pronto comenzarán las clases, conocerá nueva gente, deberá hacerse un lugar... Nicolás desea viajar tiempo atrás y aprobar las materias que lo expulsaron.

4.

Primer día de clases.

Se siente mirado por mil ojos.

La verdad es que Nicolás es mirado por mil ojos.

Su rostro, de facciones bien marcadas pero levemente redondeadas, sus ojos verdes, su pelo sobre la frente, los labios, el mentón cruzado por esa cicatriz que tan bien le queda, no pasan inadvertidos. A veces, tener esa cara a Nicolás le pesa más que una máscara de hierro.

Hoy es una de esas veces.

De pronto, una mirada inquisidora surgiendo debajo de un gorro que dice "BMX". Es un chico alto, más alto que él, de cuerpo delgado y flexible, de rostro sereno y alegre. ¿Es Leopoldo? ¡Es Leopoldo! No puede ser otro. A los treinta segundos de observarlo no tiene dudas de que es él. Treinta segundos mirándose en silencio son una eternidad llena de palabras. Una sonrisa marca el tiempo. El otro chico responde.

—¿Nicolás?

—Sí, Leo, soy yo. ¡¿Qué foto colgaste en la web?! ¡Casi no te reconozco!

—¡Jaja! ¡Era la idea, era la idea! ¡Tanto tiempo! La vamos a pasar bien acá, vas a ver.

—¡Ojalá! —Nicolás mira a su amigo, sigue sonriendo, pero la sonrisa pronto pasa a ser mueca—. Estoy un poco nervioso...

—No te preocupes, todavía falta para entrar. Lo único, decime "Pilu". Si me decís "Leo", se me van a reír en la cara.

—¿Pilu?

—Sí, Pilu, por los pilusos, viste.

—¿Pilusos?

—¡Estos gorros! —dice Leopoldo, hundiendo su cabeza aún más en el interior del gorro de lona—. Se llaman así. El sobrenombre me lo puso la profesora de Gimnasia en primer año y quedó. Ando con gorro todo lo que puedo. Me gusta, viste. Acá adentro dos por tres me piden que me lo saque. Y me lo saco, total... me lo pongo de vuelta a la salida.

Mil historias de cuando eran chicos acuden a una mente y a la otra. Pero prefieren el silencio para asimilar la emoción. Ambos se preguntan por qué no se juntaron antes, pero no se responden. Pasados unos segundos, Leopoldo le golpea el hombro y lo invita a conocer a los demás.

Nervioso, pero aparentando la mayor calma posible, Nicolás saluda a los chicos y a las chicas que Leopoldo le va presentando. Luego, tendrá que pedirle que le repita los nombres de todos.

Al entrar al aula, Leopoldo y Nicolás se sientan en la última fila, uno al lado del otro. Pronto se les une Pablo.

Delante de ellos hay dos chicas: Zoe y Felicitas. Compañeras de Leopoldo desde jardín de infantes. Dos amigas que, apenas lo vieron, dispararon preguntas sobre todo lo imaginable, desde a qué colegio iba hasta de qué signo era, si hacía deportes, si le gustaba la pizza, si vivía cerca. Zoe hablaba y se tocaba el pelo, mucho más llamativa que Felicitas, quien se dedicaba a escuchar y radiografiarlo. Como en todo par verdadero, dos amigas complementarias.

Al mediodía, la tensión ya había desaparecido.

La salida de su viejo colegio es más desordenada que la del nuevo. Calle Marcelo T. de Alvear, transitada y angosta. Pero los alumnos no se sienten intimidados por los bocinazos. Cuando la vereda se colma de personas, bajan a la calle y continúan conversando allí o en la vereda de enfrente.

Al acercarse al Pellegrini, a Nicolás lo invade una alegría inesperada. Ya no habrá tantas frustraciones en el colegio. Tampoco tantas exigencias. Está allí de visita. Solo para juntarse con sus amigos. Ya no más para rendir exámenes, ya no más para sentirse idiota.

De pronto, la alegría le da paso a algo parecido al alivio y sorprende a Nicolás.

Avanza por la vereda de enfrente, buscando los rostros de Rodrigo, Matías, María, Carla, Claudio, Agustina, Franco, Aldana. Se pregunta cuántos de ellos seguirán siendo amigos más allá de compartir o no las aulas del colegio. Rodrigo, seguro. Tal vez Matías o Claudio. ¿Las chicas?, quizás Carla. Franco... no tiene demasiadas ganas de seguir viendo a Franco.

Escucha que alguien grita su nombre. Se da vuelta y ve a Rodrigo. Cruza la calle a mitad de cuadra, entre los autos, para aprovechar el semáforo en rojo que intenta ordenar el caos desde la esquina. Algún conductor lo insulta. Sigue adelante con la vista clavada en su amigo. Al acercarse, alguien, desde el costado, se le tira encima. Es Matías.

-¿Qué hacés, Belleza?! -Nicolás resiste el abrazo de oso.

-Todo bien, ¿vos, Matu? ¡Qué hacés, Ro!

-Raro, muy raro todo sin vos -dice Rodrigo al tiempo que le da un beso.

-Como que nos falta algo inútil, viste -Matías se queda mirándolo y luego comienza a reírse solo de su mal chiste-. ¡Qué bueno que viniste, Belleza!

-Quería verlos. Para mí también es todo raro.

-¿Y qué tal?

-Bien, qué se yo... voy con Leopoldo.

-¿Leopoldo? ¿El que era tu vecino de chico? -Matías disfruta de las coincidencias.

-¡Ese! Me lo encontré en el Facebook, le conté todo

el rollo y me dijo que me anotara en su colegio. Él sigue en el barrio. Mis viejos no pusieron demasiados peros.

-Qué loco...

-Sí...

-¿Y Claudio? ¿No vino?

-Está mal desde el sábado. Vómitos. Resaca. Diarrea. No sé bien. ¿Vamos a comer algo a casa?

Rodrigo y Nicolás se ríen de Matías. Ningún fluido corporal le da asco. Su decisión por la medicina se apoya fuertemente en eso.

-¿Qué pasa? ¡Tengo hambre!

La primera fiesta con sus nuevos amigos es un fogonazo en los ojos de Nicolás.

Se encuentra con Pablo y Leopoldo en la esquina y demoran un poco el tiempo antes de entrar. Le cuentan que ahí va mucha gente del colegio. Luego entran. Le cuesta reconocer a sus compañeras. Son mujeres cuando se arreglan para salir.

Julieta, una chica de otra división, lo mira de lejos. Está linda con esa ropa y ese maquillaje.

Cada vez que la ve en el patio del colegio le dan ganas de abrazarla. No puede explicar su atracción de otra manera. Es cuidadosa

Paula Bombara

en sus movimientos, todo lo hace con una timidez que lo conmueve. Hasta su voz, aire moviéndose en armonía, como esos giros de su bicicleta que lo dejan tan bien parado.

Le gusta Julieta. No puede ni quiere dejar de mirarla. Ella lo observa un segundo, baja la vista y, con una leve sonrisa, se va. Él la busca, inmóvil. ¿Por qué las chicas hacen eso de escabullirse? ¿Es un movimiento casual o es una estrategia?

La música estalla en su cerebro. Se muere de sed pero no va a gastar su dinero en una botella de agua que vale oro. Aplauda el movimiento casual o la estrategia y se acerca a Julieta. Con la mirada, la invita a bailar. Él también tiene sus movimientos y sus estrategias. Ella acepta.

Más tarde, cuando los labios ya se han animado a juntarse, deciden ir al cine el día siguiente. Cuando los cubre la madrugada, ya tienen planes para las próximas dos semanas.

La sonrisa de Julieta es esquiva, estrella fugaz que termina entre sus pies; pero, al aflorar, Nicolás la ve y siente que él también brilla, que él también besa esos pies.

7.

Sol estudia mientras Nicolás mira tele.

-No te puedo creer que no tengas nada del colegio para hacer -le dice ella en un momento.

-Psí.

-A mí me están dando con todo.

En la memoria de Nicolás se abre una compuerta de sensaciones. Él ya no recibe ese todo. Por un lado es un alivio; pero el alivio viene acompañado, por el otro lado, de una pesadez nunca antes sentida, que no tiene palabras. Es la que exhala el rostro de sus padres, apesadumbrados, la de su hermana tratando de minimizar la expulsión, la

de su propio rostro en el espejo, mojado, contraído por el agua como si fuera una tela que se va encogiendo.

"Me están dando con todo" es una frase que no le hace bien.

Decide enfrascarse aún más en la pantalla, refugio pixelado, escondite de sus emociones. Y no contesta.

-¿Podés bajar el volumen, porrr favorrr?!

La irritación de Sol hace que la mire. Y ella sigue hablando:

-Me molesta que no tengas nada que hacer. ¿Tanto se rascan en ese colegio?

-Lo que pasa es que ya sé todos los temas -le responde Nicolás, sincero-. Me los acuerdo del año pasado.

-Qué envidia...

Nicolás, serio, hace un gesto negativo con la cabeza y vuelve a mirar la pantalla.

-Solo tenés que llevarte ocho materias a diciembre, que te queden dos en marzo y no aprobar ninguna...

Sol cambia su tono. La voz de su hermano le dice que no está disfrutando de ese no hacer nada.

-Lo voy a pensar -responde, tratando de provocar una sonrisa.

-No te va a salir.

-...

-Cuando fui a la puerta del Pelle, los otros días, me sentí como aliviado...

-Y, imás vale! Si no te sentís aliviado...

-No es tan así... Es raro... La tradición familiar...

-¿Qué tradición familiar, zapallo?! ¡Ese es un tema de mamá y papá!

-Psí... Pero me jode un poco ser "el expulsado"
-Nicolás hace un gesto de comillas con las manos-. ¿Viste cómo me trataba el abuelo el otro domingo? Como si fuera un tarado...

-No te enrosques -responde Sol-. Vas a ver que el abuelo cuando se entere de que tenés todos nuevos y dieces va a empezar a decir que con vos cometieron una injusticia.

-...

-Y a mí, mientras vos sigas rascándote así, me va a dar bronca siempre.

Se quedan en silencio, mirando la pantalla. El dedo de Nicolás hace *zapping* y cada cambio de canal marca un vacío. Ambos piensan y no piensan. A la imagen que el televisor les da, ellos devuelven un recuerdo. Dos virtualidades, la del *zapping* y la que llevan dentro. A una imagen ajena, una imagen propia. Y otro recuerdo que se forma: el de este diálogo-confesión que, por fin, da a Nicolás un poco de alivio verdadero.

Rodrigo toca la puerta, su pelo está revuelto por el viento del otoño. Es una sorpresa y una alegría.

-¿Tenés juegos nuevos para la Play? -lo saluda.

-¡Qué hacés! -lo abraza Nicolás. Y después-: ¿Cómo sabés que me devolvieron la Play?

-¡Todo arriba de nueve en las primeras pruebas del año merecen un premio! -Rodrigo se suelta del abrazo-. Conozco a tus viejos, loco. Sabía que iban a hacer algo por vos. ¿El celular?

-Todavía no.

-¿Estás solo?

-Sol está en su cuarto. Vení.

-Pará que llevo la bici al balcón.

Nicolás lo mira. Llevar las bicicletas al balcón es una de las reglas inquebrantables de su casa y Rodrigo es como de la familia. ¿Por qué había sentido miedo de que eso cambiara?

Juegan un rato hasta que deciden salir a dar una vuelta. Rodrigo quiere ver la entrada del colegio nuevo. Van hasta allí haciendo zigzag con las bicicletas. Es un barrio muy tranquilo a la hora de la siesta. Los negocios todavía se cierran. La ciudad se transforma en cigarra en esas cuadras y ronca hasta el asfalto. Las ruedas de las bicicletas hacen su música y los chicos la escuchan. Así, con música de pedales y cubiertas rozando el asfalto, llegan a la puerta.

-Es acá.

-Nada que ver con el Pelle.

-Nada. Lo bueno es que me queda cerca de casa...

-Parece una cárcel con tanta reja.

-Vení. Demos una vuelta. Capaz que encontramos a Pilu en la placita.

-Quiero conocer a Julieta. No le sacaste ni una foto. Ni con el celular.

-¡Y dale con el celular! ¡No tengo! ¡Se puede vivir sin teléfono, Ro!

-¡Jaja! ¡Yo ya no puedo!

En la placita del barrio, Leopoldo hace rebotar la rueda delantera de su bici, subiendo y bajando escalones. No se le ve el rostro, tapado por el gorro, pero reconocen su concentración.

-Es ese -dice Nicolás.

-¿Ese? Tendrías que llevarlo a la plaza algún día.

-¿Al grupo?

Rodrigo asiente en silencio, mirando a Leopoldo en acción.

-No lo hace nada mal, Vi los videos de YouTube que me dijiste.

-Es buena idea. Vení que te lo presento.

Una tarde, volviendo de la plaza del centro, pedaleando lento, distraído, tres chicos lo rodean para robarle; se resiste apenas lo justo, más por orgullo que por otra cosa. Les da todo lo que tiene. Todo menos la remera y el pantalón. Se queda sin zapatillas, sin mochila, sin campera. Siente miedo mientras se las entrega. Pero no puede quedarse callado.

-Déjenme la cédula, che.

Y también intenta retener la bicicleta. Les dice que por esa bicicleta no van a sacar tanta plata como parece, les muestra que está toda abollada en un costado y que la rueda de atrás está en sus últimos momentos. Uno

de ellos, mientras busca en su billetera y le devuelve la cédula, le contesta que aunque les den veinte pesos, son veinte pesos más. Y Nicolás no puede decir nada. Entiende. Ya no tiene miedo. Tiene bronca: ellos no saben lo que la bicicleta significa para él; tampoco puede explicarlo ahora.

Cuando los tres chicos se van, lo saludan. Uno le da la mano. Él responde al saludo con mirada firme.

Después, caminando con el cuerpo contraído, tiembla. Tiembla de rabia, de tristeza, de impotencia. Tiembla sin frío, en medias por la calle. Bien adentro, tiembla. Por la campera, por la mochila, por haber sido robado. Pero, sobre todo, tiembla por la bicicleta. Hasta que se acuerda de la casa de una amiga de la madre que vive cerca y empieza a correr. Corriendo se calma. Y piensa en cómo hacer para recuperarla, aunque sabe que es imposible. No puede estar sin bicicleta, la necesita. Cuando llega ya tiene la solución: trabajar un tiempo en el negocio de su tío durante el verano para juntar algo de plata; mientras, pedir prestado. Hablar con Rodrigo y con Leopoldo. Armarse una tan buena como la que acaba de perder. O aún mejor.

10.

Ya es de noche. Su mamá lo pasa a buscar. Hablan de lo sucedido. Nicolás está apurado y su mamá no entiende porqué. Él le pide ir a casa. Ya. Ir a casa ya.

Cuando llegan, va a su cuarto sin detenerse. Sol y su papá lo miran. Detrás de su determinación, siente las voces, preocupadas, pero no escucha. Cierra la puerta y comienza. No hay tiempo que perder. Hace una lista de lo que necesita. Tacha lo que tiene: un par de picos y un manillar viejo. Habla por teléfono. Rodrigo le cuenta que Matías acaba de cambiar el plato de su bici. Llama a Matías y se lo cambia por una pila de juegos de la Play.

Leopoldo aporta un par de pedales que, dice, están casi nuevos. Se los pagará más adelante. Faltan las ruedas, los frenos, la cadena, el asiento y el cuadro. Enciende su computadora y se pone a buscar.

El sol lo encuentra aún buscando, con los ojos rojos pero decidido a conseguir lo que le falta durante el día.

A la hora del desayuno dice que quiere faltar al colegio. Sus padres lo atribuyen al *shock* por el robo. Él se limita a asentir gravemente. Le pide plata prestada a su hermana. Ella se la niega, pero logra convencerla: la ayudará con todos los trabajos del colegio que tiene atrasados.

Son las ocho de la mañana; aún así no le parece temprano para llamar por teléfono a un biker que tiene en venta un buen cuadro, rojo, demasiado llamativo para su gusto, pero bueno, más adelante podrá cambiarlo por uno negro como el que tenía.

El teléfono llama. Nadie atiende. Intentará más tarde. Da vueltas por su cuarto, pone música, se tira en la cama, se levanta, sube la persiana de su ventana, mira hacia afuera, vuelve a la pantalla de la computadora. Toma nuevamente el teléfono. Marca *redial*. Esta vez, una voz aún dormida pregunta quién es. Habla, arregla para ir a buscarlo en un par de horas. Se cambia la remera y sale. Va hasta la plaza del centro en colectivo. Aunque es temprano, un par de bikers se encuentran allí antes de entrar a sus trabajos, y él lo sabe.

Les cuenta lo que busca y uno de ellos le da un número de celular. Llama. Regatea los precios. Logra una rebaja y pacta un horario.

Aún no son las diez y Nicolás ya tiene casi todo lo que necesita para armarse una nueva bicicleta.

Nada importa más que volver a montar una bici. Asir ambos extremos del manillar y tensionar los músculos para levantarlo, al tiempo que el cuerpo encuentra la postura para mantener el equilibrio. Que los pedales respondan, que los picos sostengan, que el cuadro resista.

Pasa el jueves. Pasa el viernes. Pasa el sábado y cuando despunta el domingo, Nicolás se frota la frente con un trapo sucio de aceite y grasa.

-Ya está -murmura.

Toma la bici y salta sobre todos los plásticos que su mamá le hizo poner encima de las maderas del parquet de su cuarto. Tiene

Paula Bombara

que probarla. Está por salir cuando decide volver y agarrar algunas herramientas. Con una mochila vieja y la bicicleta, entra al ascensor. Se mira en el espejo y su aspecto es terrible. Abre la mochila y saca un gorro que le regaló Leopoldo. Se lo pone y sale rumbo al estacionamiento de la otra cuadra.

No está mal. Hace algunos ajustes en el transcurso de la mañana, pero al mediodía vuelve a su casa satisfecho. Llama a Rodrigo.

-Hola, Ro. Ya terminé la bici. Quedó bien.

-¡¿Ya?! Tiempo récord, viejo -se asombra Rodrigo-. Quiero verla.

-¿Nos encontramos en la plaza?

-Dale.

Y va. Y se divierte. Y gira y salta y se golpea y se ríe.

12.

Rodrigo, Claudio, Matías. Habían estudiado juntos para muchos exámenes, pasado muchas noches sin dormir. Con ellos había salido por primera vez de noche.

Ahora, Matías cumple años y, para festejar sus dieciocho y su auto nuevo, van a salir los cuatro, como en los viejos tiempos. Nicolás sonríe pensando que Matías ahorra para el auto desde los trece. Sonríe recordando que les decía que haber perdido un año en la primaria le iba a permitir ir en auto el último año de la secundaria. ¿Qué auto tendría? El colectivo lo deja a cuatro cuadras de la casa. Su sonrisa se va ensanchando cuando

comienza a escuchar los bocinazos que salen de un fiat todo destartado. Detenido por el semáforo, Matías sale del auto con los brazos para arriba gritando:

-¡Belleza! ¡Mirá! ¡¿No es una preciosura?!

Adentro, Rodrigo y Claudio están delirando de la risa. Nicolás se apura para entrar en el fiat antes de que el tránsito se ponga en marcha nuevamente.

-Vení, dale, que las *limosinas* no esperan -se ríe Claudio.

-Ya veo, ya veo. Mirá vos la máquina del Matu. ¿Adónde vamos?

-Al taller. Parece que el motor tiene cáscaras de banana.

-Pss. Un detalle -dice Matías, arrojándole su recién estrenada licencia de conducir-. ¿No estoy lindo?

13.

Nicolás piensa que es mejor no ir a la misma división que Julieta. Es mejor verla solo en los recreos. En algunos recreos, porque en otros, ella está con las amigas y él, con Leopoldo y Pablo.

De todas formas, mientras prueban el nuevo celular de Leopoldo, Nicolás la mira y la recorre. Le gusta especialmente la manera en que se para, con el talón de un pie sobre el empeine del otro, pisándose.

Están escuchando música en el teléfono cuando el tema es interrumpido por el *ringtone*. Es Mariano, el primo de Leopoldo. Nicolás

tiene en su memoria una imagen infantil de Mariano, prepotente y caprichoso, ¿seguirá así?

-¿Hola?

-...

-No sé. Ya te dije.

-...

-No tengo ganas.

-...

Pablo y Nicolás lo miran con intriga.

Leopoldo les explica:

-Quiere llevar a Salomé al parque de diversiones y de golpe soy importantísimo porque ella quiere ir con la hermana -dice mientras le tira el celular a Pablo.

Libre de su celular, Leopoldo se va, ofuscado. Nicolás no entiende, pero decide quedarse con Pablo, que ya está hablando con Mariano.

-Hola... Che, vos sabés que Pilu ya tuvo una historia con la hermana de Salomé...

-...

-No seas boludo, Mariano. Terminaron mal.

-...

-No interesa... Si te dijo que no, basta.

-...

-Se fue.

-...

-Me lo voy a quedar yo. No lo llames porque hasta la tarde te voy a atender yo. Chau.

Pablo corta la comunicación y comienza a insultar a Mariano. Es claro que hay muchas cosas que Nicolás no sabe. Le pregunta a Pablo.

-Medio que Pilu tiene que hacer lo que él dice, viste. Y Pilu lo hace porque es como su hermano mayor. Y como todos sabemos que yo no soporto estas cosas, cuando Pilu no puede más, me ocupo yo. Ya nos cagamos a trompadas dos veces con Mariano.

Pablo se queda mirando el piso, rascándose la oreja. Luego, golpea la pared con el puño cerrado y se va hacia el aula. El timbre está sonando.

Desde la puerta de su división, Julieta saluda a Nicolás con la mano. El próximo recreo será de ellos.

Todas las tardes, Nicolás se sube a su bicicleta. Su bicicleta. La que armó con sus propias manos. Y se siente cómodo, muy cómodo, en ese asiento.

Cada tarde practica tenazmente los giros y los saltos que le salen bien y se ensaña con los que le salen mal. Solo. Cuando surge mostrar a sus amigos lo que sabe hacer, hace lo que le sale a la perfección; el resto lo esconde hasta dominarlo. Admira la soltura de los demás, él no es espontáneo.

De lunes a lunes la bicicleta de Nicolás rebota y gira bajo el peso de su dueño y el

Paula Bombara

asiento va ganando las grietas y el lustre que solo da el uso.

De lunes a lunes, protectores en las pantorrillas y, aún así, dolor.

De lunes a lunes, dolor en las muñecas. Muñequeras. Guantes.

De lunes a lunes, el sueño de hacer rotaciones del cuadro en perfecto equilibrio, con los pies sobre los picos delanteros, el manillar a centímetros del suelo sin tocarlo, las manos girando en lo alto la rueda trasera y el torso bien alejado del asiento, tan veloz y elegante como Dave Mirra.

Todas las tardes, la idea casi imposible de que le importe menos hacer las cosas bien.

De lunes a lunes. Determinación para que los trucos salgan.

De lunes a lunes. Sudor que brilla pero no sonrío.

De lunes a lunes, todas las tardes, el rojo del cuadro marcando su sombra.

Solo, Nicolás se monta sobre su bici y trata de dejarse llevar por la felicidad de su presente.

15.

Un día, un auto de modelo muy nuevo, azul brillante, se detiene frente a Nicolás. Él está practicando con su bicicleta en el playón de estacionamiento, concentrado en los movimientos de su cuerpo. Los del auto tienen que tocar la bocina para que advierta su presencia.

Nicolás apoya los pies en el piso y mira el parabrisas. La puerta se abre y sale Leopoldo, con anteojos negros y un gorro al tono. Su sonrisa parece más blanca por la luz del sol de la mañana.

-¿Qué hacés acá solo, man?

-¡Qué hacés vos! Yo, practico. Y estaba de lo más tranquilo...

-Vení. Subite al auto. Dame la bici que la guardo
-Leopoldo agarra la bicicleta y la pone en el baúl mientras le explica-: Vamos con Mariano a lo de un tío nuestro que tiene una quinta espectacular. Hoy están filmando una propaganda y necesitan gente. Extras. La pasás bomba y te traés unos pesos. ¿Venís?

Nicolás no duda.

En el auto, reconoce a Mariano. Luego de tantos años sin verlo, lo nota mucho más cambiado que a Leopoldo. Es casi dos años más grande que ellos, pero parece mucho más. Hablan de las tardes compartidas en la infancia. Mariano también lo recuerda.

Pasan un minuto por su casa para dejar la bicicleta y para que Nicolás se ponga una ropa con más onda. Siguen viaje. Sus padres no tienen tiempo de pedir explicaciones. Un "Paso el día con Pilu. Vuelvo a la noche", gritado al salir, es suficiente información.

En la autopista, escuchando música y con Mariano y Pilu poniéndolo al tanto de toda la gente que estará en la quinta, Nicolás se prepara para un día fuera de lo común.

A la noche, recordando los cuerpos sinuosos de las modelos, la cantidad de comida y bebidas que había, la actitud fingida que Mariano les había recomendado para parecer más grandes, la mujer que dirigía la coreografía, que lo había puesto en primera fila por sus ojos verdes cargados de pestañas, la alegría falsa que tenían que expresar para que la gente comprara más de esa bebida energizante, mientras espera que

el relax llegue para poder dormirse, Nicolás tiene la fugaz visión de unos ojos de un verde bien verde. En ellos se detiene y se concentra: ¿dónde los había visto? Repasa caras nuevas y viejas. Buscando la respuesta en su memoria, se queda dormido.

Si su hermana no hubiera estado en esa fiesta, nada de lo que pasó luego habría ocurrido. Nada. Ni lo de Zoe, ni lo de Felicitas, tal vez ni siquiera hubiera ido a la fiesta de María Martha con sus amigos. Tal vez, solo tal vez, hubiera disfrutado la noche saliendo con Julieta.

Nicolás no puede pensar en qué pasará luego porque, ahora, en el único tiempo que existe, todo su cerebro está ocupado por la imagen de un desconocido que acosa a su hermana.

Él no hubiera saltado así, si la chica era otra. Pero ver que Sol no sabe cómo hacer para salir de esa situación, lo pone furioso.

Codea a Leopoldo y con un gesto le indica la escena.

-Nico, vas a tener que aguantarte los buitres sobre tu hermana. Sol está buena, qué querés que te diga...

-Mirá cómo la mira, Pilu. Y mirá la cara de ella. Es obvio que quiere sacárselo de encima.

-Sí... pero tengo que decirte algo.

-¿Qué?

-Ese flaco es el hermano de Julieta.

-¿En serio...? -Nicolás busca a Julieta con la mirada mientras responde-. ¡Y qué me importa! Sol es mi hermana y ese se está equivocando.

Leopoldo hace un gesto que indica que lo seguirá. Nicolás va primero, esquivando a los que aparecen a su paso, con la intención de apartar bruscamente al buitre. Pero no llega ni a tocarle el hombro. Su amigo ya está delante de él, saludando al desconocido, protegiéndolo del desconocido.

-¡Nacho! ¿Sos vos? ¡Tanto tiempo!

-Hola, Pilu, qué pasa, no ves que estoy con esta princesa. Disculpalo, linda, ¿en qué estábamos?

Sol aprovecha para escurrirse por un costado. Ve a su hermano y lo agarra del brazo.

-No, no, todo bien -le responde. Y luego-: te presento a mi hermano.

-¿Quién es tu hermano?

Cuando los ojos enrojecidos de Ignacio se encuentran con la mirada de Nicolás, la música suena más grave para ambos. Las hermanas no son un asunto menor. Menos, las hermanitas.

-¿Vos no sos el gil que anda con Juli?

-Sí. Soy yo.

No hay piñas ni empujones ni trompadas. Sí, un acuerdo muy claro. Ignacio no se acercará más a Sol, pero al día siguiente, Nicolás y Julieta tendrán que dejar de salir. Nicolás no protesta, decide en ese mismo instante que no le hará caso; sin embargo, asiente. Sellan el acuerdo con un apretón de manos que a Leopoldo le da risa.

-¡Tampoco es para tanto! ¡Ni que las chicas fueran de vidrio! ¿Qué opina Julieta de todo esto? ¿O no te importa lo que ella pueda decir?

-Callate, Pilu. Esto es entre este gil y yo -dice Ignacio-. En mi casa, mi hermana y mi vieja hacen lo que yo digo.

Y resulta que es verdad. A la mañana siguiente, domingo, Julieta llama por teléfono a Nicolás y le dice que no pueden seguir saliendo. Que la perdone, que su hermano es así. Que mejor hacerle caso.

Además de lágrimas, hay miedo en esa voz.

Él se resiste, le dice que pueden seguir sin que él se entere, que no puede vivir haciendo lo que su hermano quiere, que algo se les va a ocurrir.

Pero Julieta se niega.

-Yo también estoy muy mal por terminar así, Nico. Lo siento muchísimo porque la paso muy bien con vos... pero es así, viste. Es así: lo nuestro fue, Nico. Fue.

Fue.

La voz de Julieta lo persiguió el domingo entero. Sol lo consoló como pudo. Nicolás se dejó mimar. Luego salió con su bicicleta.

A veces es mejor que no haya palabras alrededor. Sentir los ruidos y los roces y la respiración y que la piel transpire y que los músculos ardan y que los frenos chillen y que los pedales se traben contra sus piernas y que los pies resbalen y que el cuerpo caiga y se levante otra vez a patear la pared y a enderezar la bicicleta y vuelta a empezar y seguir y seguir y seguir hasta que el corazón sea una bomba a punto de explotar.

En la plaza del centro, el punto de reunión de los bikers, Matías, Nicolás y Rodrigo habían conocido a unos chicos. Iban a mirar, a desear.

En los momentos de descanso, les prestaban sus bicicletas. No hablaban, pero había mucho que Nicolás quería saber. Sobre todo acerca de uno de ellos, el Ñoqui, dueño de una mirada dura y franca.

Pronto se dieron cuenta de que el Ñoqui era más talentoso arriba de la bicicleta que todos los chicos de la plaza juntos. Nicolás aprendía trucos cada vez más difíciles solo para enseñárselos al Ñoqui y verlo. Era placentero hasta

verlo caer. Hasta eso lo hacía con elegancia. Cuando caía, el Ñoqui se levantaba una y otra vez, con una tenacidad que superaba largamente la de los demás. En cuestión de horas, aprendía la prueba y la mejoraba. El Ñoqui se encogía de hombros cuando lo felicitaban.

A Nicolás, además de placer, mirarlo le daba envidia. Una envidia inconfesable que le provocaba malestar. Le molestaba que fuera tanto más talentoso que él. No podía remediarlo. Solo aprender a aceptar las diferencias. Así como había aceptado que Rodrigo era más inteligente, Matías más fuerte y él, más lindo.

Con el paso del tiempo, el Ñoqui se hizo un lugar en el grupo. Sus amigos se aburrían de la plaza pero él quedó.

Una tarde, les contó que su apodo se debía a su gusto por los ñoquis. Matías se levantó, fue a la rotisería de la esquina y le trajo una porción doble con estofado. Eran las seis de la tarde pero el Ñoqui dejó la bandeja limpia. Matías se moría de risa viéndolo comer. Y el Ñoqui también se divertía, exageraba sus gestos mientras comía, brotaban carcajadas de su boca llena.

Nicolás, no. No veía la gracia. ¿De qué se reían?

—¿Y cómo te llamás? —le preguntó, acuchillando las risas—. ¿No te jode que te digan así?

—No. Soy el Ñoqui. Me gusta ese sobrenombre —le respondió él.

—“Ñoqui” también se les dice a los inútiles.

—¿Y?

—Pero yo quiero llamarte por tu nombre.

—Como quieras, pero no te voy a contestar. Soy el Ñoqui.

—¿Y cómo te llamás?

—Cortala, Nicolás —dijo Rodrigo—. Uno se llama como se llama. Él se llama el Ñoqui. ¿Tan complicado te parece?

—Jorge —contestó finalmente el Ñoqui, ya sin reír—. Como mi viejo.

Después de esa conversación, su apodo, “Nico”, le pareció insulso. No tenía que ver con nada que le gustara. Tampoco con algo que le disgustara. Era el nombre que sus padres habían elegido para él. ¿Cuánto tenía que ver con él su nombre? ¿Cuánto mostraba de él su nombre?

Veía al Ñoqui sobre la bici y su felicidad brillaba hasta en las gotas de sudor. ¿Por qué él, Nicolás, no podía disfrutar así? ¿Por qué, si supuestamente era lo que más le gustaba hacer en el mundo?

—A vos te falta dejarte llevar, man —le dijo el Ñoqui una tarde en la que nada le salía como quería—. Te ponés muy serio arriba de la bici. Pensás mucho. Si te dejaras... las cosas te saldrían más fácil. Las que no te salen, te saldrían.

Nicolás lo miró, y luego se concentró en el piso de cemento. Le costaba aceptar los consejos de Ñoqui porque le costaba no sentirse un nene a su lado.

—Puede ser —le contestó—. Puede ser...

19.

Lo de Zoe empezó casi sin que Nicolás se diera cuenta. Demasiado cerca de su ruptura con Julieta. Demasiado cerca del dolor que le provocó ese quiebre.

En tres meses, dos chicas. Leopoldo y Pablo lo cargaban todo el tiempo por eso. Rodrigo y el Ñoqui también. Matías no paraba de decirle "Belleza".

¿Y él? No está con ánimo de salir con otra. No quiere.

Pero Zoe... Es difícil decirle que no. ¿Cuántas chicas así conoce?

Sus amigos tratan de convencerlo para que afloje, pero él no quiere. Sabe que es divertida, inteligente, bonita. Lo dicen todos todo el tiempo. "Está mejor que Julieta." Lo dicen demasiado. La vitalidad de Zoe le saca las ganas. No es una chica que acepte los "no" fácilmente. Es una chica que presiona para que los "síes" florezcan a su alrededor. Pero Nicolás sostiene su no y, sin darse cuenta, eso lo hace aún más irresistible.

Otra novia, por ahora, no. Amigas, sí.

Pero Zoe insiste en colgarse de su cuello y tirarle indirectas.

Leopoldo, Pablo y Felicitas miran y se ríen. Solo a veces, cuando notan que Nicolás ya no da más de tanto devolver pelotas en este *match* inacabable, le dan una mano. Felicitas arrastra a Zoe al baño o los chicos la enredan en una conversación sin rumbo.

Ahí, Zoe lo mira y, en un silencio que busca hacerlo cómplice, lo apunta con el dedo. Durante ese gesto, Nicolás tambalea. Tambalea, pero no cae.

20.

Cumpleaños. Diecisiete.

Falta solo uno para dejar de pedir permiso para salir de noche.

Falta solo uno para terminar la secundaria y entrar en eso que llaman "la realidad".

Nicolás festeja y recibe regalos, como cualquier otro año.

Su mamá deja escapar una lágrima cuando le cantan el "que los cumplas feliz", una lágrima ínfima que él ve brillar en su mejilla a la luz de las velitas. Piensa en abrazarla cuando ella se le acerca, presurosa, a darle el primer beso después de la ceremonia de la torta, pero no lo hace. No le sale. Sin embargo, el

Paula Bombara

beso dura un segundo más. Y ella se estremece un poco antes de correr a buscar las servilletas.

Sonríe mirando el diecisiete de cera, ahumante todavía.

Diecisiete es una buena edad.

21.

Felicitas toca el timbre a la hora de la siesta. Viene de parte de Zoe, dice. Nicolás le responde que espere. Baja en ascensor, abre la puerta.

-Hola, Nico. Te traigo esto de parte de Zoe... -Felicitas le da un beso y un paquete.

-¿Qué es esto?

-Un regalo. Le da vergüenza dártelo.

Nicolás la mira divertido mientras abre el regalo. Se encuentra con unos guantes para andar en bici que él quiere desde hace tiempo. Los contempla anonadado y luego clava la vista en Felicitas.

-Son muy caros, Feli...

–Nunca la vi así. No sé qué decirte... Estará enamorada.

Nicolás se los pone, abre y cierra las manos, piensa en cómo sería tocar el manubrio con esos guantes. De pronto, un mal pensamiento lo hace hablar.

–Si los acepto va a pensar que voy a salir con ella...

Felicitas mira sus manos enguantadas. No dice nada por unos segundos. Luego sacude su cabeza negativamente.

–No creo. Zoe no es así. No se animó a llevártelos el día de tu cumple. Es un regalo demasiado personal...

–...

–Si no te los quedás vos, van a terminar en las manos de Pilu. No conocemos a nadie más que ande en esa clase de bicis...

Nicolás la mira con una sonrisa.

–Y Pilu me los va a dar a mí. A él no le gusta andar con guantes.

–Si querés hacé eso. Total, los guantes van a terminar siendo tuyos.

–...

–...

Nicolás se mira las manos una vez más y dice:

–Decile que los acepto, pero que no quiero salir con nadie por ahora.

–Bueno...

–Y también decile que no te use de mensajera.

Felicitas lo mira con seriedad y de pronto a Nicolás se le acelera el corazón. Se queda suspendido dentro de esos ojos verdes. Nunca había visto a esa Felicitas. Se

da cuenta de que dijo algo de más. Y cuando la mirada lo aprieta contra la pared, se percata de que no es que haya dicho algo de más: es peor que eso. Reflejado en esos ojos ve su rostro transformado en caricatura. Se siente estúpido.

–Es mi amiga, Nico. No me usa. Yo pasaba por la puerta de tu casa para ir a lo de mi abuela, que vive allá, en el edificio de aquella esquina –Nicolás mira el edificio color crema, cualquier cosa es mejor que verse transformado en una caricatura–. Es mi amiga y tiene vergüenza. Yo me ofrecí.

–Perdón... tu abuela... soy un tarado...

–Sos un tarado... –repite Felicitas, desembarazándose de su timidez.

Nicolás la mira con preguntas entre las cejas, es otra Felicitas sin su timidez.

–No pienso que...

–Chau –dice Felicitas, interrumpiéndolo con un beso fuerte, tratando de expresar su enfado en ese choque.

Nicolás se queda mirándola hasta que llega al edificio de la esquina de enfrente. Le gustó la fuerza de ese beso, sigue sintiéndolo en su mejilla. La ve sacar un llavero de su bandolera. Todavía está estudiándola cuando ella gira la cabeza y sus ojos se encuentran de nuevo. No desvían las miradas. Felicitas levanta su palma abierta y, sin sonreír, dice "chau" antes de entrar. En un parpadeo ya no está. Y él se pregunta cómo es que no la vio antes, tantos días sentada delante de él. Entonces recuerda que siempre mira a Zoe, que es Zoe la que acapara las miradas. Con la vista fija en ese

lugar donde ella ya no está, Nicolás murmura su sorpresa y se sobrepone al momento.

Luego mira sus guantes nuevos y se los ajusta. Quiere probarlos en la bicicleta ya mismo.

22.

Jueves. Una llamada. Es Leopoldo, que está por llegar. Nicolás se apura. Agarra la bicicleta y le grita a su mamá que sale. No espera a escuchar la respuesta.

Por la calle, paseando como si estuviera en la playa, viene Leopoldo. Nicolás le extiende la mano a modo de saludo.

-¿Vamos? -dice Leopoldo con una sonrisa.

-Vamos.

-¿Saben que vas conmigo?

-Sí, ya hablé con ellos.

Mientras recorren las cuadras que los llevan a la plaza del centro, Nicolás piensa en

Rodrigo, en Matías y en el Ñoqui. ¿Qué pensarán de Leopoldo? Rodrigo ya lo había visto, pero ¿encajará con el resto? Desea que sea uno más. Cinco es un buen número. El tránsito en aumento le quita esas preocupaciones de la cabeza: hay que prestar atención si no quiere morir aplastado.

Apenas llegan, la preocupación vuelve; pero Leopoldo se encarga de hacerla un bollo y patearla al cesto de basura. Su amigo *viejo y nuevo* se une cómodamente a todos los demás.

Al caer la tarde, cuando las luces de la plaza ya no alcanzan para seguir pedaleando, los chicos se sientan en círculo a conversar sobre sus planes de fin de semana. Rodrigo y Matías los invitan a un baile organizado por el centro de estudiantes del Pellegrini. El Ñoqui cuenta que ya arregló para salir con los amigos de su barrio. Nicolás dice que prefiere ver una película. Leopoldo hace cara y pregunta por qué ver una película si pueden ver chicas.

-¿Qué idiota, Pilu. No quiero ver chicas. ¿Cuál es el problema?

-El problema es que estás enfermo, Nico. ¡Cómo no vas a querer conocer más chicas!

-Callate, gil, vos hasta los quince no opines de mujeres -le responde medio en chiste, medio en serio al Ñoqui-. No quiero ver chicas. No hay ningún problema.

-¡Mentiroso! ¡Vos te quedaste así después de Julieta y lo del regalo de Zoe ahora te está trastornando el cerebro!

-Si esos guantes te están poniendo tan mal, creo que deberías dármelos... -dice el Ñoqui con una sonrisa.

-Justo eso estaba pensando, mirá vos -Nicolás lo agarra y hace un amague de pelea.

-¿No te parece que Pilu merece una chica que le haga regalos como ese? -Rodrigo trata de volver a la conversación-. Una chica como Carla, por ejemplo...

-Carla iría muy bien con Pilu -opina Matías.

-Sí -Nicolás piensa unos instantes mirando el piso y vuelve a él una serie de recuerdos cálidos, cosas que no va a olvidar nunca-, es cierto. Es la chica para Pilu.

-Bueno, queda decidido entonces -dice Leopoldo frotándose las manos-. La película, Nico la ve mañana; y el sábado vamos a bailar.

Nicolás se afloja. Sabe que va a divertirse.

-Bueno, bueno. El sábado te la presento a Carla. Tiene un chihuahua. Y el padre toca el bajo en una banda de rock. Te va a encantar.

Esa noche, Leopoldo se queda a dormir en la casa de Nicolás. La excusa es estudiar y todos saben que será lo menos importante. Es la primera vez que los padres de su amigo lo ven después de tanto tiempo. Todos están muy contentos. La cena se nutre de anécdotas de los años que los chicos compartieron, de noticias del viejo barrio que Leopoldo cuenta y el resto comenta con frases del estilo de "¡Te acordás!", "¡Uy, cuánto tiempo que pasó!", "¡Sigue existiendo!".

Luego, no puede ser mejor. Hablan y miran videos de bikers en YouTube hasta cansarse, juegan con la

Paula Bombara

consola de Nicolás, se ríen juntos viendo dibujos animados del coyote y el correcaminos.

Cuando faltan apenas tres horas para levantarse, deciden estudiar un poco. Al día siguiente tienen evaluación de Literatura.

23.

Desde el episodio de los guantes, Felicitas y Nicolás se tratan de otra manera. Más adulta, quizás. Más distante, seguro.

Lo que sintieron al mirarse aquella tarde fue demasiado intenso como para tolerarlo. Fue una mezcla turbia de deseo, admiración y zozobra.

Ambos decidieron no hacer lugar a esa extraña sensación. Había algo oscuro allí. O profundo.

Y en el medio: Zoe.

Para ambos resulta mejor no explorar esa intensidad. No, mientras sea posible.

La fiesta del Pelle. Entrar con Leopoldo es terminar de unir sus mundos. Nicolás sabe que, tarde o temprano, el futuro está en su presente, en lo que hoy es, aún, un poco desconocido. Su ex colegio, con su gente y su música y todo aquello tan fácil de respirar, quedará en el pasado como una experiencia que se truncó. Pero esa noche de sábado, esos rostros tan familiares que le palmean el hombro con alegría de verlo le hacen pensar otra vez que es una pena no poder dar marcha atrás.

Leopoldo observa y pronto encuentra la forma de encajar. A él, adaptarse a distintos

ambientes no es algo que le traiga problemas. Al contrario, disfruta del desconcierto inicial, del desafío posterior. Codea a Nicolás para preguntarle si aquella chica, de ojos grises delineados y la punta de los cabellos teñida de rosa, es Carla.

-¿Cómo supiste? -se asombra Nicolás.

-No lo sabía, pero me alegro -le responde Leopoldo-. Esa chica me encanta.

Nicolás podría irse tranquilamente. La noche transcurre, la música cambia, la gente se mueve y Leopoldo sigue conversando y bailando con Carla. Cuando ella y sus amigas se van, vuelve a reunirse con Nicolás, que lo espera, junto a Rodrigo y a Matías, para ir a desayunar.

-Te dije, Belleza, que eran tal para cual -dice Matías, sabiendo que Leopoldo se acerca y lo puede escuchar-. ¿Teníamos razón o no, Pilu?

Leopoldo sonríe y no dice nada.

-Callate, Cupido motorizado -lo reta Nicolás-. ¿Adónde dejaste el auto?

-A la vuelta. Pero antes, vamos a desayunar.

Esquivando cuerpos recorren el pasillo que lleva a la salida. Es oscuro, y la rendija de luz que se ve por debajo de la puerta muestra un día nuevo. ¿Y la noche? Tan corta, tan bien disimulada detrás de las nubes de humo y las luces sincronizadas de la pista. Abren la puerta entrecerrando los ojos de antemano.

A Nicolás no le gusta esa sensación de no-paso del tiempo adentro de los boliches. Le molesta encontrarse

con el sol al salir. La basura que la diversión generó lo incomoda. A la luz del día, las botellas, los papeles, los chicos y las chicas apostados en las esquinas, algunos doblados de sueño o borrachera, le resultan deprimentes.

La resaca, lo que queda después de que las olas se retiran de la orilla.

Quiere saber si Leopoldo verá a Carla.

-No por ahora -le responde su amigo-. En la semana va a ser complicado porque ella tiene que estudiar y el fin de semana que viene se va con los padres a una quinta, no sé bien qué me dijo. Después, más adelante, sí... No la voy a dejar pasar...

Luego, Pilu baja la cabeza y lo mira de costado. Una pregunta aparece en sus ojos y no necesita formularla. Nicolás la ve y la entiende.

-Alguna vez tuvimos una historia, pero terminamos bien. Es una amiga. Está todo bien, Pilu. Tenés mi bendición...

-Pero si te portás mal con ella te cagamos a trompadas -agrega Matías desde atrás.

Nicolás sonríe. Caminando al lado de Leopoldo, escoltado por Rodrigo y por Matías.

Definitivamente, el pasado y el futuro se han conectado.

La semana siguiente comienza atravesada por una gripe. Lunes y martes, en casa, encerrado, sin bicicleta pero con una fiebre que lo mantiene rebotando. El miércoles ya está mejor y vuelve al colegio. Se entera de la fiesta de María Martha, la hermana de Marcelo, un compañero con el que jamás habló. Todo lo que le cuentan de la fiesta le parece complicado, tal vez porque aún le resbalan mocos de la nariz y eso le molesta.

Es lejos.

Hay que conseguir un auto.

No conoce a nadie.

Es el primero en proponer otra cosa.

-¿Por qué no vamos todos a la casa de Pablo, como dijimos la semana pasada?

-Ni loca, nene. La fiesta va a estar buenísima. Le pusieron toda la plata, entendés. ¿Cuántas veces tuviste un boliche para vos solo? -dice Zoe desde el banco de adelante.

-Invitó a medio mundo, Zoe, no vamos a estar solos.

-Bueno, pero es toda gente conocida. Hasta la podemos ubicar a Feli...

-Callate, tarada, yo no necesito que me ubiques en ningún lado -la voz un poco ronca de Felicitas vibra en el diafragma de Nicolás.

-¡Era un chiste, boba!

-A mí tampoco me dan muchas ganas de ir.

-¡A vos tampoco! ¡Te voy a matar, Felicitas! ¡Me dijiste que te morías de ganas!

-Vos dijiste eso. Yo tenía ganas pero ahora no... Después te cuento.

-No. Decime ahora.

Nicolás se aburre y se levanta de su silla. Le hace una seña a Pablo, que lo sigue. Las dejan cuchicheando y buscan a Leopoldo.

-¿Qué te pasa?

-Nada, no tengo ganas de ir. No conozco a la que cumple años, nunca hablé con el hermano. No entiendo por qué estoy invitado.

-Porque tienen toda la torta y porque vos tenés la jeta que tenés.

-...

-...

-¿Qué va a hacer Pilu? -pregunta Nicolás, malhumorado.

-No sé, no me comentó nada -responde Pablo.

Por fin lo divisan saliendo del baño. Le hacen señas. Él se acerca caminando tranquilo, con las manos en los bolsillos.

-¿Qué pasa?

-¿Vas a ir a la fiesta? -pregunta Nicolás.

-¿Qué fiesta?

-La de María Martha, la hermana de Marcelo -aclara Pablo.

-¿Hace una fiesta?

-¡Cumple quince, colgado!

-Dale, vamos. ¿Dónde es? -la determinación de Leopoldo deja a los otros dos sin respuesta.

-Lejos.

-Bueno, le decimos a mi primo que nos lleve.

-¿Así nomás? ¿Así de fácil? -pregunta Nicolás aún un poco molesto.

Sus amigos lo miran y se miran.

-¿Y a este qué le pasa? -le dice Leopoldo a Pablo.

Pablo responde con un gesto.

-¿Y Mariano querrá llevarnos? ¿No importa si no está invitado? -vuelve a preguntar Nicolás.

-Seguro que lo invitaron. La hermana mayor era compañera de él. Igual, pará que le pregunto.

Saca el celular. Le escribe un mensaje. Recibe la respuesta inmediatamente. Sí, los lleva. Él también está invitado.

Paula Bombara

El problema del transporte, resuelto.

Aun así, Nicolás sigue sin ganas de ir a la fiesta. Leopoldo lo mira.

-¿Qué te pasa?

-No sé. No tengo ganas. No conozco a nadie. Qué se yo... ¿Por qué no hacemos otra cosa?

-No tenés que conocer a nadie, gil. Vamos a divertirnos -responde Leopoldo.

-Venite primero a casa y después vamos a la fiesta -le dice Pablo.

-...

-Si no nos gusta, nos vamos a otro lado. No te compliques -agrega Leopoldo.

Nicolás dice que sí con la cabeza y se acaba la conversación.

26.

Realmente se notaba que la familia de María Martha había gastado mucho dinero en la fiesta. Bebidas, comida, DJ, pantallas de video gigantes.

Nicolás mira todo eso y se siente en otro mundo. Aclara sus pensamientos: ese nuevo mundo también es el suyo y el de sus amigos. Un mundo más complicado, con más relaciones, con más planes. Se le vienen encima pensamientos sobre cómo será el futuro luego de este último año de colegio. Los despeja con un trago de cerveza. No es momento de pensar en esas cosas. Busca a Leopoldo y a Pablo con la mirada, no los encuentra. Se sienta.

Paula Bombara

Sin pedir permiso, Zoe se sienta a su lado y le habla:

-Ya sé que no querés salir conmigo -le dice-, y voy a dejar de insistir.

Nicolás la mira, agradece con una bajada de cabeza; no está allí, está lejos. Está lejos y se ve desde afuera. Ve que Zoe le habla y él la mira sin escucharla y también ve cómo mira los restos de espuma en su vaso vacío. Pasados unos minutos, finalmente la oye decir que quiere un beso, nada más que un beso, y ve los ojos miel brillando lágrimas. Un beso es nada más que un beso, ¿por qué no darle un beso? Sigue lejos cuando se ve besando brevemente a Zoe. No siente nada pues está lejos de sí mismo.

Zoe dice que es una hermosa despedida, y sonrío.

Mientras se va, Nicolás la sigue con la vista hasta que en su mirada aparece Felicitas.

Felicitas hace temblar su pulso. Deja de mirarla, entra en sí mismo y se va en busca de sus amigos. Nicolás piensa mientras camina que si algo tiene que pasar con esa sorpresa de ojos verdes y voz algo ronca, debe ser esta noche.

27.

201

Tres horas más tarde, surge la oportunidad. Surge cuando Nicolás ya tiene ganas de irse. Pero es el único, parece. Pregunta. Zoe quiere quedarse un rato más. Leopoldo está hablando con un par de compañeros. Mariano, en unos sillones, conversa con su novia Salomé y otros amigos. Pablo fue al baño. Felicitas tiene cara de aburrida, o de cansada, no se nota muy bien la diferencia. Las luces le iluminan el rostro de una manera extraña. Nicolás se queda observándola hasta que Zoe le llama la atención:

-¿Por qué mirás tanto a mi amiga?

Responde la verdad:

-Mirale la cara. Las luces. Mirá cómo se le ponen los ojos. La parte blanca de los ojos.

Zoe mira a Felicitas y sonrío.

-Es muy hermosa mi amiga... ¿Venís a bailar?

-No tengo ganas...

-Vos te lo perdés -responde ella yendo a la pista.

Nicolás está tan cansado que los sonidos lo atraviesan como si fueran flechas y él, un blanco fácil. Aun así, se acerca a Felicitas.

Ella lo mira con curiosidad.

-¿Sabés? -dice Nicolás, con cautela-. No sé cómo decirte esto, pero cada vez que te miro me pasan cosas.

Felicitas se ríe y el tiempo es puro presente.

-¿Cosas?

-Sí, cosas. Me tiembla el pulso, me late un ojo, me siento un idiota... Cosas.

Felicitas no dice nada.

-¿A vos te pasa algo así? -Nicolás transpira de miedo al ridículo. Hizo su movida y debe esperar.

Felicitas continúa mirándolo. Mirándolo sin decir nada.

De pronto, le toca un brazo y le dice que la siga.

Él va. Hacia afuera, hacia esa noche que ya está dejando de serlo.

-Adentro no se puede hablar -se excusa ella, sentándose en un coqueto silloncito blanco.

Nicolás sonrío, aunque no sabe bien por qué. Se pregunta si será una chica de estrategias. Salir no le

parece que haya sido una, le parece la pura verdad. Se sienta a su lado y gira una pequeña vela que ilumina el lugar. Felicitas mira la luz y le devuelve la sonrisa.

-No me imaginé que podían pasarte cosas conmigo.

-...

-No sé qué responderte. Me parecés muy lindo, obvio, como a todas...

-... -su cara ahora le pesa más que nunca. Mira hacia el piso.

-No sé...

Nicolás se nubla. Mira el azul intenso del día que se desprecia. De pronto, aparece un brillo nuevo en el movimiento de Felicitas. Una decisión que, inexplicablemente, él ve. Ve a la Felicitas que da besos fuerte.

-Mirá: no sé qué me pasa con vos porque Zoe está enamorada de vos. Entonces yo... ¿me entendés?

-Me parece que Zoe ya sabe que no quiero nada con ella -le responde, serio.

-Sí, ya sé. Me dijo. Pero está enamorada... Si mañana te ve conmigo...

Nicolás entiende.

-Ya. Vayamos viendo cómo resolver eso. ¿Dale?

Felicitas asiente y mira hacia arriba. Al cansancio se ha sumado la tensión de este desconcierto. Aunque notaba un cambio en Nicolás, le cuesta creer que ella le guste al punto de confesárselo así, tan de frente. Decide disfrutar de este momento tan azul. Se afloja en el sillón y mira el cielo más cómoda.

-Qué color, ¿no? El amanecer. Me encanta verlo a esta hora.

Paula Bombara

Nicolás sonríe otra vez. Se siente bien. Mira la mano de Felicitas, relajada sobre el sillón y la cubre con la de él. La siente fría y le dan ganas de abrazarla. De abrigoarla. Pero decide no hacerlo y concentrarse en la mano que, suavemente, está acariciando con su pulgar. Dijo que entendía y es cierto. Esperar  el tiempo que sea necesario.

SEGUNDA PARTE: FELICITAS

1.

Te moriste.

Te moriste, nena, y no me avisaste para que me preparara con tiempo.

No pudimos despedirnos. ¡Por qué no pudimos!

¿Supiste que te ibas a morir? ¿Pasó tu vida delante de tus ojos en los últimos segundos?

No importa.

Ya no importa.

Ya nada me importa.

2.

Si hubiéramos sabido que te ibas a morir, ¿hubiéramos sido tan amigas?

¿Hubiera pasado todos estos años de mi vida planificando hacer cosas con vos? ¿Vivir juntas cuando fuéramos grandes? ¿Sabiendo que la única que llegaría a ser mayor de edad sería yo? ¿Lo hubiéramos hecho?

Te lo pregunto así porque vos, Zoe, sos de esas mujeres que van de frente.

Vos dijiste "Yo voy adelante con Nico".

Y yo, que me hacía problemas porque tenías puesta una mini. No podés ir a upa de un chico si tenés puesta una mini. No podés. Menos a upa de Nico, que te dijo mil veces

Paula Bombara

que no quería tener nada con vos. Menos a upa de Nico, después de que nos viste charlando en el silloncito. Yo dije: "No, que Nico venga atrás. Yo voy adelante con Zoe". Y vos: "¡Feli, ya fue! Así estamos perfecto". Y me miraste con cara de asesina.

Por vos, tarada, mil veces tarada, yo salí del auto re golpeada, pero viva.

3.

Cuando te conocí, envidié que tuvieras trenzas. A mí me habían cortado el pelo para que no se me subieran los piojos. Parecía una manzana, con mi cara redonda y ese corte de pelo. Vos llegaste al jardín con las trenzas negras y gordas, larguísimas. Y me miraste con tu cara de "soy la reina del mundo y nadie va a cambiar eso". Te paraste detrás de mí. En la sala, la seño dijo todos nuestros nombres en voz alta. El mío tan largo y el tuyo tan corto.

Y te sentaste al lado mío. Y me miraste seria, de reajo.

Y yo te dije qué me importa con los hombros y me fui al lado de Pilu.

Paula Bombara

Así empezamos, Zoe.

Y te seguí diciendo qué me importa durante itrece años!

Y ahora sí me importa, sí me importa, sí me importa que no estés conmigo. .

4.

Me acuerdo de que en uno de los libros que leímos juntas el chico tenía la sensación de estar desapareciendo. Empezaba como prepotente, diciendo que no tenía ganas de contar detalles de la vida de nadie. Me acuerdo cómo nos gustó eso de cruzar una calle con la sensación de estar esfumándose.

Yo estoy a medio camino. Si quisiera, podría hacerme humo ya mismo. Y sin embargo me viene a la mente esa energía de la primera página... no creo que vaya a desaparecer, Zoe.

Me dijeron que tal vez me haga bien escribir... No quiero escribir una palabra,

Paula Bombara

pero tengo tiempo de sobra para pensar. Pensar en nosotras...

Seguro que voy a ser confusa. Porque ahora siento que siempre estuve confundida. No sé. Como que vos eras una especie de brújula. Pero sin vos estoy como cuando salimos de un boliche o de un recital, viste. Los oídos me zumban. La cabeza me da vueltas...

Mis papás están preocupados. Me van a llevar a ver un psicólogo... Una, me parece. Creo que es mujer.

Tenemos turno para el próximo martes. Justo ese día se cumple un mes del accidente.

Si no te hubieras muerto estarías organizando una fiesta...

Bueno, festejarás con Nico y Mariano. Imagino que están todos juntos, ¿no?

5.

Tengo que contarte algo. Importante.

No llegué a hacerlo antes, no tuvimos tiempo, no era el momento ni el lugar, me parece...

Ay, Zoe, tus ojos de asesina me pesan más que nunca.

Nico me dijo que le pasaban cosas conmigo. ¿Podés creer?

Una vez que un chico me prefiere a mí, se muere. Ja.

Yo... yo le dije que no podía pensar en mí porque vos estás enamorada de él... Pero, la verdad es que a mí también me gusta Nicolás. Claro, cómo no me va a gustar, con lo lindo que es.

Paula Bombara

Que era.

Me dijo que vamos a ir viendo...

Ya no vamos a ir viendo nada, Zoe. No puedo ver más allá de tus ojos de asesina y tu voz algo nerviosa diciendo:

¡Feli, ya fue! Así estamos perfecto.

Perfecto, nada.

Perfecto nada, Zoe.

6.

¿Sabés qué me dijeron hoy? Que el show debe continuar. Hay gente que me parece que no entiende lo que pasó. Mi papá es uno de esos. Él porque escucha Queen y su ídolo es Freddy Mercury. ¿Sabés qué le contesté? Que la vida es tiempo que pasa y yo lo paso como se me da la gana. ¿De qué show me está hablando?

¿Estuve muy bruta?

¿Vos sabías?

Esa es la pregunta que me carcome la cabeza. ¿Vos lo viste venir, como viste a ese

Paula Bombara

tipo que nos iba a asaltar a nosotras y terminó asaltando a las chicas que venían atrás porque vos me arrastraste y me llevaste para el otro lado? Y yo diciendo "Ay, Zoe, qué te pasa", y vos, "Callate, estúpida, que después te explico". Y cuando me explicaste... Dios... yo pensé que esas cosas pasaban en las películas, nada más.

A vos también te asustaba cuando nos pasaban esas cosas... ¿Vos te diste cuenta de que íbamos a chocar?

7.

Hoy me acordé de cuando te quebraste la pierna. ¿Te acordás? Me había olvidado. Y eso que también fue en un choque.

La verdad es que tenés muy mala leche con los autos. ¡Tres veces chocaste!

Alguien con más humor negro que yo diría que la tercera es la vencida...

Me acordé de cuando estuviste en el hospital con la pierna toda enyesada. Era cuarto grado, me parece. Llenamos el yeso de dibujos, estaba rebueno. Fue una pena que no pudieras guardarlo. Pero le sacamos un montón de fotos. ¿Te acordás?

Paula Bombara

Yo nunca me quebré nada. Ni siquiera ahora me quebré...

8.

Mis brazos están mucho mejor. Hoy me vio el médico. Lo que sí, me van a quedar algunas cicatrices, obvio. Y mucho menos vistosas que la que tenía Nico en el mentón. ¿Al final la acariciaste como querías? Vi el beso, pero no si le tocaste la cicatriz.

El médico dijo que las cicatrices podrían disimularse con un tatuaje y me guiñó el ojo y mi mamá que cayó como una tonta y con un cantito le respondió "Ay, doctor, no le dé ideas, por favor".

¡No le dé ideas! Qué patéticos que me parecieron los dos. Primero, el médico, haciéndose

Paula Bombara

el buena onda. Y después mi mamá... faltó que se pusiera colorada.

Igual, tengo que ir un par de veces más porque me sigue doliendo un codo. No tengo nada roto, pero dicen que puede ser algo de los tendones, no entiendo bien. Viste que los médicos hablan tan en difícil que parece que fuera a propósito. Igual que las recetas. ¡Dios! ¿Qué les pasa en la facultad? ¿Se olvidan de la forma de las letras? Te juro que la a, la e y la o las hace igual. Ni hablar de la i, la u, la m, la n, la c... Todas son como íes sin puntito. Si a este médico lo agarrara la señorita Marilú, la que tuvimos en cuarto, lo mataría.

Cuestión que salimos del médico y mi mamá me llevó a un bar.

A charlar.

Yo no quería hablar de nada.

Se enojó, se puso triste, no sé qué le pasó. Me miraba y las lágrimas se le escurrían por los cachetes.

Pobre, me da pena; pero ino tengo ganas de hablar con ella! ¡Tengo ganas de hablar con vos!

Nos tomamos un café con leche en silencio y nos volvimos a casa.

Cuando estaba girando las llaves me miró y me dijo que contara con ella, que ella también perdió una amiga, una vez.

Ahora resulta que todos perdieron alguna amiga alguna vez.

9.

Tengo pesadillas. Pero no me acuerdo de lo que sueño.

Supongo que sueño con el choque.

La cara de Nico es lo último que vi. Su cara, a punto de decirme algo que ya no sabré nunca. Esa idea loca de que iríamos resolviendo la forma de no lastimarte y de, tal vez, estar juntos. Su cara buscándome...

Antes la tuya. Tu cara de perfil, con los pelos todos erizados. Tenés una cara muy linda, Zoe. Con una luz propia. Eso no lo veo en mucha gente. Caras con luz. Pero vos tenías la cara así. No salía de los ojos o de tu pelo, que brillaba mucho. Salía de la piel, no

Paula Bombara

sé cómo explicarte. Vos decías que en realidad era luz mía reflejada en tus dientes. Siempre me hacías reír con esa frase. Y si me vieras ahora... Aunque me cuelguen quinientas lamparitas, te juro que no ilumino a nadie.

10.

Estoy cansada de pensar en vos todo el día.

Todo el día, entendés. Todo el santo día te tengo en la cabeza, Zoe. Todo.

Y si no pienso en vos, se me aparece Nico. Nico y su voz y su mano sobre la mía. Me acariciaba los dedos con su pulgar, Zoe. Y mi cabeza maquinaba cómo hacer para hablar de esto con vos... Nico y su sonrisa y su "vayamos viendo"...

Ya me están hartando.

Casi que pienso más en ustedes ahora que se murieron que cuando estaban vivos...

Paula Bombara

No puedo evitarlo.

Pienso en que tendría que haberme pasado adelante. En que, por una vez, tendría que haberte dicho que no, que vos con Nico, no. ¡Pero me pusiste una cara!

Me dio no sé qué. Ahora me odio por eso.

Tal vez vos sabías...

¿Sabías?

11.

Pienso millones de cosas. ¡Millones! Cosas de las vacaciones, cosas del colegio, cosas que me contaste de tu familia. No paro de pensar.

Pienso en tus hermanos, en tu mamá, en tu papá.

Pienso mucho en Lila. En cómo será para una hermana mayor que se haya muerto su hermana menor. No sabés las ojeras que tiene. La vi el otro día, en el cementerio. Como no estuve en el entierro, quise ir al cementerio. Llamé a Lila y le dije que iba a ir. Fui con mamá y papá. La abuela también fue, viste que te re quería.

Paula Bombara

Tu hermana estaba sentadita en un banco de madera cuando llegamos. Mirando el pasto o sus uñas, no sé. Tenía puesto tu pantalón negro, tu polera negra y tu campera de jean. Reconocí tu ropa enseguida. Yo también me puse ropa tuya, la que dejaste en casa cuando salimos para la fiesta, y las medias que te olvidaste el sábado pasado, esas con estrellas que compramos juntas en la calle. No sé por qué será que alivia ponerse tu ropa.

No sabía qué decirle a Lila. Nos dimos un beso y un abrazo que no se terminaba nunca.

Creo que ella me entiende mejor que nadie. Porque vos y yo éramos más hermanas que muchas hermanas que conozco. Y ella lo sabe.

12.

Preguntas en la oscuridad:

1. ¿Por qué tengo que contarle lo que siento a una persona que no conozco, por más psicóloga que sea?
2. ¿Para qué sirve hablar de tu muerte si no es con vos?
3. ¿Por qué tengo que tratar de "retomar mi vida"?
4. Suponete que trato, ¿cómo hago si me pasaba la vida con vos?
5. ¿No se dan cuenta de que no sé qué parte de mi vida era solamente mía?
6. ¿Qué hacen los psicólogos con todo lo que uno les dice?

Paula Bombara

7. ¿Para qué voy a volver al colegio?

8. ¿Nadie entiende que te sentabas al lado mío, que ese lugar vacío me va a volver loca?

9. ¿Por qué me piden que confíe en que el tiempo va a ir "haciendo lo suyo"?

10. ¿Vos podrías confiar en que el tiempo pase y que por eso mismo tu muerte ya no me duela?

11. ¿Por qué no me morí yo y listo? Vos hubieras tomado todo esto mucho mejor que yo.

13.

Tengo miedo de olvidarme de tu voz y a la vez sé que eso va a pasar. Ya me lo dijeron: es lo primero que se nos olvida. La voz, el olor.

En tu caso, el olor es fácil; porque, como estabas obsesionada con ese perfume a violetas que me ponía tan nerviosa, me compré un frasco, y cuando te extrañé lo abrí y aspiré una dosis concentrada. Pero tu voz...

Miré nuestras filmaciones un montón de veces. Incluso me fijé en la web y hubo gente que subió videos nuestros y de los chicos. Pero tu voz en vivo y en secreto era otra.

Y esa se me está olvidando.

Paula Bombara

Esa es la que me duele, porque esa era la que me gustaba escuchar. Les dabas una entonación especial a las confesiones y yo me sentía especial cuando te escuchaba.

Hoy me enojé con mamá y me saqué bastante furia de encima. Me enojé y me hizo bien.

¡A vos te tendría que agarrar a patadas! ¡A vos y al idiota de Nicolás y a su mano sobre la mía mientras mirábamos el amanecer y a su cara en el último momento!

14.

No estuvo mal la psicóloga.

Fui otra vez.

Me estoy dando cuenta de que, desde que chocamos, pienso en vos, hablo con vos, miro la tele sin mirar nada, arranco hojas de las macetas del balcón y duermo. Nada más. Ah, sí, también pienso en Nico...

¿Patético, no?

También me enteré de que me llamaron un montón de veces las chicas y no las quise atender. ¿Podés creer que no me acuerdo? Mamá me lo juró. Me juró por quien ella más quiere, o sea yo, que me llamaron algunas profesoras, Gaby, Celeste, Pablo... Casi

todos los días me llamaron y mamá me dijo que ni les contesté, que colgué el tubo sin hablar.

Dicen que parezco una sombra. ¡Ja! ¿A vos te parece que yo puedo parecer una sombra? ¿Yo, que tengo menos forma que una heladera? Bueno, parece que vos lograste que perdiera no sé cuántos kilos. Ahora que ser flaca me importa un pito. Yo te lo dije: el día que adelgace, ya no me va a importar. Y es así, ya no me importa.

Hoy me miré al espejo. Hacía siglos que no me veía. Fue en lo de la psicóloga. Bah, saliendo. No lo pude evitar porque en el palier del consultorio había un espejo y de pronto me vi. Hecha un desastre, me vi. Pero tan flaca que no me reconocí. Tengo cintura y ni me había dado cuenta. Será que en casa ando con camisón todo el día.

El peor momento del mundo para mirarse al espejo: a la salida de la psicóloga, a seis semanas de perder a tu mejor amiga. ¿Anotaste?

15.

"Camino sin verte y es como si no mirara otra cosa que la nada. Camino sin escucharte y no hay paz ni silencio que resista mi vacío. Camino y me detengo y me vuelvo. Quiero encontrarte."

¿Te gusta? Vos lo escribiste, ¿te acordás? En mi cuarto. Fue cuando estabas enamorada de ese chico que se fue a vivir a Uruguay. A mí me pareció muy de muerte en ese momento. Me acuerdo que te dije, ay, Zoe, no se murió, se fue a Uruguay nada más. Vos me dijiste que, para el caso, era lo mismo.

Te juro que ahora te entiendo. Porque yo siento lo mismo pero por vos. Me encantaría

Paula Bombara

volver al pasado y decirte de quedarnos un rato más en la fiesta. Llamar a mi papá y que él nos vaya a buscar, como nos había ofrecido...

Y también siento eso de que no escucharte rompe hasta el vacío.

Por suerte esa tarde agarré la hoja cuando la vi en mi tacho de basura. ¿Por qué la tiraste? Nunca te lo pregunté. Ahora la releo y me da paz.

Ay, Zoe, y perdoname pero ¡qué letra tan fea tenías! Yo siempre te lo decía y ahora, aunque estés muerta, te lo repito: tu letra fue, es y será fea. Y jamás voy a dejar de leerla.

16.

Si pudieras reencarnar en algo o en alguien, ¿qué elegirías?

Yo, en este momento, en una planta. Una que diera flores, así no me aburro y todo el año tengo algo que hacer: fabricar las flores de la nada debe llevar su tiempo. Meses, me imagino. Y después viene lo del fruto...

Y nadie me andaría diciendo que tengo que salir, que vamos a caminar, a tomar café, a despejarnos un poco, tanto tiempo encerrada.

Si fuera una planta, me darían agua de vez en cuando, me pondrían en un lugar con sol, tibiecito, y me dejarían pensar en mis flores y en mis frutos en paz.

Paula Bombara

¿Sabés qué hice? Me fui al vivero de la otra cuadra
y me compré un malvón.

Se lo ve muy tranquilo en mi escritorio.

Tiene flores rojas.

Relindas.

17.

Hablé con Pilu.

Cuando lo escuché me pareció que su voz
venía de otro planeta. No quiso ver a nadie
después del accidente. Igual que yo.

Y de pronto, suena el teléfono en casa,
siento el impulso de atender y resulta que
justo es él.

Me puse a llorar en cuanto le dije hola.

Él también.

Llorar por teléfono es patético. Me dijo que
iba a venir a verme pronto. Que me quería
mucho.

Y cortó.

Paula Bombara

¡De una, cortó! Yo hubiera salido corriendo para su casa. Pero parece que tengo dos cascos de plomo en lugar de pies.

Me acosté.

Sigo acostada.

18.

Hay que ir pensando en volver al colegio.

Así me dijo hoy mi mamá: hay que ir pensando en volver a clases, mi amor.

Me hizo acordar de nuevo al libro ese... El chico no quería ni pensar en volver a clases, ¿te acordás?

Llamé a Pilu. Me hizo bien. Esta vez no lloramos.

No hablamos mucho, pero me hizo bien. Fue una conversación típica. Cómo estás, bien y vos, bien. Estás yendo al colegio, no y vos, tampoco. Y qué hacés, nada, miro tele, duermo, voy al médico, como, duermo. Y vos, yo

Paula Bombara

más o menos lo mismo. No puedo creer lo que pasó, yo tampoco. Bueno, te llamo otro día. Dale, sí, estaría bien. Chau, un beso. Chau.

Lo típico parece tan necesario a veces...

19.

Cuando me siento frente a la psicóloga y ella me mira, me siento rara. Me siento con las dos piernas juntitas, como si me estuviera tomando una prueba de algo. Debe ser porque tiene rayos x en los ojos, es una mutante, ya me di cuenta. No me da para mentirle ni para quedarme callada, así que voy y vomito palabras sin parar.

¿Te acordás de cuándo vos fuiste a una? A vos no te gustó mucho, a tu vieja sí. Pero vos preferiste no hablar, dejarla a tu mamá. Después, cuando tu mamá se fue te pusiste a llorar. Me lo dijiste así: me largué a llorar y le dije que mi mamá era una tarada. Yo no te

Paula Bombara

creí. Sos incapaz de decir eso de tu mamá. Vos te reíste y después te pusiste seria.

"Cómo me conocés, vos", me dijiste. Y te abracé y te largaste a llorar otra vez y me dijiste que te sentías sola, que nadie te entendía del todo, que querían cambiarte... Yo te dije shhhhh.

A la semana siguiente te acompañé yo.

La psicóloga me dijo que el duelo no es vestirse de negro y sentarse a llorar. El duelo hay que vivirlo, me dijo.

No morirlo.

20.

Hoy me decidí a hacer algo. Hasta ahora, lo único que hice fue comprar el malvón.

Lavé todos los peluches. Bah, los metí en el lavarropas, me quedé mirándolos girar y después los colgué.

Los voy a regalar. Me voy a quedar con uno o dos.

Mi mamá quería que los regalara desde hace un par de años, ¿te acordás la discusión que tuve con ella por eso? Ahora me siento vieja para peluches.

Y descolgué los pósters. Todos.

Y cambié de lugar la cama.

dijo que era peligroso ir tantos en el auto y él le contestó que era un exagerado. Yo le dije que él no decidió por nosotros. Que ya estábamos todos subidos al auto cuando él entró. Que todos escuchamos la discusión y que ya conocíamos a Mariano y que las demás veces que salimos con él había estado todo bien.

Pero para Pilu todo es su culpa.

Dice que no puede pensarlo de otra manera.

En la familia están tristes porque Mariano murió, pero felices porque él se salvó.

Fue a hablar con los padres de Nicolás. Y con los otros amigos que Nico tenía. Dice que necesitaba pedirles perdón a ellos también.

Dice que tendría que haber viajado él adelante...

También dice que él se tendría que haber muerto...

Yo lo entiendo. Le dije que a mí me pasa lo mismo.

Y también le dije que ya que estábamos vivos teníamos que hacer que esto valiera la pena.

No sé de dónde me salió eso, pero a él le cambió la mirada por un segundo y dijo sí, es verdad.

Después me invitó a tomar algo al bar de enfrente y la charla fue un poco menos triste. Nos contamos todo lo que vivimos en el hospital, nos reímos de algunas enfermeras y en la mitad de una sonrisa me agarró de la mano sobre la mesa.

Como que nos dio fuerza estar de la mano. No dije nada y él tampoco. Seguimos charlando como si nada. Hablamos de nuestra recuperación y de volver al colegio. De Salomé y de Ana, que siguen internadas. De los

líos con el seguro del auto de Mariano: al parecer se olvidó de pagarlo el mes pasado y no dijo nada en su casa. De Pablo, que resultó el más inteligente de todos. Me dijo que el tarado también se siente culpable. ¡Ni siquiera estaba en el auto y se siente culpable! Dice que si él hubiera estado en el auto, Anita no se hubiera subido. Yo pienso que se hubiera subido igual, a upa de él, pero esa es una opinión mía. Se lo dije a Pilu. Está tan triste el pobre...

Te juro, Zoe, que veo a Pilu y no puedo creer que lo conozco desde los tres años. Es como mágico verlo cambiar tanto y tan poco al mismo tiempo. Lo adoro. Es como el hermano que siempre quise tener. Te lo dije mil veces y te lo repito ahora: Leopoldo es un tipo especial.

¡Ah! ¿Y sabés qué me dijo? Que está saliendo con una chica. Carla se llama... me puso recontenta. Me la va a presentar.

Vino Gaby a casa.

Fue un bajón. Se notaba más que nunca que faltabas.

No puedo verla. Con razón no pude hablar con ella.

Y ella zafó porque estaba enferma. ¡Todo lo que puteó por perderse la fiesta!

Más tarde llegó Celeste con facturas y leche chocolatada.

Ellas son las divinas de siempre... nuestras otras amigas...

Soy yo la que se partió adentro y no volverá a ser la misma nunca más.

Paula Bombara

Cuando se fueron las extrañé, pero ¿cómo explicarte? ¡No puedo pasarla bien con otras amigas ahora que vos no estás! Cuando estoy con ellas me duele más que no estés. ¡Vos sos mi mejor amiga! ¡Con vos quiero hablar! ¡Con vos!

23.

Volví al colegio.

Pilu me convenció. Yo quería quedarme unos días más en casa pero él me dijo que había pensado en lo que yo le dije y que no ganábamos nada encerrados.

Verlo esperándome en la puerta del colegio me mató. Está flaco, más alto. Ya no se esconde debajo de sus gorros. Cuando me vio le cambió la cara y a mí también porque con solo verlo ahí, esperándome, me nació una sonrisa. Cuando nos saludamos me dio la mano y me dijo que no nos soltáramos, que juntos era más fácil.

Paula Bombara

Mamá me avisó que habían puesto una placa con tu nombre y el de los chicos en el *hall* de entrada del colegio, pero verla fue refuerte. Por suerte Pilu me tenía bien agarrada, porque me temblaron las piernas. A él también.

No sabés lo que fue soportar las caras de lástima de todos los profesores. Los chicos de otras divisiones también nos miraban con lástima. Una piba se largó a llorar. Casi le pego una trompada.

Voy a decirte algo que no me atrevo a decirle a nadie: ¿sabés qué pensé hoy, cuando vi a todas las chicas? Pensé en que tendría que haberse muerto una de ellas, no vos. Si esto hubiera pasado dos meses atrás, la que se hubiera muerto por ir a upa de Nico hubiera sido Julieta... A esa sí le entiendo la cara de pena. A los demás, me dan ganas de acogotarlos.

¿Podés creer lo maldita que me estoy volviendo?

24.

No está tan mal ir al colegio.

Me distraigo un poco. Qué sé yo.

Me cambiaron de lugar. Ahora me siento en la tercera fila, en el medio, bien en el medio. De un lado está Gaby. Del otro, Pilu. Adelante lo tengo a Pablo, que cada cinco minutos se da vuelta y me sonrío, el estúpido, y atrás, a Celeste.

Pablo nos hace reír; hace caras, chistes todo el tiempo. Está re distinto. Antes era todo hosco y ácido, siempre enojado. Ahora me mira y saca del bolsillo cosas ridículas, como un caballo hecho con esos alambrecitos

Paula Bombara

que vienen en las botellas de sidra, o un pin con forma de corazón.

Cada tanto miro nuestros viejos lugares y te extraño. Se nota que faltan vos y Nico. Se nota mucho. Aunque hayan sacado los bancos que sobran.

En uno de los recreos llamé a tu casa a ver si estaba tu hermana. Tu mamá me dijo que no. La voy a llamar para juntarnos.

Vos te ponías un poco celosa cuando Lila y yo nos sentábamos a charlar...

¡Por fin vamos a charlar tranquilas! Jaja... Era un chiste, no te enojés.

25.

Estoy en tu pieza, Zoe. Me hormiguea todo el cuerpo.

Lila está conmigo. Tu mamá no tocó nada. No puede. Tu papá ni se acerca a la puerta. Tu hermanito, sí. Me dijo Lila que se acuesta en tu cama y charla con vos.

Yo quise entrar. Pedí permiso y acá estoy.

Abro tu placard. Lo primero que me acuerdo es que escondías chocolates en el fondo, en una caja de bombones de Bariloche. Solo yo lo sé, ahora que vos no estás. Ni a tu hermana se lo habías contado.

Busco la caja. Estaba adentro de una caja de botas, cubierta de pañuelos.

¡Qué manía! Decías que así te daba más trabajo comerlos. Que si pensabas en que tenías que abrir el placard, la caja de botas, la caja de bombones y el papel del chocolate, te daba fiaca y listo. No te lo comías. En cambio que si lo tenías en el cajón de la mesa de luz, no te duraba ni cinco minutos.

Busco la caja de botas, la abro. Ahí está la caja de bombones. Es más grande de lo que recordaba. La abro y ¡qué hija de...! ¡Tenías una provisión para todo un año! ¡¿De dónde sacaste tantos chocolates?!

¿Tendrás más comida escondida?

Una vez me dijiste que te guardabas siempre algo saladito por si te daban ganas a la noche. Busco y rebusco. Lila me pregunta qué hago.

Le cuento de tus manías y se ríe. Se pone a buscar conmigo.

No podemos dejar comida entre tus cosas. ¡Se va a pudrir!

Lila salió a buscar a tu mamá. Le contó.

Tu mamá viene al cuarto. Entra. Me mira trepada a una silla, revisando la parte de arriba del placard.

Me pide de mala manera que me vaya. Que gracias por avisarles, que ellas seguirán buscando.

Cuando estoy saliendo me mira a los ojos y me da un abrazo. "Vos no tenés la culpa", me dice, "pero yo no puedo verte acá, todavía. Me recordás demasiado a mi hija. Perdoname".

Lila me corre por el pasillo, trae en la mano una bolsa de ropa mía, que estaba en tu casa. Me dice que perdone a tu vieja, que está todo mal en tu casa.

26.

¿Hice mal en abrir tu placard?

Yo tenía ganas y sé que también tenía tu permiso.

Pero la voz seria y la cara triste de tu mamá me hicieron ver que tus cosas ya no son tuyas o nuestras, como vos decías. Son de ella. Y de Lila. Y de tu papá. Y de tu hermanito.

Hoy me siento fatal. Me siento culpable por haber revisado tus cosas. Aunque Lila me dijo que podía... es como si tu mamá me hubiera dicho otra cosa.

No fui al colegio.

Después me llamaron Gaby y Pilu para saber qué había pasado. Todos me dijeron que no hice nada malo. Pero me siento muy mal.

Hablé con mamá. Ella me dijo que tengo que entender a tu mamá y listo. Que hice bien en decirles lo de la comida. Pero que, por un tiempo, si veo a Lila, que no sea en tu casa.

27.

Algo que me enoja y que está pasando es que de pronto sos una ídola total.

Todos hablan maravillas de Zoe, la hermosa, la segura, la desfachatada, la divertida, la inteligente, la, la, la.

Y yo los escucho y me acuerdo de tu talento total para copiarte sin que nadie se diera cuenta, las escenas de furia terribles por huevadas, tu carácter de perra cuando estabas mal dormida.

Parece que se olvidaron de que, en realidad, lo mejor de vos es que eras vos, no una ídola total.

Hoy se cumplieron tres meses del accidente. Fui al cementerio y llevé mi malvón. Tenía intención de plantarlo pero no me dejaron. Me volví con el malvón a casa. Medio que el malvón se convirtió en un símbolo de tu presencia en mi habitación.

Tiene una flor roja tan grande y desde hace tanto que parece de plástico. Ya como que quiero que empiece a marchitarse y que nazca otra en otra parte.

Me pone un poco nerviosa.

No me crucé con nadie en el cementerio.
Mejor.

Paula Bombara

No tenía ganas de ver a nadie. Me imaginaba la conversación: ya tres meses, qué barbaridad cómo pasa el tiempo, ¿no? Sí, no se puede creer. ¿Y vos cómo estás? Mejor, ¿y vos? Depende de los días, qué sé yo. Bueno chau, saludos a tu familia. Gracias, igualmente.

Mejor estar sola.

Tocando las hojas de mi malvón.

Mirando el ondular de un arbusto verde oscuro.

Escuchando pasos de desconocidos.

Oliendo a pasto recién cortado y respirando hondo.

Degustando mi propio y amargo silencio.

Siguen funcionando mis sentidos. Estoy viva, Zoe.
Me cuesta soportarlo.

29.

Conocí a Carla, la novia de Pilu. Así me la presentó: "Feli, ella es Carla, mi novia".

Era amiga de Nico. Me contó que los amigos del otro colegio están muy mal con lo de Nico... Que los papás de Nico los otros días le regalaron la bici a un amigo que era del grupo de bikers, más chico que nosotros; es el que está peor.

Casi no lo conocimos a Nico. Carla habla tan cariñosamente de él... Me contó que fue su primer novio. Y que terminaron re bien, que Nico era una persona especial. Yo le dije que Pilu también es especial. El tonto se puso

Paula Bombara

colorado. "Será por eso que eran tan amigos", me contestó ella, acariciando la espalda de Pilu.

Tiene la sonrisa más dulce que puedas imaginar. Y se nota que se quieren...

Me dio su *mail* y ya nos escribimos bastante. Tenemos muchas cosas en común. Le gusta la misma música que a mí. Y también le gusta sacar fotos, como a mí...

Pilu me dijo que Carla se portó muy bien con él. La conoció unos días antes del accidente; pero al parecer fue un flechazo, porque fue la primera persona con la que habló después del accidente y es con quien más habla del tema y, de hecho, ella lo convenció de hablar conmigo!

Me pone contenta que Pilu haya encontrado a Carla.

Seguro que a vos también...

30.

Se me acercó Gabriela y me contó que ella perdió a una prima cuando tenía trece años.

Era una prima que quería muchísimo. Se habían criado juntas.

¡Y no nos enteramos, Zoe! ¡Qué mal me sentí!

Ella me dijo que no nos enteramos porque ella no quiso que nadie se enterara. Los padres hablaron con la directora y decidieron que, si preguntábamos, todos dirían que se habían ido de viaje. ¿Ahora te acordás? Ese viaje del que ella nunca nos quiso contar nada... ¡La cantidad de cosas que imaginamos de ese viaje! ¿Te acordás?

Paula Bombara

Bueno. Fue re distinto a tu muerte porque su prima murió de una enfermedad. De a poco vio cómo se fue apagando, pero pudieron despedirse. Eso estuvo bien.

Yo hubiera querido despedirme. No quedarme con esa imagen de tu cara luminosa y tu mirada de asesina. Una cara con un gesto más real, más de la Zoe que yo conocía y que querías ocultar cuando estabas en las fiestas o en el colegio...

Pero bueno, tampoco hubiera estado bueno verte sufrir tanto como Gaby vio en su prima. ¡Y a los trece años!

Me dijo que me entendía de verdad y que ella también te quería. Que después de lo de su prima le costaba mucho encariñarse en serio con la gente, que sabía que la muerte estaba en todas partes, como la vida. Me dejó pensando.

Eso explica muchas de las actitudes que siempre le reprochábamos, Zoe, ahora me cierran muchas cosas de Gaby.

Cuestión que le costó un huevo acercarse y contarme esto y decirme que me re entiende. Y yo se lo agradecí todo lo que pude, porque me sacó el fantasma de que nadie puede entenderme...

31.

Ayer no te tuve en la cabeza todo el día.

La verdad, Zoe, ya era hora. Me estás dejando el cerebro más parecido a un pocho-clo que a otra cosa.

¿Querés que te cuente qué hice? Salí con Pablo a dar una vuelta.

Todavía no sé si me gusta. Es raro. Más después de eso tan raro que pasó con Nicolás, justo antes del accidente. Nunca me imaginé esto. ¡Menos con alguien como Pablo, que conozco hace tanto y al que jamás le presté atención!

Él no tenía onda levante. Más bien amigo, como siempre. Quería que me divirtiera un

rato. Así que me dijo de ir a la placita a hacer un *picnic*.

Me dijo que él se iba a ocupar de todo. Que yo fuera a la plaza y nada más.

¡No sabés! Llego y veo un mantel rojo a cuadros, una canasta de mimbre, los sándwiches perfectos, de pan lactal, madalenas y una fila de hormigas de plástico que simulaban robarse una manzana!

Viste que él es medio aparato... Pero estuvo re bueno.

Hablamos de la discusión que tuvo con Pilu antes del choque. Se siente mal por eso, pero ya lo aclaró con él. Me dijo que tenía que ser muy sincero conmigo, hizo una pausa y después, como con miedo, dijo que a él lo aliviaba que hubieran muerto vos y Nico en lugar de Pilu y yo. A mí se me puso la panza de piedra. Se ve que mi cara cambió. Él agregó que no era que se pusiera contento ni nada, solo que sentía que tenía que ser sincero conmigo y con Pilu.

Después me dijo que no entendía bien por qué vos y yo éramos tan amigas. Tan distintas y tan amigas, dijo. Yo le conté secretos nuestros, que nunca había compartido con nadie más que con vos. Como esa vez que te llamé a las cuatro de la mañana porque estaba mal con ese que no quiero ni nombrar, ¿te acordás? Te costó una buena pelea con tu papá mi llamada... O cuando te hiciste cargo la vez que me retaron por la cuenta de teléfono, cuando mi papá se quedó sin trabajo y no teníamos un mango. Y pagaste la cuenta entera con la plata que estabas juntando para comprarte el vestido negro. O esa otra vez que, para sacarme la bronca por

el aplazo en Biología, te apareciste en casa con todos tus almohadones, lista para una guerra que nos dejó a las dos muertas de risa.

Se quedó mudo por un rato. Yo también me quedé muda. Yo, que en estos meses pensé cada día que la que tendría que haber muerto era yo, no esperaba que alguien me prefiriera. Me pasó lo mismo que sentí cuando Nico me dijo que le gustaba. Como que no me lo merezco.

Después me dijo que él pensaba que eras una cabeza hueca. Usó esas palabras, te juro: "cabeza hueca". Medio que me gusta que sea tan aparato. Sí, le respondí, eso era lo que querías que todos creyeran. Era una especie de ambición para vos lograr ser una chica como todas, o peor aún, la mejor de todas las chicas comunes, la más común de las comunes.

Pero también le dije que, para mí, no te salía bien... por más que te esforzaras, siempre pisabas el palito y se te terminaba escapando tu verdadero yo. Por suerte.

Pablo lamenta no haberte conocido mejor. Dice que si yo te quiero tanto, seguro que eras una persona genial.

¡Tenía unas ganas de llamarte cuando volví a casa!

Pero... el teléfono me pareció muerto. Mucho más muerto que vos.

¡Lo vi a Pilu en su bici!

Ay, Zoe, ¡me puso tan contenta! Iba con mamá. Pasamos por el costado de la placita y ahí estaba, con un chico que no conozco, haciendo giros y esas cosas que hacen ellos.

Quise llamarlo, pero no me salió. Por el nudo de la garganta, viste. Además estaba como emocionada... Él, otra vez arriba de su bici.

Qué alegría.

Llegó mi cumpleaños.

Diecisiete.

No los cumplo feliz y pedí que nadie me cantara esa estúpida canción.

Pero Pablo me preguntó por qué. ¿Por qué rechazar el deseo de los que me quieren ver feliz?

Y luego esa pregunta: "¿O te pensás que Zoe no quiere que seas feliz?".

Su lógica me mató.

Yo sé que sí. Sé que vos querés que yo sea la persona más feliz del mundo.

Así que cambié de parecer y dejé que mamá, Pablo, Pilu y Gabriela me organizaran

una fiesta en casa. Solo pedí que fuéramos los de siempre. Ni tíos, ni primos, ni abuelos. Mamá, papá y los chicos.

La pasé bien... me cuesta decirlo...

Pilu y Carla me regalaron un cuaderno y un CD. Las chicas, ropa de mi nuevo talle: un pantalón y una camisita que te encantarían. Mamá y papá me sorprendieron con un viaje de una semana a las Cataratas para dos personas. Pablo se ofreció a acompañarme pero papá lo miró con una cara que lo dijo todo. Creo que voy a invitar a Gabriela. Y Pablo, un libro y una carta que no te voy a contar que dice porque me hizo jurar que lo que escribió quedara entre él y yo, pero que me hizo reír y emocionar.

Me parece que me estoy enamorando... ¡Y de Pablo! ¿Quién lo hubiera dicho?

También vino Lila, se quedó un ratito. Me trajo tu caja de bombones de Bariloche llena de cachivaches y tu diario. No te preocupes. No lo voy a leer. Solo lo custodio para que nadie lo haga. Eras tan bruta escribiendo que, seguro, pusiste barbaridades de toda tu familia. Lila sabe que conmigo estará protegido.

Lo que hay adentro de la caja de bombones reconstruye nuestra amistad. Acabo de revisarla, ahora que ya se fueron todos. No quise hacerlo antes porque no quería llorar.

Tampoco lloré ahora. Se me cayeron las lágrimas, sí, obvio. Pero también sonreí mucho mirando las cositas que estaban guardadas. Y el nudo que vive en mi garganta me pareció un poco más flojo...

Y lo que estoy pensando es que los accidentes existen, así como existen los nacimientos y las muertes. Que nos haya tocado a nosotras... ¿y por qué pensar que no podía tocarnos vivir un accidente?

Cuando vino Gaby me dijo algo que me quedó resonando y que ahora, entiendo un poco mejor. Me dijo que a todos se nos mueren seres queridos, porque la vida se trata de eso: de vivir y de morir.

Acaricio tu pulserita de hilos de colores. Te la hice yo, ¿te acordás? No te hice demasiados regalos, debería haberte regalado más cosas, deberíamos haber pasado más tiempo juntas, sí, todavía más tiempo juntas... pero ¡cómo imaginar esto! ¿Deberíamos haberlo imaginado?

Zoe: no saber me desespera tanto a veces.

Otra vez la imagen clara de tu rostro en el auto, tu mirada.

Hubieras estado hoy en mi cumple. Hubieras estado conmigo desde la mañana, como siempre. Hubiéramos hecho una torta, tal vez. O hubiéramos salido a hacer las compras al súper con mamá.

Pero en lugar de estar ahora con vos, comentando el cumple, acaricio tu pulserita de hilos de colores y te pienso. Y te extraño.

Bueno, como me siento más preparada, te voy a hacer un relato bien detallado de lo que fue el choque y el entierro.

Sé que estas cosas te encantan, porque para morbosas, vos primera.

Pero antes te cuento que hoy me sentí bien.

Fue como si alguien hubiera pasado y me hubiera puesto una bufanda de alegría. Me sentí como... liviana...

Después me sentí peor, pero, bueno, al parecer yo soy así, ¿no?

Te decía: por un ratito me sentí como antes del accidente. O como si el accidente

hubiera pasado pero como si estuvieras... O como si no estuvieras acá pero sí en otro lado... Ves, esos son los pensamientos que me confunden...

Ya me enrosqué otra vez con lo mismo: ¿te moriste o no te moriste? Yo no lo puedo creer y sí lo puedo creer al mismo tiempo. Te moriste y estás viva.

La psicóloga dice que la memoria de nuestra vida juntas te va a mantener viva en mí... Vos moriste pero nuestra amistad no. Nuestra amistad vivirá hasta que yo me muera.

¿Entendés?

Mejor te cuento lo que pasó. A vos, que ibas mirando hacia adelante, acurrucada en Nico, tan callada que me preocupaste. Y a Nico, si es que está con vos, que iba con cara de zombi, también sentado de costado, apoyado contra la puerta. Sin cinturón de seguridad, obvio. Ni Mariano lo tenía puesto. Aunque me dijo Pilu que hubiera muerto igual. Se transformó en un experto en choques, Pilu. Se leyó todas las páginas web que encontró. Habla de porcentajes de fallecimientos, de tipos de choques, de lesiones... Nuestro accidente calza en las estadísticas como si fuéramos los zapatitos de cristal de una muerte Cenicienta.

La fiesta estuvo buenísima. La mejor fiesta de 15 a la que fui en mi vida.

Y la última, me parece...

En fin. Ya era casi de día. Ese cielo azul que se va poniendo celeste de a poquito, las luces de la calle toda-

vía encendidas pero casi inútiles. Re lindo. Nicolás y yo estábamos afuera, su mano sobre la mía en uno de los silloncitos de la entrada, cuando saliste junto con Pablo, Pilu, Mariano y Salomé. Apenas nos vieron, Nicolás se paró y se acercó a los chicos. Vos te quedaste paralizada. Así estábamos cuando Pablo y Mariano empezaron a discutir. Yo pensé que discutían porque todos los chicos habían tomado cerveza. Pero Pablo me dijo que no era por eso porque él había estado vigilando a Mariano y la única cerveza que había tomado había sido apenas llegó, hacía más de seis horas. Al parecer Salomé tuvo algo que ver en eso. Discutían porque éramos siete en el auto. Mariano lo re insultaba y Pablo no se quedaba atrás. No se agarraron a piñas otra vez porque Pilu y Nico se pusieron en el medio. Nico se llevó a Mariano para el auto y se subieron. Pilu se llevó a Pablo para el otro lado y se quedaron hablando más tranquilos. Al final, Pablo nos saludó a todos con la mano y dijo que se iba a volver en colectivo. Igual al parecer no tuvo mucho que ver que fuéramos tantos en el auto... Pero es cierto que si hubiéramos ido cinco en lugar de siete, aunque no nos hubiéramos puesto los cinturones, dos personas no hubieran resultado heridas o muertas... No sé... No me voy a poner en maestría ciruela porque este año fuimos y volvimos muchas veces con Mariano. ¿Te acordás el día que sacó el registro, que estábamos en lo de Pilu y él vino? ¿Cuántos éramos en el auto y no pasó nada?

Mi abuela diría "no pasa, no pasa, hasta que pasa", pero por suerte mi abuela no está.

La cuestión es que Mariano y Nico ya estaban en los asientos de adelante y Salomé y yo en los de atrás cuando vos dijiste que ibas a ir con Nico adelante. Yo empecé a protestar porque atrás había lugar y vos mirándome con cara de asesina... No me olvido más de esa cara. Te estaba odiando con todas mis fuerzas y, de pronto, siento a Pilu que me empuja y me deja en el medio del auto mientras dice dale, vamos. Y casi al mismo tiempo se sumó Anita, la amiga pelirroja de Salomé, que no tenía espacio en el auto de sus amigos. Pobre, eso sí que es tener mala suerte. Ella quedó al lado de Salomé, justo detrás de Nicolás, pegada a la puerta.

No íbamos tan apretados, la verdad...

Y bueno, no fue mucho lo que anduvimos. No llegamos a subir a la autopista. Ni siquiera íbamos muy rápido. Yo, como no sé nada de autos, no puedo explicarte demasiado. Mariano quiso pasar un auto, venía un camión, el camino no estaba muy bien... Pilu me dijo que fue una cuestión de reflejos. Y los de Mariano alcanzaron para dar un manotazo al volante y que al menos algunos de nosotros nos salváramos.

Vos, Nico y Mariano murieron en el acto. Los médicos dijeron que ni se dieron cuenta.

Yo tenía moretones por todo el cuerpo y cortes profundos en los brazos. Feos y dolorosos, pero nada más que eso. Al parecer, con los brazos me tapé la cara, y me desmayé por el impacto.

Lo primero que hice cuando me despertaron en la camilla fue preguntar por vos. Aunque trataron de que no lo hiciera, giré mi cabeza y vi que uno de los cuerpos

tapados era el tuyo. Asomaban las puntas de tus pelos. Eras la única morocha de rulos que había en el auto. Ahí me agarró un ataque de nervios y me durmieron.

Me desperté en el hospital, con mi mamá de un lado y mi papá de otro.

Estuve en el hospital, bastantes días porque querían controlar que no tuviera lesiones internas y curarme los brazos. Lo único que me quedó es este dolor en el codo, que me sigue.

¿Querés que te cuente cómo me hacían las curaciones? Era un asco de esos que a vos te gustan. ¿Te cuento?

¡Te escuché!

¡Me vino a la mente tu cara haciendo *fuchi fuchi!* ¡Zoe! ¡Y tu voz! ¡Tu voz clarita diciendo salí de acá asquerosa!...

¡Qué alegría!...

Guau, fue un flash. Pensé que me había olvidado para siempre de tu voz. ¡Pero te escuché! Hacía varias semanas que no me pasaba...

Bueno, sigo. No te voy a contar lo de las curaciones. Me acuerdo del olor a Pervinox y se me revuelve un poco el estómago. Te cuento del resto de la gente:

Pilu, además de cortes y un brazo quebrado en dos lugares, se golpeó feo la cabeza. Me contó que se desmayó varias veces en la clínica. Le hicieron toda clase de estudios. No saben qué le pasó. Todo le daba normal. Tal vez el *shock*...

Ana es la que peor está, pero la viene luchando. Como Mariano pegó el volantazo, parte de la puerta donde ella estaba apoyada dio contra el camión. Se quebró no sé cuántos huesos y tuvo problemas en los pulmones. La viene luchando bien, pero parece que ahora se complicó un poco la cosa por una infección.

Salomé tiene no sé qué problemas en los riñones pero, sobre todo, ataques de pánico, y no quiere salir del hospital. Tampoco acepta que Mariano está muerto, Pilu fue a verla y dice que quedó destruido. Lo único seguro es que le llevará tiempo superar todo esto.

Al camionero no le pasó nada.

Cuando hicieron la ceremonia de tu entierro y el de los chicos, yo ni me enteré. Decidieron no decírmelo. Pablo me contó cómo fue todo. Hablaron la directora del colegio, la profe de Química y el de Inglés. Me dijo que fueron pocas palabras pero muy emotivas. Seguro que todos lloraban a mares. Después dijeron unas palabras tu hermana, la hermana de Nicolás y la hermana mayor de Mariano. Había muchísima gente. Pablo no se acuerda demasiado de las caras, él también estaba llorando. Las chicas me hicieron un relato más completo pero también me confesaron que, como lloraban todo el tiempo, no se acuerdan muy bien de cómo fue la cosa. Al final, tres chicos que nadie conocía y que resultaron ser amigos de Nicolás leyeron un poema que escribieron entre todos, y la familia de Pilu y Mariano le regaló al colegio una placa recordatoria con tu nombre, el de Nico y el de Mariano; esa que

está en el *hall*. Ahora, cada vez que paso por ahí la miro y veo tu zeta de Zoe. No la leo. Solo miro tu zeta dorada y sé que muchos los nombrarán.

Zoe. Nicolás. Mariano.

No fue tan difícil, amiga, recordar todo esto. No fui tan confusa después de todo. ¿O sí?

Ahora ya es tarde. Hora de dormir. Mañana hay colegio. Están comenzando a hablar seriamente del viaje de egresados, pero yo no voy a ir. Me da mucho miedo. Creo que Pablo y Pilu tampoco irán. No importa. Todavía no puedo concentrarme como para estudiar, pero de a poco voy logrando retener más cosas. Al menos ya no pienso en que debería ser yo la muerta. Al menos recuerdo los ojos y la mano de Nico con una sonrisa.

Gaby y Celeste me ayudan. Pilu, Carla, Pablo, también. Mamá y papá, la psicóloga.

Paula Bombara

Un montón de gente que me quiere. Vos. Tu recuerdo.

También ahora me ayudás, Zoe, qué loco es eso.

Qué loco que estés tan adentro de mí, que sean las palabras que me dijiste en estos trece años de amistad las que me ayudan a seguir.

Que las palabras sean tan atemporales.

Que tus palabras sigan tan vivas en mi memoria.

Todos me dicen que no me apure.

Que hay tiempo.

Yo lo sé.

Lo sé.

AGRADECIMIENTOS

Si ciertas personas no hubieran estado en el momento indicado, en el lugar preciso, Solo tres segundos hubiera quedado dentro de mí, junto a tantas otras historias difíciles de transmitir que, a veces, me desvelan. Por eso: gracias a Antonio Santa Ana, a Natalia Méndez y a Cecilia Espósito por robustecer las alas de esta novela con sus aportes y sus sugerencias; por la calidez, por la confianza; gracias a Lolo, por entender mejor que yo misma que no soy feliz si no escribo y animarme ante cada desafío, por la complicidad y por la vida compartida; gracias a Catalina Gutiérrez, a Natalia Fernández, a Laura Escudero y a Rosario Oliva, por empujarme a cumplir mis sueños, por la música, la poesía, la danza y la ternura, por las risas, por ser tan maravillosas, amigas mías, por eso.